

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«NUESTRA SEÑORA DE ÁFRICA,
ROGAD POR NOSOTROS
Y POR LOS MUSULMANES»

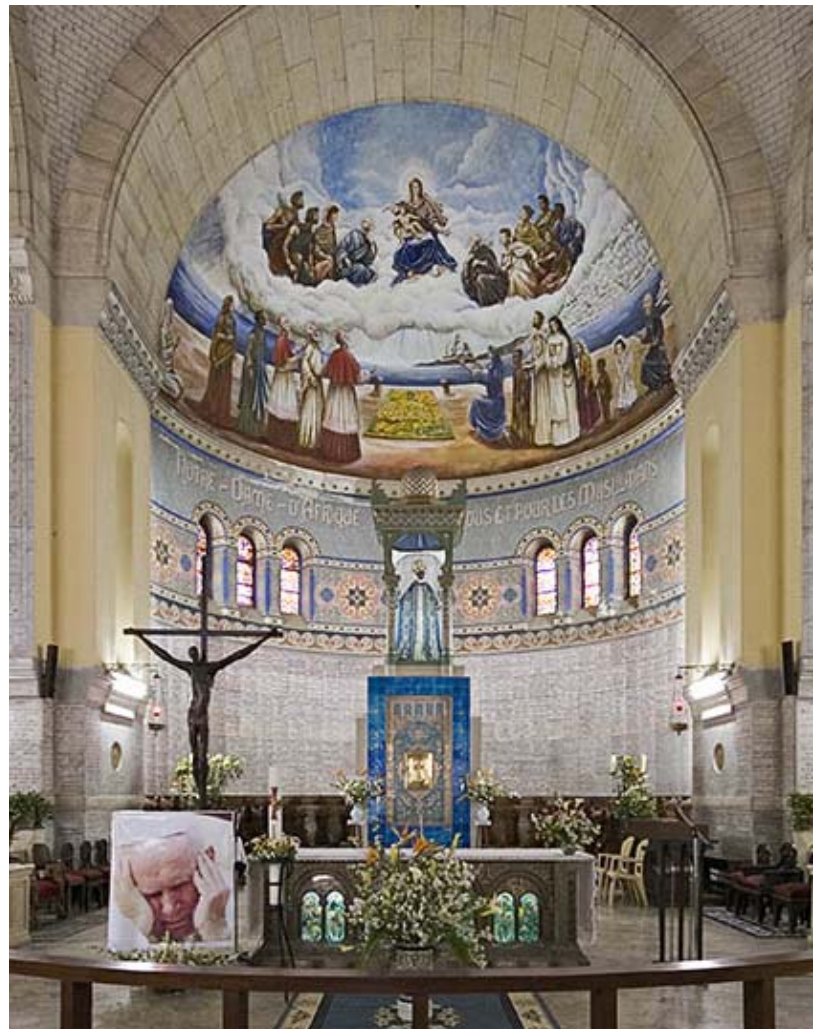
Los hijos de Ismael,
un gran pueblo

Una religiosidad
sin amor

Los mártires
de Córdoba,
¿santos o
imprudentes?

Nosotros
y el islam

El impulso
misionero
del Apostolado
de la Oración



«Vendrá pronto un día en que Aquella que los musulmanes veneran como la madre de un profeta, les abrirá los ojos sobre la divinidad de su Hijo y así honrarán en Ella, junto con nosotros, a la Madre de Dios y de los hombres.»

Sumario

Los hijos de Ismael, un gran pueblo <i>Ramón Gelpí</i>	3
Una religiosidad sin amor <i>Francisco Canals Vidal</i>	5
Islam eterno <i>Antonio López Campillo</i>	7
Aclaraciones históricas en torno al concepto de «jihad» <i>Ángel Expósito Correa</i>	10
María, esperanza de África <i>Claude Mouton-Raimbault</i>	12
San Eulogio de Córdoba y el martirologio mozárabe <i>Reyes Jaurrieta Galdiano</i>	14
Los mártires de Córdoba, ¿santos o imprudentes? <i>Balbina García de Polavieja</i>	17
Nosotros y el islam <i>Cardenal George Pell</i>	19
Sitio y liberación de Viena <i>Javier González</i>	22
El impulso misionero del Apostolado de la Oración <i>Ignacio M^a Azcoaga</i>	25
Presencia de san José en la fe del pueblo cristiano <i>Francisco Canals Vidal</i>	28
Contemplando la vida de Cristo. Los milagros de la Multiplicación <i>Ramón Gelpí</i>	30
El padre Orlandis y la traducción al catalán de las poesías de santa Teresita <i>Josep M. Mundet i Gifre</i>	32
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	35
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	36
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	38
Orientaciones bibliográficas <i>David Amado</i>	39
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	40
Hace 60 años <i>J. M.^a P. S.</i>	42

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

CRISTIANDAD dedica las páginas de este número a un tema de gran actualidad y trascendencia: el islam. Una realidad religiosa, cultural y política en cuya historia se realizan de un modo singular y misterioso aquellas palabras del Génesis dirigidas a Agar: «Tu descendencia, por su gran multitud no podrá contarse... su mano estará contra todos y la mano de todos estará contra él». Todo el Occidente cristiano y de un modo especial España han sufrido a lo largo de su historia «la mano» de un islam que ha pretendido borrar toda señal de fe cristiana en los pueblos conquistados y sometidos.

La fervorosa Cristiandad del norte de África, hoy prácticamente inexistente, es el ejemplo más patente de las consecuencias del expansionismo islámico. La resistencia frente al islam ocupa un lugar central de la historia de España: ocho siglos de Reconquista, que no hubieran sido posibles sin el ejemplo de los mártires mozárabes, especialmente los de Córdoba. También Europa ha tenido que dar batallas decisivas para no ser asimilada cultural y religiosamente por el islam: la batalla de Poitiers en el siglo VIII y de un modo especial la liberación de Viena en el siglo XVII del asedio de los turcos, son manifestaciones de esta actitud de decidida y heroica defensa de la fe.

En nuestros días la situación es tremendamente compleja. Por un lado la actitud tradicionalmente anticristiana del mundo islámico se ha alimentado de realidades históricas diversas y contradictorias: un pasado no lejano, de presencia en los países islámicos del colonialismo occidental, que persiguiendo objetivos económicos y de dominio político ha sembrado la corrupción y el odio en aquellos territorios; un presente en que el crecido poder económico de muchos gobiernos árabes, causado por el control de diversas fuentes energéticas, se une a la pobreza de gran parte de sus poblaciones. Todo ello ayuda a explicar esta nueva presencia expansionista del islam, tanto por la actitud amenazadora de algunos gobiernos radicalmente islamistas como por la creciente emigración de grandes masas de población de aquellos países, hacia una Europa infecunda demográficamente, necesitada de mano de obra, que se vanagloria de haber olvidado su raíces cristianas. A los ojos del mundo islámico, el Occidente poscristiano es visto como una cultura decadente que hay que aprovechar esperando el momento en que de nuevo puedan intentar asimilarla.

Para entender esta conflictiva relación entre los pueblos islámicos y la Cristiandad no hay que olvidar que la religión del Corán presenta un Dios que, como analiza el profesor Canals en su artículo, está especialmente en la línea del poder, y en la que los conceptos de amor y bien personal desaparecen.

Con este panorama político, social y religioso lleno de interrogantes y graves amenazas para la paz del mundo y ante la renovada demostración de la incapacidad humana para conseguir dar la respuesta adecuada, nuestra revista CRISTIANDAD, al tratar en sus páginas de este tema de tanta actualidad, invita humildemente a sus lectores a dirigirse con fervorosa e insistente plegaria a la Virgen María, bajo su advocación de Reina de África, pidiéndole que llegue pronto el día anunciado por el profeta y que sólo Dios conoce en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y «le servirán como un solo hombre».

Los hijos de Ismael, un gran pueblo

RAMÓN GELPÍ

«Su mano contra todos, y la mano de todos contra él»

EL capítulo 16 y siguientes del Génesis describen con cierto detalle la historia de los dos hijos de Abraham. La vida de este Patriarca y su descendencia, es fundamental para conocer el origen del que será el pueblo escogido de Dios, del que nacerá el Mesías, pero también señala como fruto de su descendencia el origen de las tribus nómadas de Arabia, cuna de lo que definimos genéricamente como el mundo árabe.

Como es sabido, Abraham al no tener descendencia de su mujer Sara, siguiendo una costumbre de su origen mesopotámico, tomó una esclava egipcia que su mujer le entregó, y de ella nació un primogénito que se llamó Ismael. La historia es larga, y no podemos transcribirla, pero resumiendo podemos decir que, habiendo tenido finalmente descendencia de Sara, su segundo hijo Isaac se convirtió en heredero. Así se cumplió la promesa que Dios le hizo, al proponerle la alianza con su descendencia:

«... he aquí mi alianza contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos. No te llamarás más Abram, sino que tu nombre será Abraham, pues pa-

dre de muchedumbre de pueblos te he constituido. Te haré fecundo sobremanera, te convertiré en muchos pueblos, y reyes saldrán de tí ... (Gen 17, 4 - 6) ... tu mujer dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Isaac. Yo estableceré mi alianza con él, una alianza eterna, de ser el Dios suyo y el de su posteridad ...» (Gen 17, 19)

El Génesis describe cómo, por dos veces, la esclava llamada Agar huye de Sara, por el natural enfrentamiento entre criada y señora. La primogenitura será el motivo de la disputa, y en ambos casos Agar es reconfortada por un ángel. Dios le hace promesas sobre la descendencia de su hijo, y así se le da a conocer también a Abraham:

«... En cuanto a Ismael, también te he escuchado: He aquí que le bendigo, le hago fecundo y le haré crecer sobremanera. Doce príncipes engendrá, y haré de él un gran pueblo. Pero mi alianza la estableceré con Isaac, el que Sara te dará a luz el año que viene por este tiempo ...»

Dios promete a Ismael que será el patriarca de un gran pueblo, el árabe. Pero el islam, no existe aún, ni existirá hasta pasados seis siglos después del



«Abraham aleja a Agar e Ismael»
(Gen 21,14). Museos Vaticanos

advenimiento de Cristo. Así pues, el heredero de Ismael es directamente el pueblo árabe, formado, al principio, por tribus nómadas dedicadas al pastoreo.

Observemos pues, que en principio, nada tiene que ver el islam con el relato bíblico. En el Génesis se habla de patriarcas y de pueblos, en tanto que la narración se ciñe a la genealogía de la que habrá de ser la ascendencia del Mesías. Pero si se mira con la perspectiva de la teología de la historia se pueden extraer algunas conclusiones muy ilustrativas ya que serán precisamente los descendientes de Ismael los que, aglutinados por la religión y las leyes islámicas, llegarán a ser un pueblo temible.

Las promesas que Dios le hace a Agar, sobre la descendencia de Ismael, no muestran solamente que va a ser un gran pueblo sino que sorprendentemente añaden: «Su mano contra todos, y la mano de todos contra él; y enfrente de todos sus hermanos plantará su tienda» (Gen 16, 12). Parece que esto fue así siempre, y ya desde el principio hubo enemistad y enfrentamientos entre las tribus nómadas de Arabia, con los descendientes de Isaac y Jacob. Pero debemos observar cómo esto pasa a ser más verdadero aún, si cabe, casi tres mil años más tarde, a partir del islam. Visto desde la teología de la historia, el islam, considerado como descendiente de Ismael, es para la Cristiandad, el Occidente cristiano, lo que tradicionalmente se ha considerado «el azote de Dios»

Conviene saber que también los musulmanes se consideran descendientes de Ismael, pero alteran la narración en el sentido de considerar a Agar la verdadera esposa de Abraham, e Ismael su hijo favorito. Además, afirman que fue a Ismael, y no a Isaac, a quien Abraham ofreció en sacrificio; ellos trasladan el escenario de la frustrada inmolación del monte Moriá, en Palestina, al monte Arafat, cerca de La Meca (hoy Arabia Saudí). Suponen, por tanto, que la primogenitura recayó en Ismael en lugar de Isaac, y así lo explican en sus escritos históricos.

La expansión del islam, ya desde el siglo sexto fue fulminante, sus conquistas arrasaron todas las regiones vecinas de Arabia. A principios del siglo VIII, el islam dominaba una amplia área que se extendía desde las regiones periféricas de China y la India, por el este, hasta el norte de África y casi toda la península ibérica, por el oeste. En España, como sabemos, derrotaron al reino visigótico establecido, conquistaron los reinos que formaban la península, y tardaron ocho siglos en ser finalmente expulsados, tras sangrienta lucha.

Esta rapidez de difusión de la religión musulmana, suele atribuirse al uso de la fuerza militar, aunque ya veremos que esta explicación no es totalmente satisfactoria. Mahoma atrajo en primer lugar a los pueblos árabes, por la firmeza de su carácter, y al

hecho de vincular la salvación eterna a la muerte en la batalla, por la expansión del islam. También resultaba atractiva para los combatientes, la promesa de los bienes materiales obtenidos como botín de guerra. Los ataques aislados de las primeras etapas de esta expansión no tardaron en convertirse en auténticas guerras a gran escala, en las que imperios y naciones se rendían al poder de este nuevo fenómeno religioso, militar y político.

Las palabras proféticas sobre los descendientes de Ismael, que el Génesis atribuye a Dios mismo, costarían mucho de interpretar si sólo se analizan desde la perspectiva del Antiguo Testamento. Pero la expansión del islam, que con gran fuerza llega hasta nuestros días, convirtiéndose nuevamente en la mayor amenaza de Occidente (ya lo fue en 1571, y tuvo que ser atajada en Lepanto), vuelve a ser para la Cristiandad, hoy apóstata, aquel «azote de Dios» que ya hemos mencionado.

Así pues, la expansión del islam tiene algo de misterioso. Ciertamente se atribuye a la «guerra santa», a la fuerza militar ya mencionada, y además se suele añadir que su doctrina moral es muy asumible (por fácil y sensual), pero ello solo no basta para explicarlo. Observando las circunstancias humanas y sociológicas de los creyentes musulmanes, puede comprobarse que, aun siendo bastante laxa la doctrina moral, especialmente para los varones, en cambio las prácticas religiosas resultan a veces de una dureza notable. Y son asumidas con mucha fuerza por estos creyentes. La expansión del islam es humanamente poco explicable, a no ser que admitamos la existencia de una providencia permisiva, que Dios ha ejercido desde la promesa a Ismael. Esta visión, sólo puede proporcionarla la que llamamos teología de la historia.

Esta expansión islámica, no pudo ser considerada objetivamente como un bien. Durante siglos absorbió y destruyó gran parte de las culturas procedentes de los antiguos imperios de Oriente, y así ocurrió con los persas, egipcios, hindúes y muchos pueblos de Oceanía. También ha disputado sistemáticamente los territorios de Palestina a judíos y cristianos, como es sabido. Para el Occidente cristiano esto debiera ser una advertencia, pero Occidente ha apostatado de sus orígenes. El islam es consciente de ello, y por esto redobla su presión; así los occidentales son tratados por los musulmanes como infieles, y no por su falta de creencias, sino como herederos de la Cristiandad.

Los musulmanes, no sólo combaten a su manera la impiedad y la idolatría, sino que además niegan, entre otras cosas, la doctrina trinitaria, a la que consideran blasfema. De esta negación hacen un «cassus belli» en nombre del monoteísmo. Y ahí se produce la gran paradoja: la Cristiandad apóstata es combatida por los musulmanes, en nombre de Dios.

Una religiosidad sin amor

FRANCISCO CANALS

LA contemporánea vigencia del concepto de diálogo interreligioso hace necesaria la comparación entre la fe cristiana (que nos revela, con nuestra salvación por Cristo como comunicación de la vida divina, la restauración en nosotros, por la infusión del Espíritu Santo, de nuestra filiación adoptiva al ser hechos miembros del Cuerpo místico de Cristo) y los conceptos sobre la vida religiosa del Corán, redactado por Mahoma, del que se entiende que contiene la revelación divina culminada en el Profeta después de haber sido iniciada y realizada parcialmente en Abraham, Moisés y los profetas de Israel y Jesús de Nazaret.

En el Corán aparece reiteradamente discutida y negada la concepción de que Dios haya adoptado un Hijo. Jesucristo es profeta, pero es un error de algunos de sus seguidores cristianos el calificarle de «Hijo adoptivo de Dios». Tanto en lo que asume como en lo que rechaza de la tradición religiosa cristiana, no parece que Mahoma tenga presente ni combata la posición ortodoxa de Cristo como el Hijo eterno y divino encarnado en naturaleza humana, es decir, lo enseñado por la Iglesia en Nicea, Éfeso y Calcedonia. Parece como si, para Mahoma, no hubiese otros cristianos más que los judíos adoptacionistas y sus herederos, los nestorianos.

La argumentación contra la adopción de un hijo por Dios es ésta: «Dicen: “Dios ha adoptado un hijo”. ¡Loado sea! ¡No! A Él pertenece todo cuanto hay en los cielos y en la tierra, todo le adora. Creador de los cielos y la tierra, cuando decreta algo basta que diga ¡sé! Y es.» (Corán, azora 110-11). La insistencia en esta argumentación que pretende dirigirse contra los cristianos no es antitética formalmente a la doctrina del prólogo del evangelio de san Juan, y por lo tanto, tampoco a la definición nicena de la consustancialidad del Hijo engendrado respecto de Dios Padre. No es, por tanto, contra la ortodoxia cristiana ni tampoco contra los errores trinitarios más o menos orientados hacia la eternidad y la trascendencia, como los semiarrianismos de inspiración neoplatónica, tal vez origenista.

Parece como si Mahoma realmente no tuviese vitalmente ante sí otros cristianos que los que profesaban un adoptacionismo judaizante. Es notable que en todos los pasajes en que se refuta que Dios haya adoptado un hijo, se alega con la mayor frecuencia la certeza de la plenitud del poder y de la riqueza divinas, como si hubiese alguna experiencia esen-

cial de que la adopción de hijos fuese siempre por afán de enriquecimiento de los padres, no por generosa donación de amor. En la mentalidad de Mahoma las doctrinas trinitarias, orientales u occidentales, ortodoxas están totalmente ausentes.

Aunque invoca siempre a Alá como «el Clemente, el Misericordioso», parece ausente de su mentalidad la revelación de Dios como Amor, el carácter de plenitud comunicada de la generación del Hijo, nacido del Padre, no adoptado, y del Amor donador, que eternamente espira, por una común donación del Padre y del Hijo, la tercera hipóstasis, el Amor personal y subsistente que es el Espíritu Santo.

Una objeción más explícitamente antitrinitaria la encontramos formulada también contra los cristianos con estas expresiones, en que acusan de infidelidad a quienes llaman Dios al Mesías y a un tercero de una Tríada:

«Son infieles quienes dicen: “Dios es el Mesías, hijo de María”, pues el Mesías dijo: “Hijos de Israel, adorad a Dios, mi Señor y vuestro Señor”. Ciertamente, a quien asocia a Dios, Dios le prohibirá entrar en el paraíso, y así será para él fuego, pues los injustos no tienen defensores» (azora 76). «Son infieles quienes dicen: “Dios es el tercero de la Tríada”. No hay Dios sino un Dios único» (azora 77). «El Mesías, hijo de María, no es más que un enviado; antes que él han existido enviados. Su madre era verídica, ambos comían alimentos» (azora 79). «Gente del Libro: no exageréis en vuestra religión, profesando algo distinto de la verdad; no sigáis los deseos de unas gentes que ya antes se extraviaron e hicieron extraviar a muchos y que se extraviaron de la buena senda» (azora 81).

Con frecuencia, en el Corán se considera como una infidelidad idolátrica la adoración de «asociados» al Dios único o la adoración de alguien «enviado» como Jesús: «Quienes entre las gentes del Libro no creen y los asociadores estarán en el fuego del infierno. En él permanecerán eternamente. Estos son los peores de los humanos» (azora 5). «Di: Él es Dios. Es Único. Él solo, no ha engendrado ni ha sido engendrado, y no tiene a nadie como igual» (azora 112).

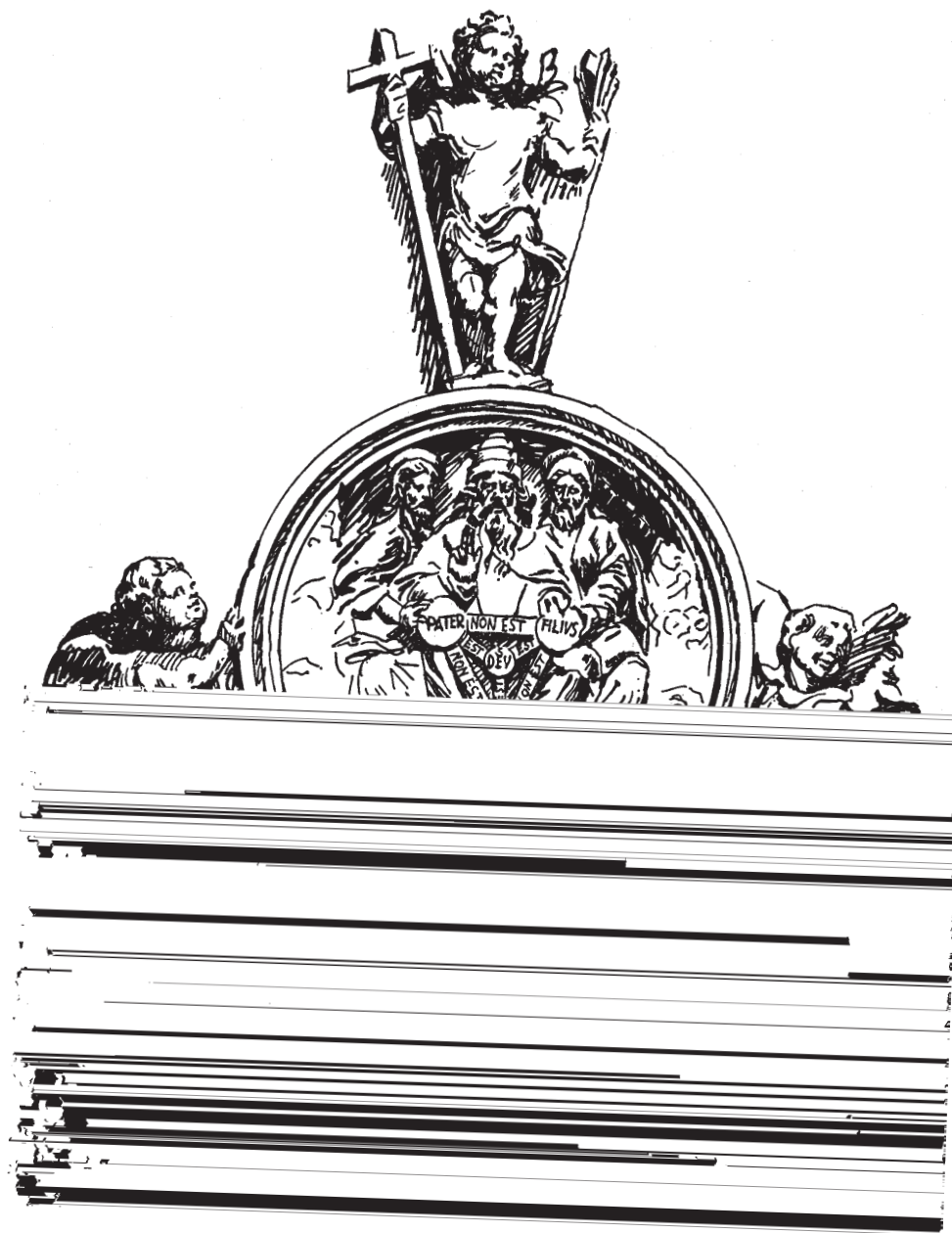
En la revelación del Corán no aparece el «Dios es Amor» ni Dios es tampoco revelado como viviente. En el establecimiento de la relación entre Alá, el

Clemente, el Misericordioso, y el hombre no aparece la donación de la gracia santificante. Dios no nos hace partícipes de su misma vida. Diríase que el islam ignora totalmente la revelación de un Dios que, comunicando su propia vida para que sea participada por sus criaturas, enriquece y lleva a plenitud su propia imagen en los hombres.

Parece ausente también del Corán el concepto de los hombres como seres personales, y ésta es, posiblemente, la raíz profunda de su modo tan desolador de comprender a la mujer en la vida humana. No es que la mujer no sea persona, es que no hay perfección personal en la naturaleza humana que pueda definir la igualdad entre todos los hombres y su destinación a vivir en semejanza.

Tampoco aparece, en la revelación coránica, el

concepto de felicidad como plenitud de ser personal, que ha sido tan capital en la teología cristiana y que mi maestro, el padre Orlandis, pensaba como exigiendo sintéticamente la visión de Dios, la unión de Amor con Él. Ninguna de estas dos dimensiones del concepto cristiano de la felicidad parece interesar a Mahoma a lo largo del Corán. Y así nos encontramos con una desconcertante religiosidad en la que los conceptos de amor y de bien personal parecen no existir en ningún momento. La grandeza de Alá, el Clemente, el Misericordioso, parece situarse en la línea del poder más que en la de la mutua posesión y diálogo entre Dios y sus criaturas, que con esto tampoco quedan caracterizadas como personas partícipes de la vida infinita, realizada en la posesión luminosa y la unión personal por el Amor.



«El misterio de la Santísima Trinidad», de Pedro Moreto. Altar de san Bernardo, catedral de Zaragoza

Islam eterno

ANTONIO LÓPEZ CAMPILLO

UN ámbito socio-cultural, una comunidad de más de mil cuatrocientos millones de personas, eso es el mundo musulmán. Una población con un crecimiento rápido: en 1954 el *Annuaire du monde musulman* daba la cifra de 365 millones en todo el mundo, en 1973 *L'Encyclopédie de l'Islam* (tomo IV) daba como cifra de los musulmanes en el mundo seiscientos millones y en 1989 el número de creyentes llegaba, según las estimaciones de la época, a mil doscientos millones. Una parte importante de este crecimiento procede de la progresión demográfica natural, pero hay que añadir las conversiones, que son numerosas en todo el mundo; de acuerdo con el imán de la mezquita de París habría habido más de doscientas mil conversiones en Francia, según referencias de 1986.

La conversión no implica una ceremonia complicada; basta con una simple profesión de fe ante un religioso musulmán, «Alá es Dios y Mahoma su profeta», y uno ya se ha integrado en el islam, ya forma parte de la *umma* (comunidad de los creyentes). La vida del musulmán esta regulada de tal modo que tiene respuestas para cada una de las circunstancias de la vida. La higiene, la alimentación, el modo de preparar los alimentos, la vida sexual, las relaciones humanas, etc... todo está codificado. En el islam no tiene sentido la distinción entre la Iglesia y el Estado, al no existir una iglesia; ni hay un clero. Mahoma no hace una distinción entre lo temporal y lo espiritual, él fue un guía espiritual y un guerrero al mismo tiempo, fundador de un Estado islámico.

Se habla de las religiones del libro: judaísmo, cristianismo e islam. El Corán es el libro sagrado de los musulmanes. El Corán es el libro de las revelaciones de Dios al profeta Mahoma, revelaciones realizadas esencialmente a través del arcángel Yibril (Gabriel) entre los años 610 y 632 de la era cristiana en Arabia. Está escrito en árabe, que era la lengua común de los pueblos de la península arábiga en la época de Mahoma. Este mensaje de Alá pretende cerrar la profecía monoteísta, ser la Revelación última y definitiva. El Corán al ser el testimonio que Él ha dado de sí mismo, participa de la eternidad de Dios y es inmutable.

Así como la Biblia es una obra colectiva de una serie de autores inspirados por Dios en épocas diferentes y escrito en idiomas distintos, el Corán es un bloque único de la palabra de Dios revelada a un hombre y en una sola lengua, el árabe. No debe

traducirse, pues se corre el riesgo de desvirtuar el contenido del mensaje. El Corán está dividido en 114 suras o azoras, es decir, capítulos ordenados por orden decreciente de longitud; cada sura consta, a su vez, de versículos denominados aleyas.

El texto se ha formado a partir de los relatos conservados por los que escucharon al Profeta (Mahoma), que memorizaron o transcribieron lo oído. Después de la muerte del Profeta, su sucesor, Abu Bakr, recoge los testimonios y los textos; pero es Othman (644-656), el tercer califa, quien reúne el primer cuerpo de la «vulgata» coránica. Es el califa Abd al-Malik (685-705) el que homogeneiza la ortografía del texto, haciéndolo definitivo.

El Corán

EL Corán no es sólo una guía práctica para la organización de la vida de los creyentes, es el conjunto de las indicaciones de Dios para hacer la historia, es un texto político y religioso al mismo tiempo. En el Corán no encontramos un «dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», no hay nunca distinción entre el ámbito político y religioso, es todo uno. Y ésta es una de las fuentes de la fuerza del islam.

Junto al Corán están la *sharia* y la *sunna*. La *sharia* o «senda que se ha de seguir», la ley canónica del islam, define la justa conducta del fiel. En el islam no hay una diferencia entre ley y religión: Dios ordena y el fiel se somete y obedece. La *sharia* regula las relaciones del individuo con Dios y con sus semejantes. Y la *sunna* es la tradición vivida y enseñada por el Profeta. El Corán y la *sunna* son las dos grandes fuentes de la vida práctica de los musulmanes, siendo la *sunna* un complemento del Corán, fuente única e insuperable de la religión islámica. Junto a la *sunna* están los *hadiths*, que son narraciones y anécdotas de la vida del Profeta.

Unicidad de Dios y unidad de la *umma*

No hay más Dios que Alá...» El islam está centrado en la fe en la unicidad de Dios. Lo esencial del mensaje del Corán es la predicación del Dios único. La superioridad del uno sobre lo múltiple es la creencia fundamental de todos

los musulmanes. La unidad del islam es como la imagen de la unicidad de Dios. El objetivo de la comunidad musulmana es llegar a ser única en el conjunto del mundo.

La realización de esta unidad exige de los creyentes una serie de condiciones: han de aceptar la desigualdad entre creyentes y no creyentes, desigualdad que es un modo de incitar a los no-musulmanes a la conversión, lo que conduce a que se ejerzan una serie de presiones que les hacen la vida incómoda para recordarles su estatuto de inferior; se puede comerciar con los no-musulmanes, pero no mantener relaciones sociales con ellos; los no-creyentes no pueden realizar ningún acto que pueda parecer un insulto al islam; los creyentes de otras religiones monoteístas, llamados *dimmies*, pagan un impuesto superior, tienen derecho a practicar su religión en privado y tienen los mismos derechos que los esclavos y las mujeres, es decir, que valen la mitad que un varón musulmán. Los *dimmies* deben respetar a los creyentes musulmanes, vestir de modo diferente y no imitarles.

La comunidad de los musulmanes, la *umma*, es más que una federación, ya que no tiene límites geográficos, tiene la misma fe y se rige por las mismas leyes. El territorio controlado por los musulmanes se llama *dar al-Islam*, realización práctica de la *umma*. La *umma* ha sido instituida por Dios y no debe ser sustituida por la noción de nación o patria. De aquí el internacionalismo islámico: no hay ni pueblos, ni razas, ni naciones: todo musulmán, esté donde esté, forma parte de la *umma*. Las naciones regidas por musulmanes son deformaciones históricas que han de desaparecer. Por el contrario, las tierras que no están bajo el control de los musulmanes se denominan *dar al-Harb*, es decir, «Morada de la Guerra».

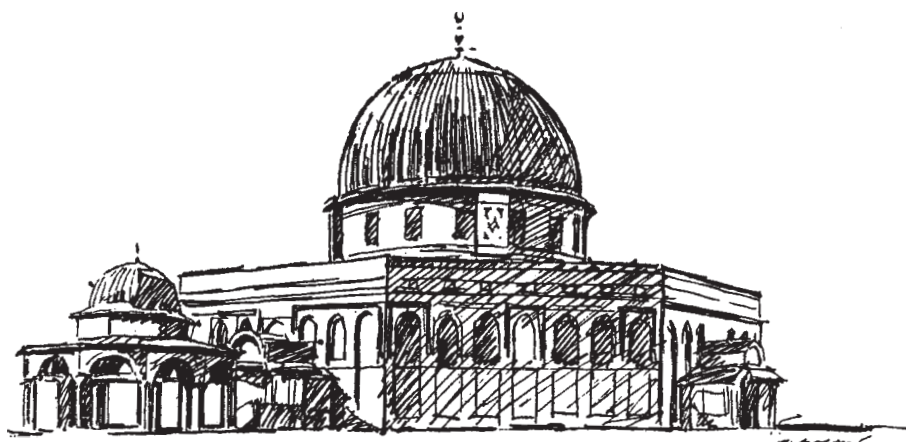
Junto al Corán y la *sunna* está la *sharia*, el camino, la senda que se ha de seguir. La *sharia* es el conjunto de prescripciones divinas que regulan, de

un modo estricto, todas las actividades de los musulmanes, de la higiene a la oración. En el islam no hay diferencia entre ley y religión. Alá ordena y prohíbe, el creyente se somete y obedece. La *sharia* define, pues, la justa conducta del musulmán. Por eso la aplicación estricta de la *sharia* se ha convertido en la demanda política de los islamistas ortodoxos y es un arma de agitación política de primer orden, ya que los males del mundo musulmán procederían del abandono de la *sharia*. Hoy la *sharia* está vigente con toda su fuerza en Arabia Saudí, Irán, Sudán, Pakistán, Mauritania...

La guerra santa

LA *sharia* prohíbe la guerra entre musulmanes fieles pero aconseja, y en ciertas condiciones exige, la *jihad*, la guerra santa, contra los infieles. Su objetivo no es el exterminio de los infieles, sino el establecimiento de la Ley de Dios, es decir, limpiar el mundo del mal que lo mancha. La *jihad* es un deber religioso, significa «esfuerzo en el camino de Dios», y es una obligación ineludible para los habitantes de los territorios que están más cerca del enemigo. La *jihad* es un acto de devoción que abre las puertas del paraíso. Debe hacerse contra los musulmanes que no siguen la *sharia*, los apóstatas y los bandidos.

Como para acercarse a Dios el hombre debe vivir en acuerdo total con la *sharia* y en la Ley hay acciones que sólo puede ejecutarlas un gobierno, es necesario que éste esté en manos de musulmanes y tiene que controlar el territorio, *dar al-Islam*, que es la realización local de la *umma*. Es mediante la *jihad* como puede lograrse que el gobierno esté en manos de los creyentes y no en poder de los *kafir*, los impíos, los que no obedecen, los ingratos con Dios; por eso hay que luchar contra ellos y practicar la *jihad* en el territorio controlado por los musulma-



Mezquita de Omar (Jerusalén)

nes. Dice el Corán: «Cuando hayan transcurrido los meses sagrados, matad a los asociados dondequiera que los encontréis. ¡Capturadles! ¡Sitiadles! ¡Tendedles emboscadas por todas partes! Si se arrepienten, hacen la *azalá* y dan el *azaque*, ¡dejadles en paz! Dios es indulgente, misericordioso.» (Sura 9, aleya 5).

La *jihad* es defensiva en *dar al-Islam* y ofensiva en *dar al-Harb*. En ambos casos el objetivo de la guerra no es la conversión por la fuerza, sino la expansión y la defensa del mundo islámico. El islam no hace diferencias entre los no-musulmanes que se oponen o no aceptan el control político musulmán, sean politeístas, judíos o cristianos, son todos *harbis* (de la palabra *harb*, «guerra») y deben ser sometidos, no convertidos, por la fuerza; y para eso está la *jihad*. La conversión vendrá por otros medios.

Para Ibn Taymiyya, un clásico y hoy una de las referencias doctrinales de los islamistas, la propagación del islam por la *jihad* es fundamental y la *jihad* sólo acabará cuando la *umma* sea global. La paz con las naciones no-musulmanas es un estado provisional, que puede y debe ser acatado si es útil al islam. Por eso la paz será siempre provisional hasta que la *umma* no englobe el orbe entero.

Los movimientos islamistas actuales

EXISTE un sinnúmero de movimientos islamistas en todo el mundo. Pero donde son más violentos es en los países musulmanes, que es donde encuentran un apoyo popular importante y sus ideas tienen un eco sumamente favorable. Son movimientos político-religiosos, que tienen características específicas en cada región, pero con un elemento común: la restauración del islam en su pureza original y, así, favorecer la realización de la *umma*.

En el islam, con el paso del tiempo y bajo determinadas influencias se producen desviaciones; cuando éstas son importantes se produce un movimiento de reavivamiento de la fe. En el caso del islam el fenómeno se ha producido varias veces, recuérdese a los almorávides y los almohades en su lucha contra el relajamiento religioso en África del Norte y en al-Andalus. Hoy, el islamismo es un movimiento de restauración religiosa que surge simultáneamente en todo el mundo musulmán, en *dar al-Islam*. La causa de la corrupción religiosa, el abandono de la fe, tiene un origen: la influencia del mundo occidental, su encuentro, debilitó la fe islámica. Los valores de Occidente chocan frontalmente con los valores del islam. El colonialismo produjo una serie de minorías favorables a la adopción del modo de vida de la metrópoli, lo que significaba la liquidación de la sociedad musulmana. Contra ello se alzan los islamistas.

Los movimientos islamistas se encuentran fundamentalmente en los países musulmanes, es decir en *dar al-Islam*, y desbordan sobre los estados de *dar al-Harb* que tienen minorías musulmanas. Los islamistas actuales renuevan de arriba abajo, han empezado por la base su labor de reforma. El primer punto que les caracteriza se encuentra en una renovación del «clero», los ulemas. Estos son «los que saben» y tienen autoridad, además de por su saber, por pertenecer a una genealogía de ulemas. Otro punto importante reside en el hecho de ser «misioneros», se ocupan de los creyentes, les ayudan en sus necesidades cotidianas, crean cooperativas, centros de culto que son también de asistencia. Este trabajo les crea las bases sociales que les apoyarán posteriormente. El proselitismo pasa por la solidaridad y la cooperación. Los centros de culto, las mezquitas, suelen encontrarse en casas particulares, son recintos rectangulares donde se prosternan y oran. También se predica y es ahí donde se hace la propaganda, que es, por esencia, político-religiosa, son centros de formación religiosa y militante, no hay separación entre ambas formaciones.



Santa Sofía (Constantinopla)

Aclaraciones históricas en torno al concepto de «jihad»

ÁNGEL EXPÓSITO CORREA

MUCHOS vaticanistas, intelectuales y políticos, estaban seguros de que Benedicto VI se iba a limitar a hablar de paz, amistad y buenos sentimientos en su encuentro con los embajadores de los países islámicos tras las protestas violentas del mundo islámico tras su lección de Ratisbona. No ocurrió tal cosa y el Papa sorprendió a todos.

Para empezar, el mismo encuentro ha obligado a recordar la estrechísima unidad en el islam entre política y religión. Si por ejemplo hubiera dialogado con los protestantes, el Papa habría invitado a obispos y a pastores, no a los embajadores de Suecia o Dinamarca. En cambio, para hablar con el islam convocó a los embajadores de los países de mayoría islámica, recordando a los ingenuos con una pedagogía visual que los verdaderos guías de las comunidades islámicas son los gobernantes, no los predicadores o los profesores universitarios.

Pero Benedicto XVI ha hecho más, superando en cierto sentido lo dicho en Ratisbona. Para muchos musulmanes hay una palabra tabú que jamás debe pronunciarse: «reciprocidad». Explotando en beneficio propio la ideología occidental del multiculturalismo, afirman que toda cultura debe juzgarse según sus tradiciones. Por lo tanto, es justo que en Occidente los musulmanes puedan construir mezquitas y buscar nuevos fieles, en coherencia con los principios occidentales de libertad religiosa, así como es justo que en Arabia Saudí los cristianos no puedan construir iglesias y en gran parte del mundo islámico no puedan hacer proselitismo, porque esto es lo que manda la cultura islámica. El relativismo moderno permite a los musulmanes afirmar que no existen derechos humanos universales que se impongan a todos independientemente de los contextos locales. Por lo tanto es normal que la libertad religiosa proteja a los musulmanes en Roma pero no a los cristianos en Arabia Saudí.

Tras el magistral discurso de Benedicto XVI en Ratisbona, los Hermanos Musulmanes y los islamólogos «buenistas» a lo Gilles Kepel «[...] han pedido al Papa que admita haberse equivocado en la relación entre islam y violencia y en la noción de *jihad*. El Papa empleó en Ratisbona el término *jihad* como sinónimo de «guerra santa», en el sentido de guerra librada con la espada. Frente a esto le han replicado señalando que *jihad* significa «esfuerzo

en el camino del Señor», que se compone de «gran *jihad*», el esfuerzo para dominar las propias pasiones, y en «pequeño *jihad*», que es la guerra librada con las armas. Se trata de una argumentación repetida tan a menudo que muchos la asumen acríticamente sin interesarse por examinarla más de cerca.

Pero el destacado islamólogo americano David Cook, que en su reciente *Understanding Jihad* (University of California Press, 2005) ha trazado la historia del concepto a través de una minuciosa reconstrucción de las fuentes, define «patético y ridículo» el intento de considerar primario en el islam el significado de *jihad* como «esfuerzo espiritual para vivir bien». En su libro, Cook deja en evidencia a los buenistas mediante centenares de citas que demuestran cómo en los primeros siglos del islam, mientras la fe de Mahoma se expande con las armas, más del noventa y cinco por ciento de los casos en los cuales la palabra *jihad* aparece en textos musulmanes ésta significa guerra armada. Cierto, hay un *hadith*, un dicho del Profeta, en el cual, volviendo éste de la batalla a las fatigas de la vida diaria, declara estar volviendo «del pequeño al gran *jihad*». Pero – sin entrar en las complejas cuestiones evocadas por Cook sobre la autenticidad de los *hadith* en general y de éste en particular – la cuestión está mal planteada e ignora el corazón del problema, lo evidenciado precisamente por Benedicto XVI. En el islam no hay división nítida entre vida espiritual y defensa o propagación de la fe con las armas. La guerra tiene un valor espiritual, y una espiritualidad que excluya por completo la guerra de su horizonte religioso no es una verdadera espiritualidad.

Sólo al final de la época de las grandes conquistas, el mundo de la mística sufí proclama la prioridad del *jihad* espiritual: pero ello no excluye, ni siquiera para los sufís, el *jihad* armado. Para los sufís que no quieren dedicar largos meses a la guerra, substrayéndolos a la meditación, los sultanes turcos –recuerda Cook– instituyen un batallón encargado de decapitar a los prisioneros que el ejército conduce a Estambul al final de cada guerra, de manera que también ellos puedan obtener en poco tiempo aquellos méritos que se pueden adquirir sólo participando en el *jihad* en armas. Ello confirma que el mismo sufismo tenía bien claro que también el camino del místico no puede excluir –ni de principio

ni de hecho— el momento militar. Ello no tiene de por sí —salvando desviaciones históricas, que no han faltado— el objetivo de obligar al infiel a hacerse musulmán, sino a someterle políticamente. Aunque en el Corán haya una diferencia entre las suras del primer período de la vida del Profeta, cuando —jefe de una minoría perseguida— invocaba la tolerancia de la mayoría, y aquéllas del segundo período cuando, en cambio —en el poder y triunfante— se mostraba hartamente menos tolerante hacia los derrotados, ningún musulmán reniega del versículo de la segunda sura citado también por Benedicto XVI en Ratisbona: «Ninguna obligación en las cosas de la fe». Los no musulmanes no han de ser convertidos a la fuerza sino privados de sus derechos políticos, sociales y económicos y sometidos a los creyentes: en el caso de los «pueblos del Libro», cristianos y judíos, deben ser reducidos a la condición de *dhimmi*, ciudadanos de segunda división que pagan mayores impuestos, son discriminados desde numerosos puntos de vista y no pueden acceder a los mayores cargos públicos. El *jihad* en armas no apunta, por tanto, a la conversión forzosa, sino a la sumisión político-jurídica del infiel. Que luego, de hecho, para escapar a la condición de sumisión el infiel a menudo se convierta (es el caso de la mayoría cristiana de África del Norte, convertida en pocos siglos, tras

la conquista árabe, al estado de pequeña minoría) es otra cuestión.

La idea que Cook llama «ridícula», según la cual el «verdadero» *jihad* es el espiritual, es un invento de los islamólogos occidentales a partir de principios del siglo xx cuando, por diversas razones, el mayor islamólogo, Louis Massignon (1883-1962), y el mayor pensador esotérico de Occidente, René Guénon (1886-1951), consideran que el islam más auténtico hay que buscarlo en el sufismo. Pero, en auxilio de la historia, llega ahora la sociología, cuyos estudios muestran que cuando se pregunta a los musulmanes comunes, ya sea en los países donde son mayoría, ya sea en la emigración, qué evoca para ellos la palabra *jihad* éstos contestan por mayoría abrumadora refiriéndose a la guerra y no a la espiritualidad.

El historiador François Georgeon, en su monumental biografía del sultán turco Abdulhamid II (1842-1918), recuerda que cuando Inglaterra lo amenazó por cuestiones de créditos y de ferrocarriles, el sultán escribió a la reina Victoria (1819-1901) recordando que también era califa de todo el islam y que como tal era «el custodio de una terrible palabra, *jihad*, y me bastaría pronunciarla para que doscientos millones de musulmanes convirtieran a la India británica en un lago de sangre». La prudente reina inglesa dio un paso atrás: había entendido perfectamente que, hablando de *jihad*, el sultán no se refería a una tanda de Ejercicios espirituales.



María, esperanza de África*

CLAUDE MOUTON-RAIMBAULT

Presencia de la Virgen, desde los primeros siglos, en la Iglesia africana

YA desde los primeros siglos de la era cristiana la Virgen María ha tenido una importante presencia en África. Los mayores doctores, los más célebres mártires de la Iglesia sembraron en esas tierras el culto a la Madre de Dios con su doctrina y su sangre. Tertuliano, nacido a mediados del siglo II, apenas cien años después de la muerte de la Virgen, fue ordenado sacerdote en Cartago, centro de todas las cristiandades africanas y, en su *Tratado de la carne de Cristo* le da a María el título de «nueva Eva». San Cipriano, también miembro de la Iglesia de Cartago, obispo y mártir, a mediados del siglo III canta a María en estos términos: «A la Madre se le debía la plenitud de la gracia; a la Virgen la superabundancia de la gloria». En el siglo IV san Agustín compone varias letanías a la Virgen María y afirma: «Presentémonos a su fiesta revestidos con el manto de su humildad y de su caridad puesto que cuanto más nos vea ornados de virtudes más se apresurará a pedir a su Hijo que venga en nuestra ayuda». San Fulgencio, obispo de Ruspe, en Túnez, al inicio del siglo VI, en los tiempos de los vándalos y de los arrianos, se erige en el Atanasio del África romana y defiende la maternidad divina de María al defender la divinidad de su Hijo.

El culto de la Virgen es, pues, manifiesto en África desde los primeros siglos de nuestra era, influyendo en las estructuras militares, políticas y sociales. Procopio explica que Justiniano, en el siglo VI (el mismo que hizo construir Santa Sofía de Constantinopla), para poner el África romana bajo la protección de María construyó tres santuarios: uno en Cartago, otro en Leptis-Magna (Trípoli) y un tercero en Cepta, la actual Ceuta. El de Cartago, construido en el recinto mismo del palacio del procónsul, fue erigido bajo la advocación de Nuestra Señora de la Paz. Se cree que el de Cepta tenía por nombre Nuestra Señora de África. Procopio explica cómo el emperador, con el fin de salvaguardar ese puesto avanzado y esa puerta del Imperio, quiso confiársela a la Madre de Dios, motivo por el cual le construyó tan remarcable templo.

Pero, más que las invasiones de los vándalos, fueron los invasores árabes los que se dedicaron a destruir todo culto cristiano y así entramos en un periodo de clandestinidad de trece siglos en el curso del cual los bereberes se rebelarán al menos catorce veces, para

finalmente inclinarse ante el islam conquistador, adhiriéndose al mismo más por la fuerza que por la convicción. Añadamos a esto la esclavitud de los cristianos capturados en Europa y en Oriente Próximo. Esclavitud que ni las cruzadas ni la victoria de Lepanto consiguieron hacer desaparecer completamente. En la primera mitad del siglo XVII se contaban más de veinticinco mil esclavos en Argel y sus alrededores: franceses, españoles, ingleses, italianos, sirios e incluso rusos. Las obras creadas para la redención de cautivos tuvieron una extraordinaria importancia, rescatando a hombres de toda la Cristiandad. En su *Historia de Berbería*, el padre Dan estimaba que, desde el principio de la piratería hasta 1649, un millón de cautivos cristianos habían sido sometidos a esclavitud. Ante la disyuntiva entre la apostasía o la muerte, muchos cautivos rezaban especialmente a la Virgen, como lo atestiguan los relatos de los mercedarios; de este modo, durante todos estos siglos de barbarie y oscuridad, el santo Nombre de María no cesó de ser invocado.

Consagración de Argelia a María por monseñor Dupuch

A sí llegamos a la conquista francesa de 1830. La idea que latía tras la expedición de Argelia no era solamente un pensamiento de civilización y humanidad, sino también de cristianismo. El ministro de la guerra, Clermont-Tonnerre, no ocultaba al rey Carlos X, en el informe en el que proponía esa expedición, que si Dios concedía su protección a los ejércitos franceses, «éstos podrían restablecer el cristianismo en África y devolver la fe a los pueblos que, antes, habían sido cristianos».

Se comprende, pues, el entusiasmo con el que lo que aún quedaba de cristiano en Francia acogió el proyecto. Ya desde el inicio se dotó de contenido espiritual a la conquista y así veremos a los primeros obispos de Argel, dignos de sus predecesores de Cartago, no ahorrar esfuerzos para hacer salir a María de la clandestinidad y devolverle el honor al tiempo que le encomendaban, en verdadero espíritu de evangelización, la conversión de los musulmanes.

Fue monseñor Dupuch, fundador de una «Archicofradía del Santísimo e Inmaculado Corazón de María» (ochenta años antes de Fátima), quien consagró Argelia a María y se volcó en obras de caridad hacia los musulmanes y en la construcción de un seminario. También fue él quien recibió la primera imagen de la

*Artículo reproducido de *Lecture et tradition*, núm. 317.

Virgen en bronce para la que se construirá, en las alturas de Argel, la basílica de Nuestra Señora de África. El acto de ofrenda tuvo lugar el 5 de mayo de 1840, en la festividad de san Pío V, el papa de Lepanto y del Rosario. Quince años después, con motivo de la proclamación por Pío IX del dogma de la Inmaculada Concepción, monseñor Pavy, entonces obispo de Argel, hizo construir sobre la colina que domina la ciudad una capilla provisional dedicada a san José que sería bendecida en 1857 y que albergaría la imagen de la Virgen.

La basílica de Nuestra Señora de África

Poco a poco, junto a dicha capilla, se fue alzando la basílica. Se dudó si llamarla de la Inmaculada Concepción o de Nuestra Señora de la Esperanza, pero finalmente se optó por Nuestra Señora de África. Las obras se finalizarían el 31 de mayo de 1866, el último día del mes de María.

Las razones de monseñor Pavy para impulsar esta obra, expuestas de su propia pluma, bien merecen que nos detengamos brevemente: «¿No será conveniente unir ambas orillas del Mediterráneo por la devoción a la Madre de Dios?... Venid, pues, todos, cristianos de todos los países, de todas las naciones de Europa, ya liberados de la piratería y la esclavitud, venid y haced un gesto de gratitud... El universo católico aún está y estará largo tiempo bajo la impresión causada por la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción: Argelia, que debe a María su renacimiento, no desea sustraerse a este movimiento general del catolicismo».

Y así llegará a desarrollar otra razón, la razón suprema: «Hay un apostolado que no compromete ningún interés y que, por ello mismo, no debe jamás cesar: es el apostolado de la oración, es más, de la oración a María. La Iglesia la llama con razón Reina de los Apóstoles y le atribuye el honor de haber vencido a todas las herejías. ¿Por qué no vamos a pedirle, en su nuevo santuario, la gracia que el universo católico pide con tanto ahínco? La conversión de los indígenas es en toda la Cristiandad el objeto de los más serios pensamientos; incluso los políticos y los mundanos nos dicen: ¿cuándo se harán cristianos los musulmanes? Una voz interior se hace escuchar en nuestra alma y nos dice que los signos de los tiempos se multiplican. La esterilidad de nuestros esfuerzos no nos ha desanimado jamás. No, las súplicas con que llenaremos constantemente el santuario de María no quedarán por siempre sin resultados. Sin confundir las ilusiones con las legítimas esperanzas, osamos predeciros: Vendrá, vendrá pronto un día en que Aquella que los musulmanes veneran como la madre de un profeta, les abrirá los ojos sobre la divinidad de su Hijo y así honrarán en Ella, junto con nosotros, a la Madre de Dios y de los hombres. Es la única venganza que reclamamos por tanto oro expoliado, por tan-

tos crímenes, tantos oprobios, tantas persecuciones, tantos siglos de esclavitud y tanta sangre vertida en odio al nombre cristiano».

Fuente de gracia y esperanza

LEVADO el santuario al rango de basílica menor por Pío IX en 1875 y coronada la Virgen, no dejará nunca, a pesar de las múltiples dificultades sufridas, de derramar torrentes de gracia sobre todo el continente africano. La Archicofradía de oraciones, una de las grandes obras vinculadas al santuario, alzó los ochenta mil socios en todo el mundo. Ésta es la oración compuesta por monseñor Pavy para la Archicofradía: «Oh Corazón Inmaculado de María, lleno de misericordia, tened piedad de la profunda miseria de los musulmanes. Vos, la Madre de Dios hecho hombre, obtenedles el conocimiento de nuestra santa religión, la gracia de abrazarla y de practicarla fielmente, a fin de que, por vuestra poderosa intercesión, seamos todos reunidos en la misma fe, la misma esperanza y el mismo amor de vuestro divino Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, que fue crucificado y murió por la salvación de todos los hombres, y que, resucitado lleno de gloria, reina en la unidad del Padre y del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Oh Nuestra Señora de África, rogad por nosotros y por los musulmanes».

Monseñor Lavigerie, sucesor de monseñor Pavy en el obispado de Argel y fundador de la orden de los Padres Blancos, modificó la anterior oración para englobar a todos los infieles del continente africano: «Pues sois Señora y Soberana de África, dignaos escoger y enviar a estas regiones abandonadas santos misioneros para conquistarlas, arrancarlas a la muerte y a Satán y llevarlas al seno de la Santísima Iglesia».

Pero a partir de 1872 la actitud de la administración francesa en Argelia cambió sustancialmente, prohibiendo cualquier procesión, lo que provocó las protestas de monseñor Lavigerie, y siguiendo toda una serie de medidas anticlericales. Carlos de Foucauld escribirá al respecto, en 1912, estas proféticas palabras: «Si los cristianos de Francia no comprenden que su deber es evangelizar sus colonias, tendrán que rendir cuentas de su falta y esto será la causa de la pérdida de una multitud de almas que habrían podido salvarse. Si Francia no administra mejor a los indígenas de su colonia de lo que lo ha hecho hasta ahora, la perderá, y será un retroceso de esos pueblos hacia la barbarie, con la pérdida de la esperanza de cristianizarla por largo tiempo». Cumplidas las predicciones del padre De Foucauld, y confiados en el poder de María por Jesús, esperamos que se acorte el tiempo de la tribulación en que vive sumido el litoral mediterráneo africano y que la conversión de los musulmanes por obra de Nuestra Señora de África sea una realidad.

San Eulogio de Córdoba y el martirologio mozárabe

REYES JAURRIETA GALDIANO

La grave situación de los mozárabes

TODAS las invasiones acaecidas con anterioridad a la llegada de los musulmanes a España habían acabado por arraigar profundamente, mezclándose vencedores y vencidos en un mismo territorio. Sin embargo, no ocurrió así con la invasión musulmana. Para la fusión de ambos pueblos había un obstáculo insuperable: la diferencia de religión. Y éste fue el gran motivo de la Reconquista; una cruzada por la fe.

Naturalmente la mayor parte de la población hispanogoda permanece en sus campos y ciudades bajo el yugo musulmán. Los cristianos que renegaron de su fe y abrazaron el islamismo lo hicieron generalmente por móviles utilitarios y conservaron largo tiempo su tradición cristiana: llamábanse *muladíes*. Muladíes eran asimismo los hijos de matrimonios mixtos, a quienes la ley obligaba a ser mahometanos. Los que permanecieron fieles a sus creencias cristianas, aunque sometidos a la autoridad civil de los árabes, son conocidos con el nombre de *mozárabes*.

Conforme a capitulaciones del tiempo de la invasión (quebrantadas más de una vez) y obedeciendo a cálculos políticos, los musulmanes tuvieron que poner freno a su fanatismo mitigando en los primeros años su rigor con la población subyugada. Si bien es cierto que la ley mahometana prohibía hacer creyentes por la fuerza, esta tolerancia legal estaba restringida por leyes de opresión moral y social. A los cristianos se les agobiaba con tributos y gabelas, mientras los apóstatas obtenían la liberación de los impuestos opresores, el acceso a cargos públicos y la igualdad de derechos con los dominadores. No era extraño que las apostasías se multiplicaran.

Los mozárabes, por tanto, conservaron su religión cristiana teóricamente bajo cierta autonomía civil y eclesiástica¹. Así pues, era reconocida la autoridad de los obispos; se permitía acudir a los templos antiguos, mas no edificar otros nuevos y la organización eclesiástica se mantuvo igual que en la época visigoda. Espiritualmente la iglesia mozárabe fue la heredera de los Leandros, Isidoros, Ildelfonsos, Eugenio y Julianes. Con todo, su si-

tuación no dejaba de ser en extremo peligrosa, porque de una parte sus obispos se veían imposibilitados de frecuentar la comunicación con Roma y de otra sentían continuamente la presión moral del jefe musulmán, que los influía de mil formas; les faltaba a aquellos cristianos el apoyo de una autoridad civil y la fuerza que comunica siempre la unidad política; y les tentaba, en cambio, el favor que los emires dispensaban a los cristianos renegados, de entre los cuales escogían sus más influyentes servidores.

Una gran transformación política se operó en la España musulmana cuando en el 755 llegó a sus costas Abderrahmán y se adueñó del poder. De la familia de los Omeyas, Abderrahmán reina en España con plena independencia de los califas orientales, dando comienzo a lo que más tarde se llamará el califato de Córdoba, rival del de Bagdad en esplendor y poderío. Con el primer emir independiente se recrudece la persecución religiosa, que fue causa de que muchos cristianos huyeran al norte. Hixem I (788-796), hijo y sucesor de Abderrahmán I, prohíbe a los cristianos el uso de la lengua latina, obligándoles a frecuentar las escuelas arábigas, medio seguro de corromper sus tradiciones y costumbres. Así continuaron las cosas hasta que con los primeros años de Abderrahmán II (822-852) la situación llega al límite.

«Era preciso dar un grito de santa intransigencia si se quería salvar la civilización hispano-romana y la fe en Cristo»². En el año 825 se produjo el martirio de Adolfo y Juan, dos jóvenes hermanos que, como hijos de un musulmán, debían haber profesado esta religión pero ellos prefirieron la religión cristiana de su madre, lo que les costó la vida. Con esto y con la degollación del presbítero Perfecto, ocurrida en el año 850, comienza la era de los mártires. Muchos fueron los que derramaron su sangre por su fe; el joven monje Isaac, el joven militar san Sancho, procedente de Albi, los santos Pedro, Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, monje ecijano, los diáconos Sisenando y Pablo, san Teodomiro, joven monje carmonés; las vírgenes Flora y María, de origen hispalense. Y tantos otros.

Convencido Abderrahmán de que con la espada no lograría amortiguar el entusiasmo religioso de

1. Cf. Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Tomo I, BAC, 1998, 252-346.

2. Llorca, G. Villoslada, G. Laboa, *Historia de la Iglesia católica*, II, BAC, 1988, 168.

los cristianos porque, cuantas más víctimas caían, mayor era el número de los que corrían a denigrar a Mahoma y a confesar a Cristo, quiso valerse de los obispos para establecer la paz. Pero una paz en que la religión cristiana languideciese en silencio y servidumbre. No se distinguían por el fervor aquellos obispos que, reunidos en concilio bajo la presidencia de Recafredo, metropolitano de Sevilla (852) y hechura de Abderrahmán, declararon que la Iglesia no reconocería como mártires a los que espontáneamente y en forma provocativa se presentasen al martirio.

Parece indudable que algunos fieles se dejaron arrebatados de un fervor indiscreto, exponiéndose al martirio con gritos insultantes a Mahoma y a sus secuaces, no sólo en las plazas, sino aun dentro de sus mezquitas. Pero, en conjunto, no podemos compartir el juicio de historiadores que les acusan de fanatismo porque, si bien en circunstancias normales, la Iglesia no mira bien los martirios espontáneos, hay ocasiones en que es necesario adelantarse a profesar su fe, aunque esto irrite a los enemigos. Y así lo vieron los más esclarecidos por el saber y la virtud del momento: Esperaindeo, Álvaro, Sansón, y el insigne Eulogio. Veían en peligro su fe, su raza, su cultura; veían que la tibieza se iba aposentando de muchos mozárabes y el islam se infiltraba en los espíritus y en la vida toda con riesgo inminente de acabar con el cristianismo, si éste no se alzaba en pie con un gesto heroico. Además, la antigua tolerancia se iba convirtiendo en tiranía y muchas veces la provocación partía del enemigo. Los mozárabes se habían acomodado a las costumbres del vencedor en todo lo posible. Muchos habían adoptado la lengua árabe, el turbante, el albornoz y el calzón ancho de los musulimes.

El primero en protestar contra el cobarde oportunismo y transigencia de Recafredo y demás obispos fue san Eulogio, lo que le valió ser encerrado en prisión.

San Eulogio de Córdoba

SAN Eulogio es el gran padre de la mozarabía, el renovador del fervor religioso entre la Cristiandad cordobesa y andaluza en medio de la lucha que hubo de sostener con las autoridades islámicas durante el siglo IX. Conocemos su figura por sus propios escritos: las cartas, el *Memorial de los mártires*, el *Documento martirial* y por la biografía que de él escribió su amigo Álvaro Paulo. Aunque estuvo empeñado en una lucha porfiada con el islam, su nombre no aparece en las historias hispanoárabes, cuyos autores miraron con la mayor indiferencia la gran epopeya martirial.

Nacido hacia el año 800 en el seno de una de las más rancias familias de Córdoba que, en medio de la apostasía general, había conservado fielmente las prácticas de la vida cristiana, recibió en el hogar los primeros rudimentos de la educación religiosa. Su primer maestro fue su abuelo. Más tarde se le confió, por el interés que le suscitaban los libros santos, a la comunidad de sacerdotes de San Zoilo, bajo cuya dirección dio los primeros pasos en el ejercicio de la piedad y de la ciencia sagrada. A ello se unió la influencia del más famoso de todos los maestros cristianos de Córdoba, el piadoso y sabio abad Esperaindeo, que gobernaba el monasterio de Santa Clara, cerca de Córdoba. Allí conoció también a otro alumno que había de ser su biógrafo, Álvaro, y allí estrechó con él una amistad que había de durar mientras viviese.

Álvaro fue el amigo perfecto, el partícipe de sus santos ideales, el colaborador leal en todas sus empresas, apasionado como él de la ciencia isidoriana. Eulogio, de alma contemplativa y serena, es quien tiene la iniciativa de las tareas comunes y, aunque de pequeña estatura, se impone a su amigo.

Pasados los umbrales de la juventud, se entregó a las actividades de la vida clerical y entra a formar parte del colegio de sacerdotes que servía la iglesia de San Zoilo. No tarda en darse a conocer por su inflamada elocuencia y por la integridad de su vida.

San Eulogio llegó a ser el doctor y padre del mozarabismo español. Hacia el año 846 hizo un viaje por Cataluña y Navarra. Encontró fraternal acogida en el obispo de Pamplona, en el abad de Leire y en el abad del monasterio de San Zacarías, también en Pamplona, donde le regalaron libros preciosos como *La Ciudad de Dios*, de san Agustín y obras clásicas de Porfirio, de Avieno, de Horacio, de Juvenal... Los discípulos del Esperaindeo habían emprendido la noble tarea de restaurar en Al Andalus la cultura isidoriana, sofocada por la invasión. San Eulogio fomentó los estudios, creó escuelas y formó librerías para defender la religión de sus padres y mantener unido a aquel pueblo.

Por el prestigio de su sabiduría y de su santidad, el maestro de San Zoilo se había convertido en jefe del grupo más ferviente de la Cristiandad cordobesa. La opresión musulmana, que a muchos les llevaba a la apostasía, había producido en ellos una reacción de amor exaltado a sus creencias. Al frente de los que resistieron, empezó a escribir un libro, *Memorial de los mártires*, con la intención de dejar constancia de la historia de sus combates y de defender su heroísmo. Ya la tenía casi terminada cuando en otoño del 851 lo llevaron prisionero a la cárcel. Aquel encierro le llena de alegría, porque le permite convivir con los otros prisioneros, instruirles

y alentarles. Un día le dicen que dos jóvenes encerradas en un calabozo cercano están a punto de desmayar, vencidas por los sufrimientos y las amenazas. Inmediatamente se pone a escribir un libro, al cual dio el título de *Documento martirial*, destinado a sostener el ánimo de estas dos vírgenes llamadas Flora y María, el cual tuvo gran éxito. Al mismo tiempo lee, reza, predica y escribe.

La muerte repentina de Abderrahmán (852) fue considerada como una señal prodigiosa. De hecho provocó la liberación de Eulogio, que pudo trasladarse a Toledo para predicar, estableciéndose así los primeros contacto ente el movimiento espiritual y los primeros insurrectos. Pero, lejos de amainar, con tal furia arrecia la persecución bajo su hijo y sucesor Mohamed I (852-886) que el terror se apoderó de los ánimos y fue muy crecido el número de los apóstatas. «Repletas están las mazmorras —escribe san Eulogio en su *Martyriales*— de catervas de clérigos; las iglesias se ven huérfanas, sin el sacro ministerio de los obispos y sacerdotes; descuidados quedan los tabernáculos, en la mayor soledad, todo yace en silencio... y en tanto que faltan en las iglesias los himnos y cánticos celestes, resuenan los calabozos con el santo murmullo de los salmos. Ya el cantor no entona en público las divinas melodías, ni la voz del salmista modula en el coro, ni el lector predica en el púlpito, ni el levita evangeliza en el pueblo, ni el sacerdote incienso en los altares».

Un miedo cerval les acoquinaba, cuando un joven de gallarda presencia, sacerdote y monje del monasterio de Peñamelaria, viene a levantar los ánimos de los mozárabes confesando sin rebozo su fe. Se llamaba Fandila y alcanzó la palma que deseaba en junio del 853. Atónito Mohamed de aquella vencedora audacia amenaza con pasar a cuchillo a todos los cristianos pero éstos, lejos de amilanarse, se enfervorizan más y dan el espectáculo nunca visto de un pueblo que se ríe de los tormentos y la muer-

te. La lista es inabarcable: los monjes Anastasio y Félix, la virgen Digna, la bella Columba y su amiga Pomposa... De todos ellos nos habla con cálidas y patéticas expresiones el más ilustre de los mozárabes, alma y sostén de aquella efervescencia patriótico-religiosa que fue san Eulogio de Córdoba.

Un día del 858 le anuncian que ha sido nombrado arzobispo de Toledo. El emir hace lo imposible por impedirlo. Poco después sucede que una doncella mora, por nombre Leocracia, convertida al cristianismo, viene a pedirle consejo huyendo de sus parientes. Eulogio la recibe sin temor a que las leyes le castiguen de proselitismo. Unos soldados se precipitan en aquella casa y conducen a ambos ante el cadí y luego al tribunal del visir y otros ministros de la corte. Eulogio puede con una sola palabra salvar su vida, pero prefiere confesar públicamente a Cristo y denostar a Mahoma. El 11 de marzo de 859 su alma volaba al cielo con la de Leocracia.³

Muchos años más tarde murió san Pelayo, el joven gallego que llega a Córdoba como rehén y que muere por defender su fe y su pureza el 26 de junio de

925. Conocemos también los nombres de otros mártires como Eugenia, Dulce, Martín Arias de Soure, Domingo Yánez, Wulfura y Argétea..., lo que nos asegura que siguió habiendo martirios después de san Eulogio, pero no hubo cronistas que nos relataran sus gestas como sí los hubo para los del tiempo del grande y nunca bien alabado san Eulogio. De todos estos mártires consta que la comunidad cristiana cordobesa recogía con gran piedad y respeto, y en la medida que le era posible, los sagrados despojos y que en las basílicas de la ciudad les daba honrosa y conveniente sepultura, de modo que las iglesias de la ciudad quedaron convertidas en santuarios martiriales.

3. J. Pérez de Urbel, *San Eulogio de Córdoba*, Madrid, Ediciones Fax, 1928.



San Eulogio

Los mártires de Córdoba, ¿santos o imprudentes?

BALBINA GARCÍA DE POLAVIEJA

ENTRADO el siglo IX, la Córdoba de los Omeyas, famosa por su magnificencia, presenta una sociedad en la que la convivencia entre musulmanes y mozárabes cada vez resulta más difícil. La llegada del islam a la península ha supuesto un choque en la vida de sus antiguos pobladores, y aunque algunos de ellos se sienten agradecidos de con-

era más que un engaño, un intento de hacer desaparecer su fe católica sin necesidad de ir frontalmente en contra.

Ante esta situación aparece un fenómeno asombroso sólo comprensible para aquellos que ven en la confesión de la fe una exigencia necesaria del Evangelio: Dios suscita en medio de la Iglesia



servar la vida, lo cierto es que la falta de libertad y la dificultad de llevar una vida cristiana son cada vez más patentes. Se quejaba Álvaro de Córdoba en el *Indículo luminoso*, ante aquellos cristianos que no eran conscientes de la situación, «¿habrá todavía alguno tan envuelto por las nubes del error que niegue que estamos en tiempos de persecución? ¿Pues, qué mayor persecución puede haber cuando ya no se atreve a publicar la boca lo que cree racionalmente el corazón?».

Hoy se considera un signo de tolerancia por parte de los musulmanes invasores el hecho de que consintieran que la población cristiana de al-Andalus conservara su fe, eso sí, sin manifestarla: pero para los mozárabes que experimentaban el peso de una legislación totalmente desfavorable, la tolerancia no

mozárabe, cada vez más acobardada y debilitada, testigos que se niegan a sufrir pasivamente el desprecio hacia la verdadera religión revelada por Dios y hacia los cristianos, un desprecio que sufrían cotidianamente, manifestado en obligaciones como tener que saludar reverentes a todo musulmán con el que se cruzasen por la calle, ceder el asiento si estaban sentados, no montar a caballo, pagar impuestos extraordinarios —el *juruch* y la *chizia*—, no tener una espada... Estas dificultades externas que son sólo una pequeña muestra no eran, sin embargo, las más dolorosas, pues apenas significaban nada comparadas con la pena de no poder reconocer a Cristo como Dios públicamente ni manifestarse como cristianos, bajo la amenaza de sufrir duras represalias.

Entre los miembros de la Iglesia sufriente algunos ven claramente la llamada de Jesucristo a dar la vida por Él voluntariamente y son alentados por obispos como san Eulogio y otros cristianos relevantes en su tiempo como san Álvaro que, conscientes de que está en juego la salvación de muchas almas estimulan con sus palabras y su oración la iniciativa, aunque siempre dejando claro que el martirio al que los fieles aspiran no puede ser fruto de una decisión propia sino que se trata en todo caso de una especial vocación que tiene que venir de Dios.

El primer mártir de Córdoba es el presbítero Perfecto, decapitado en el año 850 por orden del cadí, después de haber sido interrogado sobre su opinión acerca de Mahoma y el islam. La mecha encendida arde imparable gracias a su ejemplo, y en apenas diez años ya son cuarenta y seis los cristianos que han muerto por la confesión de su fe. Cada uno alcanzó la palma del martirio por diferentes caminos, bien acudiendo personalmente ante el cadí con el deseo de anunciarle el Evangelio, como los monjes Isaac, Pedro Walabonso, Sabiniano... bien llevando la cabeza descubierta para ir a la iglesia, como es el caso de Natalia y Liliosa. Pero todos tienen en común que pudieron librarse fácilmente de este final, apostatando como habían hecho muchos de sus compañeros, o simplemente viviendo discretamente su fe sin hablar de Cristo ante los musulmanes, y sin embargo no lo hicieron.

Llama la atención y en cierto sentido estremece saber que entre estos mártires cordobeses había todo tipo de personas: hombres y mujeres, presbíteros – Perfecto–, monjes –Isaac, Sisenardo, Habencio–, monjas –Digna, Columba–, jóvenes doncellas –Flora y María–, e incluso dos matrimonios que se prepararon juntos para el martirio, Aurelio y Natalia, y Félix y Liliosa. La llamada era universal y todos se sentían responsables de la transmisión de la fe sin pensar que ésta era tarea de las personas especialmente consagradas. Al sufrimiento de la persecución se une uno no menos doloroso: la incomprensión por parte de algunos obispos como Recafredo, dispuestos a contemporizar con los musulmanes, y por una parte del clero seducido por la prosperidad del reinado de Abderrahmán. Llegan incluso a despreciar a los que habían muerto por

Cristo, llamándolos locos y herejes ante el cadí en el intento de apagar su ira. Según ellos, los cristianos que se presentaban ante los jefes musulmanes con palabras como las del monje Isaac –«abrasado de amor por la verdad he querido decírtela a ti y a los que te rodean. Si por ello me condenas a muerte, no me importa. La recibiré de buena gana»– sólo podían recibir el nombre de temerarios e irresponsables.

En defensa de los mártires escriben incansables san Eulogio y san Álvaro. El primero afirma en su *Memorial de los santos* que «deben contarse entre las primeras dignidades del reino de los cielos éstos que vinieron a la pasión sin ser forzados, porque es mayor heroísmo el presentarse a los tormentos cuando no hay culpa en retraerse, pero en verdad es forzoso confesar que hay crimen en ocultarse cuando la confesión de nuestra fe exige la predicación». Gracias a ellos, el culto a los mártires fue permitido en el concilio de Córdoba de 852, a pesar de que en un primer momento los obispos elegidos directamente por los infieles –el concilio fue convocado por el sultán– habían propuesto un documento que los anatematizaba. Los dos corroboraron sus palabras dando la vida por Cristo en 859 y 861 respectivamente.

Los mártires cordobeses del siglo IX son un ejemplo para los cristianos de todos los tiempos, y una llamada de atención para nosotros, que en un mundo hostil a la Iglesia podríamos llegar a pensar que debemos su supervivencia a la tolerancia de sus enemigos y no a la gracia del Redentor, lo que nos haría abandonar el mandato de Cristo de «hacer discípulos en todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado», y caeríamos en el mismo fariseísmo de los que en la Córdoba de Abderrahmán consideraron provocación y escándalo cualquier intento de proclamar la Verdad.

Por otra parte, esta página de nuestra historia, como muchas otras, nos mueve a una profunda gratitud. ¿Cuánta sangre ha tenido que ser derramada para que la fe en Jesús haya llegado hasta nosotros? Si el Señor nos pidiera en algún momento dar la vida por Él, ojalá fuéramos capaces de decir, con los mártires cordobeses: «Dios lo hará», para que cuando Él vuelva, todavía encuentre fe sobre la

Tierra.



Nosotros y el islam*

CARDENAL GEORGE PELL
arzobispo de Sydney (Australia)

Es posible que el islam y Occidente convivan en paz? Los más optimistas se aferran a los argumentos de los especialistas que aseguran que la *jihad* es, ante todo, una lucha espiritual, y que la extensión de este concepto hacia el terrorismo es una distorsión de las enseñanzas del Corán, puesto que el islam se autodescribe como «una religión de paz.» En este sentido, destacan que el islam comparte raíces con el judaísmo y el cristianismo, que estas tres grandes religiones monoteístas rinden culto a un solo Dios y que tanto los musulmanes como los cristianos defienden la familia y la vida. Además, los optimistas recuerdan todos los casos en los que los países musulmanes, la Santa Sede y algunos países como Estados Unidos han colaborado para defender la vida en las últimas décadas.

Son muchos los comentaristas que subrayan la diversidad de la vida musulmana (de los suníes, sufíes y chiíes y de sus múltiples variaciones), así como las diferentes formas que puede adoptar la religión musulmana en función del lugar, y en este sentido comparan Indonesia y los Balcanes con países como Irán y Nigeria. También recalcan la existencia de interpretaciones muy distintas del Corán y la *sharia*, y que además el islam ha producido nuevas interpretaciones a lo largo de su historia. Los optimistas también hacen referencia a los logros culturales del islam en la Edad Media y a su tolerancia para con sus súbditos judíos y cristianos por ser «pueblos del Libro». Algunos niegan o minimizan la importancia del islam como fuente del terrorismo y de los problemas que afectan generalmente a los países musulmanes, y culpan de todo ello a factores tales como el tribalismo y la enemistad interétnica; al legado del colonialismo y al dominio occidental; a la forma en que el petróleo distorsiona el desarrollo económico de los estados musulmanes ricos y mantiene la oligarquía, la pobreza y la opresión política en los países musulmanes de África; a la situación de los palestinos, al supuesto «problema» del estado de Israel, y a la forma en que la globalización ha minado o destruido la vida tradicional e impuesto valores ajenos a los musulmanes y a otros pueblos.

Los optimistas apuntan hacia Indonesia y Turquía como ejemplos de sociedades musulmanas de

éxito, y destacan el logro de países como Australia y Estados Unidos, verdaderos crisoles de culturas que han creado sociedades estables a la vez que absorbían a gentes de diferentes culturas y religiones. Todos estos son los argumentos que suelen esgrimirse para fomentar la confianza en las poblaciones crecientes de musulmanes en Occidente. También confían en la extraordinaria capacidad de la vida moderna para debilitar gradualmente el vínculo que une a las personas con su familia, religión y formas de vida tradicionales, y que las ayuda a acomodarse y asimilar desarrollos que originan una hostilidad hacia éstos, es decir, que la modernidad «normalizará» a los musulmanes en los países occidentales.

A veces, los argumentos optimistas se basan en el carácter totalitario de la ideología islamista así como en la brutalidad y rigidez de los gobiernos islámicos, porque creen que sucederá lo mismo con el totalitarismo del islam radical que con los totalitarismos laicos del nazismo y el comunismo del siglo xx, que resultaron insostenibles por su ataque contra la vida humana y la libertad. Esta afirmación se afianza en otro argumento más general que también aboga por la esperanza: nuestra condición de humanos. La mayoría de las personas, musulmanas y no musulmanas, comparten el mismo deseo de paz, estabilidad y prosperidad para ellas y sus familias.

No obstante, el lado pesimista de toda esta ecuación se basa en el propio Corán. En una lectura reciente del Corán, observé múltiples invocaciones a la violencia y, tras cincuenta o sesenta páginas, abandoné el ejercicio por su abundancia. Para comprender el verdadero significado de la *jihad*, es importante conocer la diferencia existente entre las suras escritas por Mahoma durante los trece años que estuvo en La Meca y las que escribió posteriormente, al instalarse en Medina. Las interpretaciones pacifistas del Corán suelen hacer referencia a las suras que Mahoma escribió en La Meca, cuando carecía de poder militar y esperaba ganar adeptos con la predicación y la actividad religiosa. Cuando emigró a Medina, Mahoma se alió con dos tribus yemenitas y comenzó a difundir el islam mediante la conquista y la coacción. Se calcula que Mahoma participó en 78 batallas, y sólo una de éstas, la batalla del Foso, fue defensiva. Las suras escritas durante la época

* Traducido de *First Things*, junio-julio 2006, pp. 33-36.

de Medina reflejan este cambio decisivo.

La forma gramatical predominante en la que se utiliza el término *jihad* en el Corán tiene el significado de «pelear» o «hacer la guerra». Una forma distinta de este verbo en árabe significa «esforzarse» o «luchar por algo», y las traducciones al inglés a veces la utilizan de modo eufemístico para trasladar las incitaciones a la guerra del Corán contra los no creyentes. En cualquier caso, los denominados «versos de la espada» (sura 9:5 y 9:36), considerados por los expertos como una de las últimas suras reveladas a Mahoma, coronan un gran número de versículos anteriores sobre la lucha (más de ciento cuarenta). La idea de que la *jihad* es, ante todo, una lucha espiritual es rechazada por la mayoría de escritores islámicos dedicados a escribir sobre este tema. Según advierte uno de estos escritores: «la tentación de reinterpretar tanto el texto como la historia para adaptarlos a requisitos «políticamente correctos» es la primera trampa que debe evitarse».

Las fuentes cristianas y judías del Corán constituyen una base importante para el diálogo y la comprensión, pero existen ciertas dificultades. Quizá la mayor dificultad sea el concepto de la figura de Dios. Si bien es cierto que tanto el cristianismo y el judaísmo como el islam afirman que Abraham es el padre y que el Dios de Abraham es su Dios y, a pesar de que puedo aceptar, aunque con reservas, que los judíos, cristianos y musulmanes rinden culto al mismo Dios, esta idea ha sido puesta en duda no sólo por los cristianos, sino por los musulmanes. De hecho, es difícil reconocer al Dios del Nuevo Testamento en el Dios del Corán, y de la lectura cristiana y musulmana de Dios han surgido dos conceptos muy distintos del ser humano, lo que tiene importantes consecuencias para las diferentes culturas derivadas del cristianismo y del islam, y sobre lo que es posible hacer dentro de éstas.

Al contrario de lo que piensan algunos, la historia de las relaciones entre musulmanes, cristianos y judíos no da pie al optimismo. La famosa tolerancia mostrada por los musulmanes hacia las minorías cristiana y judía es en muchos casos un mito, tal y como demuestra la historia de la conquista y el dominio islámicos en Oriente Medio, la península ibérica y los Balcanes. En el territorio que actualmente ocupan España y Portugal, que estuvo bajo el dominio musulmán desde el año 716 hasta la rendición de Granada en 1492, los cristianos y los judíos eran tolerados como *dhimmis* y estaban sujetos a impuestos punitivos y a la discriminación legal, así como a otras humillaciones de diferente calibre. Si un *dhimmi* hacía daño a un musulmán, su comunidad perdía todo tipo de protección y quedaba expuesta al pillaje, la esclavitud y el asesinato. También se aplicaban duras represalias, incluidas

mutilaciones, deportaciones y crucifixiones, a los cristianos que solicitaban ayuda a los reyes cristianos o que eran sospechosos de haberse convertido al islam por oportunismo. Cada año los musulmanes hacían varias incursiones en los reinos españoles del norte, así como en Francia e Italia, para entregarse al saqueo y conseguir esclavos. El califa de Córdoba disponía de un ejército formado por decenas de miles de esclavos cristianos de toda Europa y de un harén de mujeres cristianas apresadas. La comunidad judía de la península ibérica sufrió discriminaciones y penas similares a la cristiana, incluidas restricciones sobre su forma de vestir. En el año 1066, el pogrom de Granada aniquiló a la población judía y acabó con la vida de cinco mil personas.

El dominio árabe en España y Portugal fue un desastre para los cristianos y los judíos, del mismo modo que lo fue el dominio turco en los Balcanes. La conquista otomana de los Balcanes comenzó a mediados del siglo xv y continuó durante los dos siglos siguientes. Durante este período se destruyeron iglesias o se convirtieron en mezquitas, y las poblaciones judía y cristiana sufrieron traslados forzados y la esclavitud. La concesión o retirada de la protección dependía totalmente de la decisión del soberano otomano del momento. Los cristianos que se negaron a apostatar debían pagar tributos y realizar trabajos forzados. En los casos en los que la práctica de su fe no estaba explícitamente prohibida, ésta se dificultaba con decretos como el que establecía que el único día legal de mercado era el domingo. La persecución violenta era una amenaza constante. Según un experto, antes de la guerra griega de independencia en 1828, los otomanos ejecutaron a once patriarcas de Constantinopla, casi cien obispos y varios miles de sacerdotes, diáconos y monjes. Además, se prohibió a los no musulmanes que ejercieran ciertas profesiones y, en ocasiones, que utilizaran la silla para montar a caballo. Además, hasta principios del siglo xviii, sus hijos varones adolescentes vivían bajo la amenaza de la esclavitud militar y la conversión forzosa, lo que probablemente proporcionó un millón de soldados jenizaros a los otomanos. Durante el reino bizantino, la península gozó de un gran prosperidad económica y un elevado desarrollo cultural, pero todo ello fue destruido por la conquista otomana y reemplazado por un declive general y prolongado de la productividad.

La historia del impacto negativo del islam sobre el desarrollo económico y cultural nos devuelve a la propia naturaleza del islam. ¿Qué capacidad de desarrollo teológico existe en el seno del islam? Según los musulmanes, el Corán proviene directamente de Dios sin mediación alguna. Mahoma simplemente escribió la palabra eterna e inmutable de Dios tal y

como se la dictó el arcángel Gabriel. El Corán no puede modificarse y convertir el Corán en objeto de una reflexión y un análisis críticos es como aseverar la autoridad humana sobre la revelación divina (una blasfemia) o cuestionar su carácter divino. Por el contrario, la Biblia es el producto de la cooperación humana con la inspiración divina. La Biblia surge del encuentro entre Dios y el hombre, un encuentro caracterizado por la reciprocidad, que en el cristianismo se subraya con el concepto del Dios trinitario. Esto aporta al cristianismo una dinámica que no sólo favorece el desarrollo de la doctrina dentro de unos límites específicos, sino que requiere un análisis estricto para la aplicación de sus principios a las circunstancias cambiantes. Además, siempre requiere una autoridad enseñante.

Los expertos han detectado errores de hecho, incoherencias y anacronismos en el Corán, pero es difícil para los musulmanes comentarlos de forma abierta. En el año 2004, un experto que escribe bajo el seudónimo de Christoph Luxenberg publicó un libro en alemán con pruebas específicas de que el idioma original del Corán era un dialecto arameo denominado siríaco. El siríaco o siríaco-araméico era la lengua escrita en el Próximo Oriente en la época de Mahoma y el árabe no asumió su forma escrita hasta ciento cincuenta años después de su muerte. Luxenberg afirma que la versión en árabe del Corán que ha llegado hasta nosotros es, en parte, una mala transcripción del original en siríaco y sugiere que el Corán se basa en los textos de la liturgia siríaco cristiana, en especial en el leccionario siríaco, que además proporciona el origen del término árabe *corán*. Tal y como se señala en una reseña posterior del libro, si Luxenberg estuviera en lo cierto, los que transcribieron el Corán del siríaco al árabe un siglo y medio después de la muerte de Mahoma «tomaron un texto que era más o menos armónico con el Nuevo Testamento y con la liturgia y literatura siríaco-cristianas y lo transformaron en un texto de carácter distinto e independiente». Una afirmación con evidentes repercusiones.

No es de sorprender que muchos análisis textuales se realicen bajo seudónimo. Las amenazas de muerte y la violencia van dirigidas con frecuencia

contra los estudiosos del islam que cuestionan el origen divino del Corán. Los líderes musulmanes radicales rechazan una reflexión crítica acerca del Corán, aunque sólo sea de los mandamientos legislativos del siglo VII. Recientemente, el gran muftí de Arabia Saudí se dirigió a los fieles que acudían en peregrinaje (*Al-Hajj*) al monte Arafat con estas palabras: «Con el pretexto de luchar contra el terrorismo, existe una guerra contra nuestro credo, nuestra cultura. Deberíamos mantenernos firmes y unidos para proteger nuestra religión. Los enemigos del islam desean vaciar nuestra religión de su contenido y significado. Pero los soldados de Dios saldrán victoriosos.» En un sentido estricto, pues, el islam no es una religión tolerante, y su capacidad para una renovación de gran alcance está fuertemente limitada, pero desde posiciones laicistas es difícil comprender la verdadera naturaleza del islam.

Un ejemplo de la incompreensión laicista de la religión es la forma en la que se fomenta alegremente la migración islámica a gran escala hacia los países occidentales, especialmente hacia Europa. Obviamente, se les ha invitado para cubrir la necesidad de mano de obra e incluso, en algunos casos, para aplacar el sentimiento de culpa por nuestro pasado colonial.

Si la religión no influye de forma significativa sobre la conducta personal, entonces la identidad religiosa de los emigrantes es irrelevante. Sin embargo, creo que algunos anticristianos como, por ejemplo, los socialistas españoles, han visto en los musulmanes un útil contrapeso frente al catolicismo, otro factor que les permite desprestigiar públicamente a la religión. Seguramente pensaban que las fuerzas secularistas occidentales eran más fuertes que esta visión primitiva de la religión, y que ésta se diluiría como buena parte del cristianismo europeo, pero quizá hayan cometido un gran error de juicio.

Durante la «guerra fría», los laicistas, especialmente los comunistas arrepentidos, estaban bien equipados para generar y mantener una resistencia contra el enemigo antirreligioso y totalitario. Sin embargo, en el reto actual, son los que no reniegan de su religión quienes están mejor dotados para comprender la situación a la que nos empuja el islam.



Sitio y liberación de Viena

JAVIER GONZÁLEZ

Viena sitiada

Los turcos, que ya habían devastado todos los Balcanes y arrasado Hungría a sangre y fuego, se dirigían ahora hacia Viena guiados por el despiadado Gran Visir Kara Mustafá, cuyo plan preveía la islamización de toda Europa Central. Francia, por su parte, como ya hiciera en Lepanto, traicionó a la Cristiandad: tratando de debilitar al Emperador Leopoldo I, Luis XIV había llegado a firmar pactos con los otomanos.

Desde el 14 de julio de 1683, la capital imperial quedó enteramente cercada por el ejército turco y completamente separada del ejército imperial, que se había retirado a la orilla izquierda del Danubio. Un bosque de tiendas de campaña se extendía en forma de medialuna desde la orilla del río, en torno de la ciudad, hasta volver a llegar a la orilla; se contaban veinticinco mil de ellas. Por el lujo se distinguía especialmente la tienda del Gran Visir en San Ulrico, con muchas salas y aposentos, verde por fuera, dentro radiante de oro y plata. A una segunda intimación para rendirse no se dio respuesta. Ahora comenzó el bombardeo y por efecto de él un incendio en la ciudad, que ya invadía las ventanas del arsenal donde había más de mil ochocientos barriles de pólvora. Sólo el ánimo y sangre fría del conde Guido de Starhemberg salvaron la ciudad de una explosión, que ciertamente hubiera tenido por efecto la inmediata caída. La provisión de pólvora se distribuyó entonces en bóvedas subterráneas y grutas.

El asedio no se hizo según las reglas del arte moderno militar sino que cuando una mina estallaba comenzaban los turcos a asaltar, pero todos los asaltos fueron rechazados. Cuando Kara Mustafá el 20 de julio pidió un armisticio para enterrar a los muertos se le contestó que se había de enterrar sólo a los soldados sanos y no cadáveres; que debía pelear honradamente; los vieneses se defenderían hasta la última gota de sangre. A menudo se emprendieron salidas afortunadas y se trajo botín —especialmente los estudiantes se señalaron en golpes temerarios— de suerte que Starhemberg tuvo que prohibir, so pena de muerte, las osadas empresas de los particulares. Cuando Kara Mustafá el 26 de julio hizo enviar a la ciudad, atado a una saeta, un escrito interceptado al Duque de Lorena, con una intimación a rendirse, la ciudad renovó el voto de perseverar hasta la última gota de su sangre. Un espíritu de heroísmo había

invadido a los soldados, y abatía los instintos inferiores. Cuando resonaba la gran campana de San Esteban (todas las demás callaban) cada cual corría a su puesto.

Pero otro enemigo acometió a la guarnición: la enfermedad. El 18 de agosto Starhemberg, por medio de un correo atrevido, Kolschitzky, había anunciado todavía alegremente al duque de Lorena: «Hasta ahora hemos disputado el terreno al enemigo palmo a palmo, y no ha ganado una pulgada de tierra, donde no haya tenido que dejar la piel; y cuantas veces han asaltado, han sido rechazados por los nuestros con tales pérdidas, que no se atreven ya a sacar la cabeza de sus agujeros. Mi gente no tiene temor de los turcos, treinta o cuarenta se toman por cientos de ellos». Pero el 27 de agosto escribía Starhemberg: «Es el supremo tiempo para venir en nuestro auxilio; perdemos mucha tropa y muchos oficiales, más por enfermedades que por el fuego enemigo. Todos los días mueren sesenta personas. No tenemos ya granadas, las cuales eran nuestro mejor medio de defensa; nuestros cañones han sido en gran parte inutilizados por el enemigo, parte están gastados.» Ya los otomanos adelantaban las galerías de sus minas bajo la ciudad, los esfuerzos eran mayores cada día; «Kara Mustafá —se decía— continuaba enfureciéndose contra la ciudad y arreciendo como el demonio antes del Día del Juicio». Las provisiones de pólvora se acababan, era grande la escasez de víveres. De los diez mil soldados imperiales habían caído ya en la lucha cinco mil; más de dos mil yacían en los hospitales; de los cuatro mil ciudadanos y estudiantes, mil seiscientos cincuenta habían caído o habían sucumbido a las enfermedades. Cada día ascendían desde la torre de San Esteban numerosas raquetas como señal del sumo aprieto. El 4 de septiembre voló una mina que sacudió la mitad de la ciudad. El Gran Visir dirigió personalmente el asalto; ya los turcos plantaban cuatro colas de caballo en los muros; pero Starhemberg logró desde lo alto rechazar al enemigo. Cada día se hacía más violento y amenazador el apremio de los enemigos. Ya se preparaba Starhemberg para una lucha en las calles: «¡Armad vuestros corazones!», gritó a los defensores; «mostrad a los bárbaros que Dios os ha tenido por dignos, a pesar de vuestro corto número, de defender la Cristiandad; no dejéis morir sin venganza a vuestros hermanos que todavía en sus ojos quebrados respiran venganza». En la no-

che del 6 de septiembre ascendieron enjambres de antorchas de la torre de San Esteban, como señal de extremo apuro. La ciudad estaba en las últimas.

Llegada del ejército libertador

QUÉ alegría cuando se vio ascender de la cima del Kahlenberg cinco antorchas en señal de que estaba muy cerca el ejército libertador! El apuro había llegado a lo sumo, pero el auxilio estaba también próximo. Con nuevo ánimo se rechazaron entonces los repetidos asaltos del enemigo. En la noche del 11 de septiembre las cordilleras del norte estaban cubiertas de fogatas de campaña, y a todos les decía el corazón que habían pasado los días de la prueba y que el día siguiente podía ya traer consuelo y liberación.

Y así fue en efecto. Un considerable ejército libertador, ochenta y cuatro mil hombres (treinta y ocho mil infantes y cuarenta y seis mil jinetes) con 186 piezas de artillería, se acercaba para la batalla decisiva. Sobieski había cumplido su palabra; llegó, aunque tarde. Hasta el 15 de agosto no le había sido posible salir de Cracovia con veinticinco mil hombres, y esto sólo con el dinero que envió Inocencio XI. Se trataba de un momento trascendental en la historia del mundo. Los ojos de Europa estaban dirigidos a Viena, en todas las iglesias se había expuesto el Santísimo por orden del Papa. Un arco de triunfo en Olmütz lleva la inscripción «¡Aguardamos al Salvador!». En Hollabrunn los polacos se juntaron con los imperiales y oyeron el tronar de los cañones que amenazaban hacer sonar la última hora de Viena. En Tulln pasaron los polacos en Danubio el 6 de septiembre. Un mensaje de Starhemberg decía: «¡No perder tiempo!». —«Viena está salvada, dijo Sobieski; un general, como Kara Mustafá, que permite al adversario construir a sus ojos puentes sobre el río, ha de ser derrotado». Al día siguiente, el príncipe elector de Sajonia, Jorge III, pasó el puente con once mil hombres, y el príncipe de Waldeck con ocho mil cuatrocientos, y luego, Carlos de Lorena con sus hombres. En la orilla derecha del Danubio se junto al ejército el 8 de septiembre el príncipe elector Maximiliano Emanuel con once mil trescientos bávaros.

Reunido ya todo el ejército bajo la dirección de Sobieski, que recibió el bastón de mando del Emperador Leopoldo, comenzó a marchar hacia Viena. El avance no fue tan fácil como se había creído; el país estaba despojado y la marcha iba por bosques, donde había pocos caminos, los cuales se habían de allanar ante todo, y la artillería se había de llevar a menudo a hombros de soldados. Principalmente echó de menos Sobieski a los cosacos, en otros casos sus mejores espías contra los turcos. Por fortuna, el Gran

Visir estaba descuidado: con algunos regimientos hubiera podido detener al ejército en el bosque de Viena. El 9 de septiembre, algunos jinetes llegaron a las alturas de Kahlenberg. Las noticias que trajeron, aterrorizaron; pero el rey mostró serenidad y seguridad. La noticia de su llegada esparció el terror entre los turcos, los cuales estaban dispuestos por la duración prolija del cerco, que excedía a los usuales 43 días, y sus filas estaban aclaradas por las balas de los vieneses y las enfermedades. El Muftí había maldecido el quebrantamiento de la paz con Austria, el ánimo decaía, el ejército turco estaba ya medio vencido. Kara Mustafá celebró consejo de guerra el 11 de septiembre. Rechazó con enojo el plan de retirarse, según el ejemplo del Gran Solimán: se debía aceptar la batalla con el ejército libertador y al mismo tiempo asaltar la ciudad; todavía tenía a su lado ciento setenta mil guerreros, sin las divisiones que estaban en Hungría. Se armaron por ambas partes para la lucha decisiva.

La gloriosa jornada del 12 de septiembre de 1683

EL día de la resolución, 12 de septiembre de 1683, fue domingo. Ya a las 5 tronaban los cañones en torno a Viena y las avanzadas. En señal de que la lucha no era por el poder, sino por la religión, ondeaba en el Kahlenberg una gran bandera roja con la cruz blanca. Cuando Carlos de Lorena vino a Sobieski por la madrugada para recibir sus últimas órdenes, ambos, cogidos del brazo, se dirigieron al altar; le seguían los príncipes. Un capuchino de Roma, Marco d'Aviano, que ya entonces gozaba fama de santidad y de visión profética del porvenir, había sido enviado por el mismo papa Inocencio XI para inflamar a los adalides con su fogosa elocuencia y llevar a los soldados su bendición y felicitación, y trabajar por la concordia. Celebró la santa misa y el rey Sobieski le ayudó. El sacerdote dio luego la comunión al rey y a los príncipes y la bendición al ejército: «En nombre del Santo Padre os digo que la victoria es vuestra, si tenéis confianza en Dios». Tras su inflamada predicación en una mezcla de italiano, alemán y latín, manteniendo en alto su cruz de madera, el padre Marco se hincó de rodillas rezando, mientras las tropas avanzaban al asalto. Tres siglos después, el 27 de abril de 2003, Juan Pablo II beatificó a este fraile que vivió siempre fiel a la regla franciscana y que ejerció hasta el final las virtudes cristianas, siempre nostálgico de la paz del claustro pero consciente de su deber de promover la unión de los príncipes cristianos contra el turco en una lucha que no fue más que en legítima defensa de una Cristiandad agredida. La devoción popular por él ha continuado viva todo este

tiempo no solamente en la región italiana del nordeste, de donde era originario, sino también en Austria, en Hungría y en toda la ex Yugoslavia, donde su estatua preside muchas plazas. Sus restos se veneran desde 1699 en la vienesa Cripta de los Capuchinos, junto a los emperadores Habsburgo. A esta veneración se contraponen la hostilidad de un fundamentalismo musulmán que no ha olvidado que el sueño de una Europa sometida a Alá se desmoronó en 12 de septiembre de 1683 ante las murallas de Viena, con el asalto impetuoso de una coalición cristiana compacta y enardecida por las palabras ardorosas del padre Marco.

Pero volvamos al relato de la batalla. Sobieski hizo arrodillarse a su hijo y le armó caballero, en memoria de la más hermosa jornada que alcanzaría a ver. A sus polacos les recordó que no se peleaba por una ciudad, sino por toda la Cristiandad. Con el grito «¡Dios es nuestro auxilio!» se dio la señal del combate.

Nunca jamás hubo un campo de batalla tan perspicuo como el que comenzando desde las cimas de la cordillera, en planos graduados bajaba hasta la llanura. No sólo los jefes, sino cada uno de los combatientes tenía a cada momento la vista general del conjunto, podía saber cómo seguía el curso de la batalla. Y no menos o todavía mejor podían hacerlo los que, entre el temor y la esperanza, contemplaban desde las murallas de la ciudad, y de cuya salvación se trataba. Vieron las espesas filas de sus libertadores, descender con paso lento e igual, desapareciendo acá o allá en un valle o barranco, luego volviendo a aparecer, como una enorme línea única. Delante iba siempre la mosquetería ligera, de tiempo en tiempo disparaba contra el enemigo; luego se detenían las largas hileras, hasta que se había vuelto a cargar y se les habían juntado las filas que seguían. De nuevo se avanzaba treinta o cuarenta pasos y sucesivamente se renovaba la misma operación. Y a cada nuevo movimiento de avance se aumentaba el sentimiento del éxito y la salvación.

Todo el monte parecía en movimiento. En el ala izquierda llegaron primero a las manos los imperiales y sajones. La resistencia de los turcos fue desesperada. Dos veces fueron rechazados y otras dos avanzaron de nuevo. Pero como el centro cristiano, por las dificultades del camino, sólo podía avanzar lentamente se produjo un claro que utilizaron los turcos para rechazar de nuevo a los enemigos que habían avanzado. Los cristianos volvieron a acometer y ocuparon Nuzdorf hacia el mediodía. El ala derecha y el centro de los cristianos no entraron en combate hasta las dos, en que los polacos, desde el bosque de Dornbach avanzaron contra el centro y el ala izquierda del turco; pero no pudieron romper sus densas masas. Un regimiento emprendió la fuga. Ya

Kara Mustafá se jactaba de la victoria cuando Carlos de Lorena rechazó el ala derecha de los turcos contra su centro y cayó el terror sobre los enemigos. veinte mil turcos cayeron sobre el terreno y los supervivientes huyeron, abandonando todo. Los turcos han abandonado también en su huída muchos prisioneros del país, especialmente mujeres; antes han matado a todos los que han podido.

Los polacos fueron los primeros en llegar al campamento. La victoria había sido tan súbita y extraordinaria que en la ciudad, lo mismo que en el campo de batalla, se creía cada momento que se vería volver al enemigo. Con las prisas de la huída los turcos habían dejado un botín inmenso. Sólo la tienda del Gran Visir es tan grande como la ciudad de Varsovia y, según el propio Sobieski, es imposible describir el refinamiento del lujo que reinaba en esa tienda. Allí había baños, jardincillos con surtidores, conejeras, aljabas guarnecidas de rubíes o zafiros y un incontable número de adornos y banderas. La gran bandera de Mahoma fue enviada inmediatamente al Santo Padre. Fuera de esto, se hallaron 370 cañones, quince mil tiendas, cinco mil camellos, diez mil búfalos y bueyes, diez mil ovejas, cien mil medidas de trigo, cinturones de diamantes, relojes, alfombras, aljabas con perlas y zafiros, cajitas de oro macizo, sables guarnecidos de oro, soberbios carruajes y tanto café que, en adelante, se hizo su uso común entre los vieneses.

El 13 de septiembre entró el rey en la ciudad. Starhemberg le salió al encuentro. Sobieski le abrazó llamándole héroe y hermano. En la iglesia de los Agustinos se arrodilló para orar y luego entonó el *Te Deum laudamus*, que todos cantaron con él. Muchos lloraban de emoción. Por primera vez volvieron a sonar todas las campanas. Cuando el rey salió de la iglesia, la multitud le besaba las manos, las botas y el manto. «Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes», exclamaban muchos. Fue uno de los días más hermosos de su vida. Se había logrado una gran victoria, y Viena había sido una vez más el dique contra la barbarie del Oriente. El júbilo por la derrota de los turcos corrió por toda Europa; sólo Luis XIV y Mohamed IV no se atrevieron durante algunos días a comunicar la noticia a sus cortesanos.

En palabras del historiador, J. Bta. Weis, fue una victoria de la mayor y más decisiva importancia, que ha sido llamada con razón una de las grandes piedras milenarias que, cuando miramos hacia el decurso de los siglos pasados, nos parecen colocadas en una gran disyuntiva de importancia incalculable; fue una decisión a favor de la civilización, de la cultura y la moralidad, contra la inundación de fuerzas bárbaras que se precipitaban con salvaje violencia, amenazando con destrucción sin misericordia a todo lo que la Europa cristiana estaba acostumbrada a mirar como elevado y santo.

El impulso misionero del Apostolado de la Oración

Ofrecemos el texto de la conferencia que nuestro colaborador IGNACIO M^a AZCOAGA pronunció ante la asamblea anual de Schola Cordis Iesu, celebrada en el templo del Tibidabo el 30 de diciembre de 2006

Impulso inicial misionero del Apostolado de la Oración

EL 3 de diciembre de 1844, en la capilla de la casa del noviciado de los jesuitas de Vals (Francia), el padre Gautrelet, S.J., daba una plática a la comunidad, hablaba a los estudiantes, «no sin especial inspiración de la divina Providencia», según palabras de Pío XII. Hablaba de apostolado inmediato, en el tiempo de los estudios, antes que sobre la tierra futura de Misiones. Esta plática fue la que dio lugar al Apostolado de la Oración que, a partir del año 1861, con la dirección del padre Enrique Ramière adquirió la espiritualidad que le caracteriza y, gracias al *Mensajero*, una expansión por el mundo admirable.

El Apostolado de la Oración, que Juan Pablo II calificó de tesoro del corazón del Papa y del Corazón de Cristo, destacó desde sus comienzos por un profundo sentido misionero. Salvo unos pocos años, los papas han venido constantemente poniendo las intenciones generales y misionales para que el ejército de orantes pida a la fuente de todas las gracias las que en cada momento han sido consideradas más urgentes por el Vicario de Cristo.

La espiritualidad del Apostolado de la Oración, basada en la voluntad salvífica universal de Dios Padre, en el misterio de la redención del Corazón de Cristo y en la obligación, en virtud del precepto de la caridad, de que todos los fieles cristianos eleven oraciones por la salvación de todos los hombres, hace que sea una obra de la Iglesia que, al estar arraigada en los misterios de la salvación, no envejece, es siempre joven y siempre imprescindible, por ser necesaria.

Misión y apostolado, obligación de todos los fieles

Los términos «misión» y «apostolado» que se mencionan en el título del artículo y que constituyen la actividad obligatoria para todos los bautizados para procurar la salvación de las almas y extender el Reino de Cristo, conviene compararlos entre sí para mejor comprender su significado.

El término apostolado se emplea para designar toda obra cuyo fin y efecto es la salvación de las almas. El término misión corresponde a la actividad de predicación del Reino de Cristo en tierra donde no haya llegado el Evangelio de Cristo.

En la encíclica *Redemptoris missio*, Juan Pablo II, atendiendo a la evangelización, mirando al mundo actual, considera tres situaciones: una, la de los pueblos, grupos humanos, contextos socioculturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos, es la que se considera propiamente objeto de la misión *ad gentes*. Otra, donde hay comunidades cristianas con estructuras eclesiales adecuadas y sólidas en las que se desarrolla la actividad o atención pastoral de la Iglesia. Finalmente, la de los países de antigua cristiandad o iglesias nuevas donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia. En este caso es necesaria una «nueva evangelización» o «reevangelización».

La actividad misionera específica, o misión *ad gentes*, tiene como destinatarios «a los pueblos o grupos humanos que todavía no creen en Cristo», «a los que están alejados de Cristo», entre los cuales la Iglesia «no ha arraigado todavía», y cuya cultura no ha sido influenciada aún por el Evangelio. No obstante, en la encíclica, se afirma que no es fácil definir los confines entre *atención pastoral a los fieles, nueva evangelización y actividad misionera específica*, y que no es pensable crear entre ellos barreras o recintos estancos.

Por tanto, todos los fieles cristianos están obligados al apostolado, sea por medio de la atención pastoral de los fieles, por la re-evangelización de países donde se encontraba arraigada la fe cristiana, sea por medio de la actividad misionera específica.

El apostolado y la actividad misionera en el Vaticano II

SON enseñanzas del Vaticano II, entre otras, que la actividad apostólica y misionera de la Iglesia se funda en la voluntad salvífica universal del Padre Eterno, que el deber misionero alcanza a todo el Pueblo de Dios y que el apostolado se

glar se funda en el precepto de la caridad y que su fecundidad depende de la unión vital con Cristo.

El designio de salvación del Padre Eterno, tal y como ha sido revelado, proviene de que Dios creó el mundo y elevó a los hombres a la participación de la vida divina. Por el pecado de Adán el hombre quedó enemistado con Dios. Por su infinita misericordia, el Padre envió a su Hijo para la redención de todos. Además convocó a los creyentes en Cristo en la Santa Iglesia perfeccionada y santificada por la acción del Espíritu Santo.

La Iglesia constituye el Cuerpo Místico de Cristo del que Él es su Cabeza. La vida de Cristo se comunica a los creyentes, unidos misteriosamente a Cristo, por medio de los sacramentos.

El Señor, antes de subir al cielo, fundó la Iglesia como sacramento de salvación y envió a los Apóstoles a todo el mundo, ordenando la predicación del Evangelio y el bautismo en nombre de la Santísima Trinidad. Por ello, incumbe a la Iglesia el deber de propagar la fe y la salvación de Cristo, tanto en virtud del mandato expreso, como en virtud de la vida que Cristo infundió en sus miembros.

Todos los fieles tienen el deber de cooperar a la expansión y dilatación de su Cuerpo para llevarlo cuanto antes a la plenitud. La primera y principal obligación que tienen los fieles por la difusión de la fe es vivir profundamente la vida cristiana. De la renovación de este espíritu se elevarán espontáneamente hacia Dios plegarias y obras de penitencia para que fecunde con su gracia la obra de los misioneros.

El Concilio Vaticano II ha recordado la doctrina del sacerdocio común de los fieles a los que Cristo, Sumo Sacerdote, les ha hecho partícipes por su incorporación a su Cuerpo Místico. Todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabanza a Dios, han de ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios y han de dar testimonio de Cristo en todo lugar.

Enseña también el Concilio Vaticano II que el apostolado seglar tiene su fundamento en el precepto de la caridad, por el que todos los cristianos deben procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su Reino, y la vida eterna para que todos los hombres conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo.

Además que, siendo Cristo, enviado por el Padre, fuente y origen de todo el apostolado de la Iglesia, es evidente que la fecundidad del apostolado seglar depende de su unión vital con Cristo.

Finalmente, que el modelo perfecto de esa vida espiritual y apostólica de todos los fieles cristianos es la Santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles, la cual, mientras llevaba en este mundo una vida igual que la de los demás, llena de preocupaciones

familiares y de trabajos, estaba constantemente unida a su Hijo, cooperó de un modo singularísimo a la obra del Salvador.

«Piensen todos que con el culto público y con la oración, con la penitencia y la libre aceptación de los trabajos y desgracias de la vida, con la que se asemejan a Cristo paciente, pueden llegarse a todos los hombres y ayudar a la salvación del mundo entero» (*Apostolicam actuositatem*, núm. 15)

El padre Enrique Ramière y el Apostolado de la Oración

FUE nombrado director del Apostolado de la Oración en 1861. La actividad apostólica, así como su sistema espiritual, los sintetiza el padre Orlandis en *Pensamientos y ocurrencias*. Entre sus escritos, cita: *El Apostolado de la Oración, Las esperanzas de la Iglesia, El Reinado Social de Jesucristo, La divinización del cristiano*. Fueron empresas suyas: el Apostolado de la Oración y la Liga del Corazón de Jesús, *El Mensajero del Corazón de Jesús*, la consagración individual y social al Corazón de Jesús.

Todos los escritos y todas las obras del padre Ramière no son sino un desarrollo de lo que ya en germen se contenía en los escritos de santa Margarita María. El padre Ramière, propone todo un sistema de ciencia espiritual y de sociología sobrenatural. Este sistema puede reducirse a pocas verdades fundamentales y aun cifrarse en dos principios. El primero: el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre en orden a su santificación y divinización; el segundo: el Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su Amor.

En 1861 aparecía en Lyon el libro, escrito por el padre Ramière, que llevaba por título: *El Apostolado de la Oración. Santa Alianza de los corazones cristianos unidos al Corazón de Jesús, para obtener el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas*. Toma como punto de partida y tesis fundamental el célebre pasaje de san Pablo en la Carta a Timoteo en el que pide súplicas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres, porque Dios quiere que todos los hombres se salven (Tm I.2,1-6):

El resto del libro es un estudio de las fuentes de la eficacia del Apostolado: la oración, cuyo valor se encuentra atestiguado en el Evangelio; la asociación, la comunidad en oración, porque esta asociación en el orden natural y en el sobrenatural, por las promesas a ella vinculada, es centuplicadora de energías; y la unión de las oraciones con las del Corazón de

Jesús, único Mediador entre Dios y los hombres, fuente y manantial del que brotan todas las gracias para la salvación del género humano.

En la obra sienta dos verdades indudables: la una, que estamos obligados a amar a todos los hombres del mundo; y la otra, que no podemos ejercitar la caridad con la mayor parte de ellos, sino por medio de la oración; bien entendido que, aunque con otras obras pudiéramos ejercitarla, no estaríamos dispensados de ésta, por ser la más fácil y necesaria de todas.

De aquí concluye el padre Ramière que el Apostolado de la Oración es un medio indispensable, y a veces el único posible, para cumplir el precepto de la caridad, en la que está contenida la plenitud de la ley, como dice san Pablo.

El padre Ramière fundió el Apostolado de la Oración con la devoción al Corazón de Jesús porque esta devoción para el padre Ramière era «un trato de íntima amistad entre el divino Corazón y los corazones de los hombres» que es el tema del sermón que pronunció en Bilbao con el título «Apostolado de la Oración, apostolado del Corazón de Jesús». Además, inculcó el espíritu de ofrecimiento de la vida, en unión con Jesucristo en el sacramento del altar y por medio del Corazón de María por la salvación del género humano.

El Apostolado de la Oración, tesoro del corazón del Papa y del Corazón de Cristo

HACE 21 años, del 8 al 14 de abril, se celebró en Roma el V Congreso mundial de secretarios nacionales del Apostolado de la Oración. Asistieron setenta representantes de cuarenta y cuatro países de los cinco continentes, en nombre de mil quinientos directores diocesanos. El programa de los debates y estudios estaba orientado a potenciar esta asociación y hacerla más eficaz en la pastoral de la Iglesia.

Con esa ocasión, Juan Pablo II pronunció un discurso el 13 de abril de 1985, en el que, a modo de conclusión, dijo: «*El Apostolado de la Ora-*

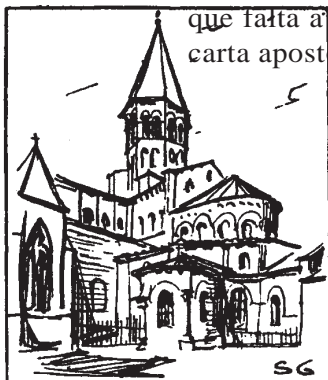
ción, tesoro del corazón del Papa y del Corazón de Cristo».

Elijo a modo de conclusión lo que dice el Papa en ese discurso y que constituye el espíritu misionero del Apostolado de la Oración:

«3. Quiero manifestarles mi aprecio sincero por el esfuerzo que la Compañía de Jesús ha realizado en todo el mundo para difundir y mantener vivo en todos los fieles el “espíritu de la redención”, fuego sagrado que debe inflamar el corazón de los cristianos. Al Apostolado de la Oración se ha de atribuir en gran parte la vitalidad de este espíritu de ofrecimiento, de inmolación de la vida cristiana, la conciencia de estar colaborando en la obra de la Redención y también la fuerza de la espiritualidad centrada en el Corazón de Jesús y la consagración de las familias, ciudades y naciones al Corazón de Cristo (...)

»4. El Apostolado de la Oración puede dar una aportación valiosa y concreta a la difusión en todos los niveles de la afirmación grande y consoladora de que cada cristiano puede estar unido íntimamente a Cristo Redentor por medio del ofrecimiento de su vida al Corazón de Cristo. (...)

»5. Ustedes se sienten vinculados de manera particular al Vicario de Cristo y por ello rezan por él cada día, como hacía la Iglesia madre de Jerusalén por Pedro (Act 12, 4); y desean conocer a fondo los problemas concretos que preocupan a la Iglesia universal para darlos a conocer a los asociados, especialmente los problemas referentes a las *misiones* para hacerlos objeto de reflexión atenta que mueva al Pueblo de Dios a orar consciente y responsablemente. La *oración* que fomentan ustedes no consiste sólo en recitación de una fórmula, sino que ha de nacer del corazón del fiel con conciencia de la propia situación de criatura, pero también de hijo adoptivo de Dios, así como de la conciencia de la propia participación en la función sacerdotal, profética y real de Cristo en virtud de la unión con Él (cf. *Lumen gentium*, 30-38). Que al mismo tiempo sus asociados sean conscientes del valor santificador y apostólico de su *trabajo diario* concebido como colaboración en la obra de Dios Creador y Redentor (Enc. *Laborem exercens*, 25-27) y de sus *sufrimientos* con los que están llamados a completar en su carne lo que falta a los padecimientos de Cristo (Col 1, 24; carta apostólica *Salvifici doloris*, 24).»



Presencia de san José en la fe del pueblo cristiano

FRANCISCO CANALS VIDAL

EL tema de san José se presenta, en la historia del dogma y de la teología católica, con ciertas vacilaciones y deficiencias sorprendentes y más bien poco fundadas. El tema central de su oficio paterno en la familia en la que Dios dispuso que se hiciese presente entre los hombres el Verbo de Dios encarnado no ha llegado a obtener una precisión conceptual estable. Siglos de vigencia de la expresión de «padre putativo», con los equívocos

ber concebido de la unión íntima con él, le llama, sin embargo, “padre de Cristo”. Habiendo dicho María, al hallar a Jesús Niño en el Templo, después de haberle buscado apenados durante tres días ella misma y José: “*Tu padre y yo te andábamos buscando apenados*”. Respondió Él: “¿No sabías que era de necesidad que Yo estuviera en las cosas de mi Padre?»: quería dar a entender que no por ser Hijo suyo dejaba de ser Hijo de Dios, ya que Hijo de Dios lo



que llevaban a contrastar la maternidad verdadera de María con la paternidad «pensada pero no real» de su esposo José, minimizaban adquisiciones muy luminosas que se habían realizado ya en los primeros siglos cristianos.

Proponiéndome ayudar a pensar correctamente en José a los fieles devotos que tal vez lean estas líneas, voy a llevarles a leer textos en que Santos Padres y grandes teólogos llegaron a alcanzar la verdad más profunda aunque, por desgracia, no hayan sido siempre debidamente recordados, ni en la teología ni en la doctrina piadosa. Leamos atentamente a san Agustín, en su Sermón 51, en el que afirma, explícita y reiteradamente, la paternidad de José sobre Jesús:

«La misma Virgen María, que sabía bien no ha-

fue siempre, Hijo del Hombre lo era desde algún tiempo, nacido de virgen sin germen de marido.

»A los dos, sin embargo, los tenía por padres. ¿Cómo lo probamos? Ya dijo María: “*Tu padre y yo te andábamos buscando apenados*” y, más tarde, “*Y bajando con ellos vino a Nazaret y estaba sometido a ellos*”. No dice “sometido a la Madre” o “estaba sometido a ella”, sino “sometido a ellos”. ¿A quiénes estaba sometido sino a sus padres? *Ambos eran padres suyos, y a entrambos se dignaba sujetarse como se había dignado ser Hijo del Hombre.*

»Lo mismo, pues, que su enlace con José era verdadero matrimonio, y matrimonio sin desintegración alguna, ¿por qué de este modo la castidad del esposo había producido la castidad de la esposa? El computar las generaciones de Cristo por la línea de José y no de María no debe inquietarnos después de ha-

ber dicho ya lo que se dijo, porque si ella es Madre sin concupiscencia carnal, él es padre sin comisión sexual. No le separemos porque le haya faltado la concupiscencia carnal. *A mayor pureza, paternidad más genuina.* La misma santa María nos lo censuraría, porque no quiso ella anteponer su nombre al de su marido; antes dijo “tu padre y yo te buscábamos acongojados”. No hagan, pues, los malvados murmuradores lo que no hizo la virginal esposa (...)

»Si prescindiendo de él damos su puesto a María, él nos dirá, y con razón, “¿por qué me habéis quitado a mí?”. Vamos a decirle: “porque no le has engendrado por obra de la carne”, y él responderá: “¿dióle acaso ella a luz por obra de la carne?”. Y si obró el Espíritu Santo, para los dos obró. Como era justo, justo el varón, justa la mujer. *El Espíritu Santo, que descansaba en la justicia de ambos, a entrambos les dio un Hijo.* El ángel les dice a entrambos que pongan nombre al Niño, lo cual declara que uno y otro tienen autoridad de padres (...)

»Sagacísimos y sobremanera discretos se mostraron los evangelistas, al computar las generaciones con referencia a José: Mateo, descendiendo de Abraham hasta Cristo, Lucas, subiendo desde Cristo, por Abraham, hasta Dios. *En uno el cómputo es ascendente, en otro descendente, pero en ambos se hace por José. ¿Razón? Él era el padre. ¿Padre? Sí, con razón tanto más sólida cuanto más casta era su paternidad (...)*

»Lucas dijo: “Era pensado por padre de Jesús”, ¿por qué era pensado? Porque la opinión y juicio de los hombres se dejaba llevar de lo que suele suceder entre los hombres. Pero el Señor no es del germen de José en cuanto tal se creyera; con todo, *a la piedad y caridad de José se le dio un Hijo, nacido de la Virgen María, Hijo, a la vez, de Dios.*»

El predominio ulterior, muchos siglos después, de la expresión «padre putativo» se sitúa en la perspectiva últimamente aludida por san Agustín, pero

desplaza y olvida su planteamiento que, evidentemente, es el que se sitúa en el punto de vista de las narraciones evangélicas, del lenguaje constante de la Virgen Madre de Dios. Como nuestra salvación la obró el Verbo eterno, enviado por el Padre a este mundo hecho Hijo del Hombre –de modo que el Verbo que se hace carne y habita entre nosotros es él mismo Hijo del Hombre, hijo de David, hijo de Abraham–, y, según lo que acabamos de leer en san Agustín, hijo de José, hemos de reflexionar sobre un punto esencial del decreto de la Encarnación, por el que Dios cumple las promesas hechas a los Patriarcas de Israel: el Verbo eterno se encarna haciéndose el Mesías de Israel, el Rey heredero de David.

Ahora bien, en los evangelios, el nombre de Hijo de David se da sólo a dos personas: a Jesús, que es Él mismo el Hijo eterno de Dios, y a José, su padre en el orden humano, por quien el Hijo de Dios hereda nada menos que la dignidad regia mesiánica otorgada al «Rey de los judíos». Este Rey de los judíos lo es por herencia humana, y no por María, sino por José. La suposición de que María descendía también de la Casa de David, que algunas veces se ha hecho precisamente para no dar importancia a la herencia davídica por José, no está literalmente, ni siquiera implícitamente, en el texto evangélico, que sí señala dos veces a José como hijo de David.

Que no se haya aprovechado suficientemente la admirable doctrina de san Agustín, fiel expositor del lenguaje evangélico, no quita nada a su autoridad. Personalmente me propongo realizar otras exposiciones de otros grandes representantes de la fe de la Iglesia para hacer progresar vitalmente en los lectores piadosos la idea de san José que, como verdadero padre de Cristo, ha sido proclamado e invocado por santos y doctores con tan significativos títulos referentes a su patrocinio sobre el Concilio Vaticano II, sobre la Iglesia, el entero Cuerpo místico de Cristo, Pueblo de Dios, y sobre la totalidad del linaje humano, que Cristo vino a redimir.



Los milagros de la Multiplicación

RAMÓN GELPÍ

JESÚS hizo dos veces el milagro de la Multiplicación. Lo narran tanto san Mateo como san Marcos, y parece claro que la segunda no es en el mismo lugar que la primera. Vamos a comentar aquí la primera de ellas, que tuvo lugar casi con seguridad, en las cercanías del lugar en el que se venera el Sermón de la Montaña, en la orilla noroccidental del lago, cerca de Cafarnaúm.

Así pues, damos por sentado que hubo dos multiplicaciones, y no solamente una como pretenden los relativistas, arguyendo una intención reiterativa de los evangelistas que a veces parece encontrarse especialmente en el evangelio de san Mateo. En efecto, no sólo san Mateo describe las dos, sino también san Marcos, y en éste nunca se produce la pretendida «duplicidad», y por otra parte si se examinan con detalle las narraciones, está muy claro que son hechos diferentes. Lo más esclarecedor en este sentido, está en un texto, que se encuentra casi idéntico en san Mateo y san Marcos. Veamos un fragmento de san Mateo:

¿Todavía no entendéis? ¿No os acordáis de los cinco panes para los cinco mil hombres?

¿Ni de los siete panes para los cuatro mil hombres? ¿Cuántas cestas recogisteis? (Mt 16, 9-10)

Se trata, como se ve, de una recopilación de ambos milagros. Vamos a centrarnos ahora en el primero de ellos, como hemos dicho, y vamos a analizar cómo Jesús promete a continuación la Eucaristía.

[(Mc 6, 30-33) Los apóstoles, pues, reuniéndose con Jesús, le dieron cuenta de todo lo que habían hecho y enseñado. 31 Y El les dijo: Venid a retiraros conmigo en un lugar solitario, y reposaréis un po-

quito. Porque eran tantas las idas y venidas, que ni aún tiempo de comer les dejaban, embarcáronse pues, fueron a buscar un lugar desierto](Jn 6) 2 Al otro lado del mar de Galilea y de Tiberíades [(Mc 6) para estar allí solos. 33 Mas como al irse los vieron y observaron, muchos de todas las ciudades, acudieron por tierra a aquel sitio y llegaron antes que ellos.]

3 Subió Jesús al monte y allí se sentó en compañía de sus discípulos.

4 Se acercaba ya la Pascua, la fiesta de los judíos.

5 Levantando Jesús los ojos y viendo que venía hacia Él una gran multitud, [(Mc 6) compadeciéndose de ellos, pues andaban como ovejas sin pastor, y comenzó a adoctrinarles en muchas cosas], dijo a Felipe: ¿Dónde podremos comprar pan para que coman estos? ... (Jn 6, 2 y ss.)

El texto sigue, narrando los detalles del milagro de la multiplicación.

Los Apóstoles han regresado de su primera evangelización. Jesús les propone reunirse, lejos del bullicio y cruzan el lago en barca. Parece probable que se encontraran en un lugar cercano a Betsaida y que se embarcaron para dirigirse cerca de Tabga, no lejos del monte de las Bienaventuranzas, como ya hemos dicho. Cuenta el Evangelio que las gentes les siguieron por tierra, y que llegaron antes que ellos. Observando el mapa del lago se comprueba la perfecta lógica del comentario. Así pues, lo que describe el evangelio se produciría en el lugar que veneran los peregrinos, denominado *Heptapegon* o «lugar de las siete fuentes», prácticamente tocando a Tabga. Jesús se encuentra allí una gran muchedumbre (cinco mil sin contar mujeres y niños) y como





se ve, proceden en muy gran número del otro lado de la desembocadura del Jordán en el lago. Por esto Jesús se compadece de ellos.

La multiplicación de panes y peces es un hecho de una relevancia muy grande. Hay que ponerse mentalmente en situación para hacerse cargo de la magnitud de lo que se describe. Jesús, a través de sus discípulos que actúan de repartidores, y organizados en grupos, da de comer a cinco mil personas. Es una verdadera «creación de materia» en manos de Jesús, y desde luego sin duda también en las de los Apóstoles que le ayudan. Es curiosa también la enumeración de lo que sobra.

Después Jesús se retira, Él sólo, al monte. Evita a la multitud, que impresionada por los hechos quieren proclamarlo rey, pero además, como veremos en el siguiente punto, enviará a los Apóstoles nuevamente en dirección a Betsaida. Cruzarán otra vez el lago, no muy lejos de la costa, tal como habían venido.

Para este texto se ha escogido como narrador principal al evangelista san Juan, por ser el que contiene más detalles, aunque se han añadido fragmentos de san Marcos. San Juan no narrará la segunda multiplicación, pero este evangelista aprovechará para enlazar el hecho, con la promesa de la Eucaristía, y da muchos detalles de ello. San Juan transmite las palabras de Jesús, siempre que es posible, pero no suele narrar aquello que ya han explicado los otros evangelistas.

San Juan explica las idas y venidas de los que seguían a Jesús. Hemos visto que habían ido en gran parte desde la orilla oriental hasta la falda del monte de las Bienaventuranzas, donde se produce el milagro de la Multiplicación. Y lo hicieron a pie, siguiendo a distancia la barca en la que iba Jesús. Lo que ocurre después es que los discípulos volvieron en barca mientras Jesús se quedó solo, para orar. Los discípulos se encuentran con una borrasca, y Jesús se les acerca andando sobre el agua. Desembarcan en la zona de Betsaida y por fin vuelven a «su ciu-

dad». Las gentes buscan a Jesús en una y otra orilla, y por lo que se ve, tardan en encontrarle hasta que por fin van a Cafarnaúm.

San Juan nos explica cómo todo este afán por encontrarle, lo aprovecha nuestro Señor para prometerles la Eucaristía: «me buscáis porque os he dado de comer...», y comienza prometiendo «el pan del cielo». Los judíos le responden con una cita del Antiguo Testamento, referida al maná del desierto:

Nuestros antepasados comieron el maná en el desierto, según afirma la Escritura: «Les dio a comer pan del cielo» (Ps 78, 24). Jesús les replicó: «Con toda verdad os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, sino que es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo. Señor, le suplicaron, danos siempre este pan. Les contestó Jesús: Yo soy el pan de vida; quien viene a Mí, no tendrá más hambre, y quien cree en Mí no tendrá más sed... Yo soy el pan vivo que baja del cielo; quien coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que Yo os daré es mi carne, en favor de la vida del mundo. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y Yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida» (Jn 6, 31 - 55)

Ya hemos explicado antes que san Juan, no sólo narra los hechos (y con mucho detalle, por cierto), sino que además nos transmite las palabras de Jesús, sin duda con mucha fidelidad. Esta fidelidad, que humanamente no tendría explicación en un narrador octogenario es, sin duda, obra de la divina Providencia y la inspiración que el Espíritu Santo ejerce sobre los escritores sagrados. Todo el texto citado, del que hemos extractado una pequeña parte, es para ser leído con actitud contemplativa porque en él se nos promete el Santísimo Sacramento. Es también este texto aquel en el que san Pedro nos da el gran argumento, que ya en otras ocasiones hemos citado: *¡Señor! ¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna* (Jn 6, 68).

El padre Orlandis y la traducción al catalán de las poesías de santa Teresita

JOSEP M. MUNDET I GIFRE

EN 1945 se publicó en Barcelona un libro con la traducción al catalán de las poesías de santa Teresita del Niño Jesús, debida a la insigne poetisa mallorquina Maria Antònia Salvà. Los más antiguos de Schola Cordis Iesu sabían que en ello había tenido alguna intervención el padre Ramon Orlandis, lo cual no tenía nada de sorprendente si tenemos en cuenta la devoción profunda que el padre Orlandis sentía por la obra de la Santa de Lisieux y la amistad que le unía con Maria Antònia Salvà. Es sabido que el padre Orlandis, junto con su hermano Pere, malgrado poeta muerto en plena juventud, había entrado en el círculo de Tomàs Forteza, los hermanos Alcover y mosén Costa i Llobera. De su relación con este cenáculo mallorquín y del hecho de pertenecer ambos al mundo «benestant» isleño nacería una amistad que perduró. Por otra parte, los méritos de Salvà, demostrados no sólo en sus poesías originales sino también en sus traducciones en prosa y en verso –en especial la genial versión del *Mireio*, de Mistral–, además de su profunda fe, eran garantía de fidelidad al contenido y de calidad formal.

La reciente publicación de la correspondencia de Maria Antònia Salvà a Miquel Ferrà¹ nos permite ahora documentar con algún detalle los trámites de aquella traducción, así como otros aspectos de la relación de la poetisa con el padre Orlandis y con *Cristiandad*. Salvà tenía en Miquel Ferrà un confidente al que comentaba infinidad de noticias, tanto personales como públicas, especialmente si tenían relación con su actividad literaria. En un día sin precisar de octubre de 1942, Salvà escribe a Ferrà que ha terminado la traducción de santa Teresita, que lo ha comunicado por correo al padre Orlandis y que está a la espera de su respuesta: «Una vez acabadas las traducciones de Sta. Teresita, el mismo día de la Santa –3 de los corrientes [ésta era la fecha en que se celebraba antes]– escribí al P. Orlandis “que estaba servido”, y a ver si encontraba editor para la “obrita”. Lo dudo; pero tanto había insistido él en el tema de las traducciones y pensé que ahora me tocaba a mí, y no por tercera persona como siempre hacía él, sino directamente y a *quemaropa* [en castellano en el original] le dije lo que hacía al caso» (carta 181). El 21 de este mes llega la espera-

da respuesta y Salvà la comunica a su confidente (carta 182): «Supongo que en mi última carta te dije –no lo recuerdo bien– que una vez acabadas las traducciones de santa Teresita, escribí al P. Orlandis, impulsor principal de mi tarea, que ya la había concluido, y a ver si encontraba editor para publicarla». Salvà se entretiene en copiar para Ferrà dos largos párrafos de la carta del padre Orlandis, que merecen ser traducidos:

«Si estuviéramos en tiempos normales, para publicar la traducción sería preciso subastarla entre los editores de Barcelona, tanta sería la demanda. Ahora es todo algo más difícil. A pesar de esto, ha bastado hablar con uno para encontrarlo enseguida. Se trata de Casulleras, que está entusiasmado y cree que con un poco de picardía se podrían vencer las dificultades de trámite. Si a usted le parece bien el editor, ya le propondré los caminos...».

El otro párrafo de la carta del padre Orlandis copiado tiene para nosotros un mayor interés. Después de una palabras que parecen aludir a un reproche de la poetisa porque el Padre se hubiera valido de terceras personas para comunicarse con ella, expresa claramente su pensamiento sobre una determinada línea literaria y confiesa su devoción a santa Teresita:

«Ahora he de dar justificación de los memoriales que han obligado a una eximia traductora “lluchmajorencia” a sacudirse la pereza: Los memoriales enviados por vía indirecta, se fundamentan en dos premisas: Es la primera lo que se dice en unos versos de un viejo glosador mallorquín que van dentro del sobre de esta carta. [Un asterisco remite al pie de página con una nota de la misma Maria Antònia Salvà que advierte: “el *glosador* es él mismo y los versos, una larga poesía en la que expresa su gran admiración por santa Teresa del Niño Jesús”. Sigue el texto del padre Orlandis:] Es la segunda la sincera admiración que aquel glosador profesa por las traducciones de aquella traductora que ha recibido y dado satisfacción a los memoriales; de aquella traductora por la cual Mistral se ha hecho mallorquín de cuerpo y alma, y ha tomado domicilio en una posesión mallorquina. ¿Es o no es legítima la conclusión? – Este glosador es ya de la antigüedad y aborrece de corazón los retorcimientos de la línea moderna de aquellos autores que se escuchan a sí mismos e imponen a los demás que les escuchen; por eso está tan enamorado de la poesía de la taumaturga de Lisieux, en la cual encuentra maravillas de pensamientos y honduras de

1. Miquel GAYÀ, *Epistolari de Maria Antònia Salvà a Miquel Ferrà*, Mallorca, Moll, 2006.

sentimiento, todo expresado con una ingenuidad y una claridad simpatiquísima, y la considera una lírica de primer orden, y piensa que no la entienden los que no la tienen por tal. Además, piensa que, dada la feminidad sublime de la Santita, sólo puede hacerla hablar en otra lengua un alma femenina y próxima parienta suya. Esto dice el glosador y me convence. ¿Tiene razón o no...?»²

Mientras, Salvà esperará inútilmente noticias de Casulleras, pero duda de que se pueda conseguir el permiso para la publicación; tiene el precedente de la negativa para publicar las traducciones que ha realizado de las poesías de Pascoli.

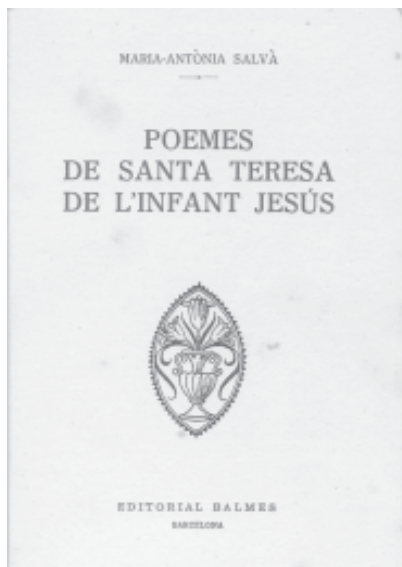
No aparecen más novedades hasta que, en carta de 24 de noviembre de 1944 (carta 207), Salvà comunica a Ferrà la buena noticia: el padre Orlandis le escribe que el Foment de Pietat se hace cargo de la publicación. La poetisa se muestra muy ilusionada, aunque sigue con el temor de que se deniegue el permiso administrativo y que, además, surjan problemas con la autorización preceptiva del Carmelo de Lisieux, que siempre es muy exigente con las traducciones para evitar errores que traicionen el pensamiento de la Santa.

Si había en Cataluña una editorial a la cual cuadraba la publicación de las poesías, ésta era indudablemente la del Foment de Pietat, Editorial Balmes. En efecto, el Foment tenía en su fundador, mosén Eudald Serra, el gran difusor en Cataluña, junto con el padre Ignasi Casanovas, S.I., mártir de la fe en 1936, del

2. «Ara he de donar justificació dels memorials que han obligat una exímia traductora lluchmajorenca a espolsar la peresa: Els memorials enviats per via indirecta, es fonamenten en dues premisses: És la primera lo que es diu a uns versos d'un vell glosador mallorquí que van dins el sobre d'aquesta carta. És la segona la sincera admiració que aquell glosador professa per les traduccions d'aquella traductora qui ha rebut i satisfet els memorials; d'aquella traductora per la qual s'és fet Mistral mallorquí de cos i ànima, i ha pres domicili a una possessió mallorquina. ¿És o no és llegítima la conclusió? – Aquest glosador és ja de l'antigor i avorreix coralment els recargolaments de la línia moderna d'aquells autors que s'escolten a ells mateixos i imposen als altres que els escoltin, per això està tan enamorat de la poesia de la taumaturga de Lisieux en la qual troba meravelles de pensament i fondals de sentiment expressat tot amb una ingenuïtat i una claredat simpatiquíssima, i la té com a lírica de primer ordre, i pensa que no la comprenen els que no la tenen per tal. Además, pensa que, dada la feminitat sublim de la Santeta, només la pot fer parlar amb una altra llengua una ànima femenina i pròxima parenta d'ella. Això diu el glosador i me convenç. ¿Té o no té raó?...».

mensaje de la Infancia Espiritual de santa Teresita. En 1927 ya había editado la traducción al catalán de la *Història d'una ànima* y dos años más tarde el padre Casanovas publicaba *L'ànima de santa Teresa de Jesús Infant*. Después vendrían, en catalán y en castellano, otras obras de y sobre la Santa.

En diciembre de 1944 quien escribe a Maria Antònia ya es mosén Eudald y, como en otras ocasiones, ella copia la carta casi entera para Ferrà (carta 213). Mosén Eudald se muestra entusiasmado: «Santa Teresita ha hecho de las suyas y todo ha quedado resuelto satisfactoriamente y con mucha facilidad, se ve que le place que publiquemos la obra... El P. Orlandis no solamente me entregó el original amablemente sino que me dijo que tiempo atrás las monjas de Lisieux le escribieron por el permiso y que quedaban a su confianza pues no tenían a quien confiar la censura de una traducción catalana. De manera que él sale fiador, y con él quedamos que nos apoyaríamos en todo...



Estoy muy contento de poder hacer en casa esta obra, como cualquier otra de la Santita Patrona y Tesorera nuestra de Foment de Pietat.»

Finalmente, a mediados de 1945 sale a la venta la traducción, con el título de *Poemes de santa Teresa de l'Infant Jesús*. La obra se abre con una presentación de la propia Maria Antònia Salvà.

Mientras tanto, en abril de 1944, había aparecido la revista *Cristiandad*, en la que Salvà colaboraría con dos artículos: uno sobre Verdaguer (agosto de 1945) y otro sobre Costa i Llobera (mayo de 1948). Además, en sus páginas se publicarían algunas de las poesías traducidas por Salvà.

Así terminaba este episodio espiritual y literario. Como el padre Casanovas, como mosén Eudald Serra, el padre Orlandis había comprendido «les meravelles de pensament i fondals de sentiment» que contenía la obra de la Santa de Lisieux. Como ellos, se esforzó con la pluma –en *Cristiandad*– y en la dirección espiritual por difundir el «caminito», tan acorde con la devoción al Sagrado Corazón. Poeta como Teresita –ahí están sus poesías,³ incluida ésta que envía a Maria Antonia Salvà y que nos es desconocida, o su traducción de parte del libro de Isaías–, intuyó en la poetisa mallorquina un alma «pròxima parenta» de la Santa. Seguramente, no habrá tenido santa Teresita una traductora mejor.

3. Véase Miguel FERRER FLÓREZ: «Ramon Orlandis i Despuig, S.I.: Dios, familia y poesía», *Cristiandad*, febrero y marzo de 1995.



Pequeñas lecciones de historia

El islam: una división que dura catorce siglos

GERARDO MANRESA

A la muerte del Profeta, en el año 632, éste no había nombrado aún sucesor, quizás porque su corazón estaba por Alí, su primo y esposo de su hija preferida Fátima, y su cabeza por Abu Beker, uno de sus más fieles colaboradores. Los notables nombraron califa sucesor a Abu Beker y los partidarios de Alí (Shiat'Alí, partido de Alí, *shiies* o *chiitas*) se negaron a reconocerlo, pues consideraban que el único sucesor digno era Alí. Tampoco los siguientes califas, Omar y Otmán, fueron reconocidos por los *chiitas*. A la muerte de Otman, en el año 658, Alí fue nombrado califa. Sin embargo, acusado de instigar la muerte de su predecesor, fue contestado por el gobernador de Siria, Muawiya o Mohawia, de la familia Omeya, iniciándose la primera guerra civil entre musulmanes. En la batalla de Siffín, en el año 661, fue vencido Alí y junto con sus partidarios se tuvieron que retirar hacia Irak e Irán principalmente. Alí fue asesinado en la ciudad de Kufa, en Irán, y se cree que sus restos reposan en la mezquita de Mazar i Sharif, en el norte de Afganistán. Hoy día esta mezquita recibe todas las peregrinaciones de los fieles *chiitas*.

Desde entonces existe la rivalidad entre los *chiitas* y los *suníes*. Los últimos son mayoritarios entre los musulmanes (80-90%). Ambos grupos creen en principio en los mismos puntos, lo que llaman los Cinco Pilares, es decir la profesión de fe, la oración, la limosna, el ayuno y la peregrinación a La Meca, también en el *Corán* y en la *Sunna* o Ejemplo del Profeta. Éste es el conjunto de dichos y hechos del Profeta y se transmitió de forma oral. Su recopilación escrita se llama *hadith*.

El punto principal que inició la separación de los dos grupos es que los *chiitas* han considerado desde la muerte de Mahoma que la sucesión en el califato debía ser siempre entre los familiares del Profeta y así, Alí es el primer califa válido después de Mahoma. Para ellos el *hadith* no es considerado un documento infalible, pues consideran que sólo es *sunna* los dichos y hechos del Profeta y no los de los compañeros, que según ellos también se incluyen en el *hadith*, y también porque creen posible que la intervención humana, a través de los años, haya podido introducir errores. El grupo mayoritario dentro de los *chiitas* cree que Alí inició la época de los *cuatro califas justos*, entre los años 658 y 750, y, posteriormente el duodécimo califa desapareció, en el año 873. Los *chiitas* esperan que a su regreso, el mundo se vea presidido por la justicia; teniendo en cuenta que proclamaban la infalibilidad absoluta de los jefes de la comunidad, éstos debían ejercerla con autoridad. Para ellos, el *imán* –de carácter semidivino, que significa

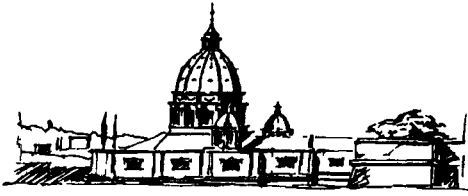
legítimo– es, por su propia condición, el único designado por la luz divina «para explicar la ley de Dios». Hasta el momento en que vuelva el *imán*, incluso el mejor gobernante no tendrá la legitimidad absoluta. Además de los *duodecimanos*, otros grupos *chiitas* han sido los *zaydíes*, los *ismailíes*, muy extendidos en la India y cuyo jefe es el Agha Khan, o los *nisayríes*.

La dinastía Safawí, el primero de los cuales fue el *imán* Abbas I el Grande, que estableció la capital en Isfahan, en el actual Irán, en 1598, consiguió la unidad y el poder para Irán presentando a sus miembros como los imanes anunciados por el *chiismo*, convirtiendo esta rama del islam en el credo nacional y en una poderosa fuerza unificadora. En la actualidad más del 90 % de la población iraní es *chii*. Éstos, hoy día, además de Irán, también están extendidos por Irak, el sur del Líbano, India y Pakistán.

Los *suníes* representa el grupo mayoritario de los musulmanes. Su nombre proviene de la importancia que también dan a la *sunna*, además del Corán. Estos creyeron, desde el primer momento, que la sucesión de Mahoma debía basarse en la capacidad del califa y no en los lazos de sangre con el Profeta. Ello les llevó a aceptar toda la *sunna*, a la que tienen por los dichos y los hechos del Profeta, sin distinguir si entre los mismos hay también alguna cosa de los colaboradores y/o sucesores del Profeta en el califato. De hecho dentro del *sunismo* durante los cuatro primeros siglos se crearon escuelas teológicas islámicas, *Madhab*, algunas más tolerantes y flexibles, otras más rigoristas, que permiten la ampliación de la ley islámica, en cosas nuevas, por razonamiento analógico y consenso. Hoy en día no está permitida la creación de ninguna escuela nueva, sino que todo fiel debe adherirse a una de las existentes.

En la actualidad siguen existiendo las mismas rivalidades entre ambos grupos islámicos que en los siglos VII y VIII. Los *suníes* siempre se habían adaptado mejor que los *chiitas* a los cambios producidos por las civilizaciones foráneas, pero, a raíz del trato recibido desde la primera guerra mundial, por los países anglosajones, y el establecimiento del estado de Israel, también dentro de los *suníes*, se están oyendo voces de retorno a un islamismo más fundamentalista, en el que no se acepte separación entre religión y política y en la que el Corán sea la guía principalísima para todos los aspectos de la vida.

La guerra santa contra el judaísmo y el cristianismo que predicó Mahoma, hace catorce siglos, puede volver a unirlos en el siglo XXI.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Miles de jóvenes mexicanos se consagran al Sagrado Corazón de Jesús

MILES de jóvenes de diversas diócesis se consagraron el pasado 27 de enero al Sagrado Corazón de Jesús en el marco de la 18ª Peregrinación Nacional Juvenil a la Montaña de Cristo Rey (el Cubilete), organizada por el Movimiento Testimonio y Esperanza bajo el lema: «Discípulos y misioneros de Cristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida». Tras un día de caminata, los actos centrales de la peregrinación tuvieron lugar en la explanada del cerro del Cubilete donde se ofició una misa y, al finalizar ésta, los jóvenes se consagraron a Cristo Rey.

Adoración Eucarística Perpetua en Talavera de la Reina

EL pasado 25 de enero el cardenal Antonio Cañizares, arzobispo de Toledo, inauguró en Talavera de la Reina la Adoración Eucarística Perpetua. Las personas que se han inscrito hasta ahora en esta actividad, promovida por el primado de España, supera las setecientas y pretende cubrir las 168 horas semanales. El lugar elegido para la Adoración es la iglesia del convento de las Madres Carmelitas, donde estará expuesto el Santísimo Sacramento todos los días del año, día y noche.

En una carta de agradecimiento a los fieles que colaboran con esta iniciativa, el cardenal de Toledo afirmaba: «Lo que esperamos y pedimos de esta adoración perpetua en Talavera es sencillamente que Dios sea reconocido, adorado, amado, contemplado en el rostro de su Hijo, servido, por encima de todo; que se muestre que de Él viene toda misericordia y salvación; y que con su Hijo no busquemos ni pidamos otra cosa que su voluntad».

La Generalitat de Cataluña edita un «ritual litúrgico laico»

LA Asociación Catalana de Municipios y Comarcas, con la colaboración de la Generalitat de Cataluña, ha publicado un insólito manual que ofrece fórmulas paganas para reemplazar los habituales ritos cristianos de bautismo, matrimonio y

exequias. El llamado «Manual de Ceremonial Civil. Los días más grandes» está destinado, según sus responsables, a los que quieran, «bajo unos parámetros exclusivamente laicos, encontrar fórmulas para vivir con plenitud, solemnidad y espiritualidad lo que conocemos como ritos de paso». Según informaba el diario *La Razón*, para el autor del libro, Joan Surroca i Sens, la publicación de su obra se justifica porque «durante el año 2004, por primera vez en Cataluña, el número de matrimonios exclusivamente civiles superó al de católicos» y porque «el concepto de Dios ha quedado fuertemente cuestionado desde los cuatro puntos cardinales».

Respecto a las ceremonias, *La Razón* destacaba la de «acogida» que «recuerda inevitablemente al bautismo: consta de un rito de bienvenida, unas lecturas, las palabras del celebrante y hasta de la participación de unos padrinos» y los textos que se leen van «desde Neruda hasta Charles Chaplin pasando por la Declaración Universal de los Derechos del Niño, Salvador Espriu, la Constitución Española, Lao Tse, Primo Levi, Joan Maragall, Anthony de Mello, Séneca, Tagore y hasta el profeta Isaías». Y como toda liturgia va acompañada por la música, la propuesta musical también es amplia: algunos compositores clásicos, Abba, Cat Stevens, The Corrs, Louis Armstrong o The Beatles. El final de la vida tiene también un espacio en el manual de Surroca. «Ha de merecer nuestro respeto aquella persona que, tras una meditación serena, llega a la determinación de poner fin a su vida. No se tendría que penalizar el hecho de apoyarle si fuera necesario, siempre que se cumplan las medidas que la ley de despenalización establece», señala en el capítulo sobre las exequias. El «acto de despedida» civil debe ser «un abrazo amoroso y fraternal», entiende el autor. Posteriormente, en el entierro, se puede «leer un poema» o algunos de los presentes puede explicar «su relación con el difunto, el lado más humano y, por qué no, el más humorístico, que ayude a romper la tensión».

Abren el proceso de beatificación de 77 víctimas de la persecución religiosa

EL pasado 1 de febrero, monseñor Luis Martínez Sistach, arzobispo de Barcelona, presidió la ceremonia pública de apertura de la causa de beatificación de 16 religiosos y laicos catalanes víctimas de la persecución religiosa en

1936, al inicio de la Guerra Civil en España. Se abrieron las causas del sacerdote Teodoro Illera del Olmo y de ocho compañeros, todos miembros de la congregación de San Pedro ad Vincula, de los laicos Eliseo Maravillo García, Camila Díez Blanco y Gregori Díez Blanco, de las religiosas Carlota Duque Alonso, de la congregación de las Hermanas Franciscanas de los Sagrados Corazones; Andrea Solans Ballester y otras dos compañeras religiosas del instituto de las Hermanas Capuchinas del Divino Pastor.

Pocos días antes, el 20 de enero, la diócesis de Cartagena también abrió el proceso de canonización de 61 mártires de la persecución religiosa. La ceremonia de apertura contó con la asistencia de los familiares de las víctimas: sacerdotes, seminaristas, hermanos legos y laicos que dieron su vida por la fe. Por su parte, la diócesis ha solicitado a los que conozcan algo de la vida y la muerte de estos 61 hombres y mujeres: escritos, fotografías u objetos personales, posibles testigos, lugar donde están enterrados, etc., lo comuniquen al tribunal. Según testimonios e informes de la época, muchos fueron torturados antes de su muerte por apuñalamiento o por disparos de bala. Está documentado que alguna de las víctimas fue enterrado vivo, a otros les arrancaron los ojos, les cortaron las orejas o los arrastraron por la ciudad, como es el caso del P. Sotero González Lerma, párroco del Carmen, a quien también colgaron de la fachada de la iglesia y prendieron fuego.

Por otro lado, nos llega la noticia de que el prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, cardenal José Saraiva Martins, presidirá el próximo 6 de mayo, en la localidad malagueña de Antequera, la ceremonia de beatificación de la religiosa Carmen del Niño Jesús, fundadora de las Franciscanas de los Sagrados Corazones.

El Vaticano critica duramente la manipulación periodística de la Confesión

EL diario vaticano *L'Osservatore Romano* calificó de «ultraje al sentimiento religioso» un reportaje publicado por un semanario italiano hecho en base a falsas confesiones en diversas regiones de Italia. Con el fin de «revelar» lo que los sacerdotes católicos enseñan en los confesionarios sobre materia de ética y moral, reporteros del semanario *L'Espresso* se hicieron pasar por penitentes.

El editorial de *L'Osservatore Romano* denunció enérgicamente que, con este acto sacrílego, «se ha profanado un sacramento», «ultrajando el sentimiento religioso de los creyentes y engañando la buena fe de los sacerdotes con graves lesiones a la inviolabilidad del ministerio pastoral». El diario del Va-

ticano definió el reportaje como una «vergüenza» y un «episodio de gravedad inaudita» y acusó al semanario de haberse saltado «los límites impuestos por la ética profesional».

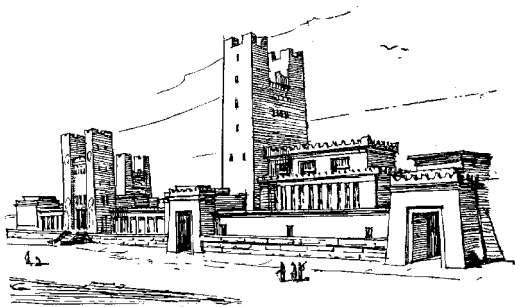
Fallecen dos heroicos obispos chinos

EL pasado 4 de enero murió a la edad de 95 años monseñor Pietro Paolo Li Panshi, obispo de Kongmoon, diócesis ubicada a cien kilómetros de Cantón. En 1922 ingresó en el seminario de Macao, y recibió la ordenación sacerdotal en 1944. Desde 1949 y durante muchos años, perseguido por el régimen comunista, trabajó como agricultor sin descuidar nunca el anuncio del Evangelio. Al terminar la «Revolución Cultural» pudo volver a su aldea donde siguió trabajando como campesino hasta que en 1981 le permitieron reanudar su ministerio pastoral en la ciudad de Zhongshan. Fue consagrado obispo el 27 de septiembre de ese mismo año.

Un día antes fallecía monseñor José Meng Ziwen, arzobispo de Nanning en la provincia de Guang Xi. El prelado, que servía a la Iglesia en la China comunista, en una región ubicada a 2.700 kilómetros al suroeste de Pekín, tenía 103 años y era, por tanto, el obispo más anciano de los prelados de la Iglesia en China y uno de los más ancianos del mundo. Monseñor Meng Ziwen fue arrestado en 1951 durante la brutal «Revolución Cultural» de Mao Tse Tung y condenado a veinte años de trabajos forzados. Fue puesto en libertad en 1970 y tras su liberación vivió vendiendo fertilizantes y cuando podía se dedicaba a la evangelización y al cuidado pastoral de los fieles. Según explicó Radio Vaticano, «tras los tímidos cambios respecto a la política religiosa, monseñor Meng Ziwen se prodigó por obtener del gobierno la restitución de las propiedades de la Iglesia».

El Gobierno español pide ayuda a la Iglesia para acoger a menores inmigrantes

EL Presidente de la Conferencia de Religiosos (CONFER), fray Alejandro Fernández Barrajón, informó que el Gobierno ha pedido ayuda a la Iglesia para la acogida de novecientos menores inmigrantes llegados a Canarias, pero negó que exista ya un acuerdo. En conferencia de prensa, fray Fernández indicó que se está desarrollando un diálogo entre ambas partes y señaló que para llegar a un acuerdo, los religiosos piden «unas garantías mínimas de continuidad para esta acogida de menores, una garantía de que se van a respetar sus derechos, lo que en algunos casos no ocurre actualmente, y de que se va a asegurar su legalización».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT
Y SANTIAGO ALSINA

Gran Bretaña: los principios cristianos son declarados fuera de la ley

SEGÚN informa la agencia de noticias Zenit, las agencias de adopción católicas en Gran Bretaña corren el riesgo de verse forzadas a cerrar. El primer ministro Tony Blair (que algunos insisten en ver como «cuasicatólico» y modelo de gobernante cristiano en nuestros días) anunció el pasado 29 de enero que no habrá exención alguna para las agencias católicas respecto a las leyes antidiscriminación.

La *Equality Act*, válida para Inglaterra, Gales y Escocia, prohíbe la discriminación, a la hora de proporcionar bienes, instalaciones y servicios, basándose en la orientación sexual. La única concesión a la Iglesia es que las agencias católicas tendrán una moratoria antes de verse obligadas, a finales del 2008, a aceptar parejas del mismo sexo como futuros padres adoptivos. Hasta ese momento pueden reconducir a las parejas homosexuales a otras agencias de adopción.

En una declaración publicada el mismo día del anuncio del gobierno, el cardenal Cormac Murphy-O'Connor, arzobispo de Westminster, afirmaba que estaba «profundamente decepcionado» por la decisión de no eximir a las organizaciones católicas sobre la base de convicciones religiosas y conciencia.

La gravedad de la nueva legislación es evidente, pues dejará fuera de la ley al sacerdote que rechaza que se emplee la parroquia para parejas del mismo sexo, el editor de periódico católico que rechaza incluir un anuncio del orgullo gay, o la imprenta que rechaza imprimir dichos anuncios. El «tolerante» Estado moderno avanza inexorable siguiendo su propia lógica mientras muchos católicos siguen sin comprenderla.

La explanada del Templo, de nuevo en el centro del conflicto

QUIENES siguen esta sección conocen bien la problemática asociada a la explanada del Templo de Jerusalén, el lugar sagrado donde se alzaba el Templo de Jerusalén y que en la ac-

tualidad está ocupado por las mezquitas de Omar y Al-Aqsa, el tercer lugar más sagrado para los musulmanes después de La Meca y Medina. Recordarán también las cada vez más explícitas declaraciones por parte de algunos judíos que afirman su intención de reconstruir el Templo, que sería el tercero, en su emplazamiento inicial y el terremoto que causó la visita de Ariel Sharon a la explanada y que provocó la reactivación de la intifada o revuelta árabe. La reciente decisión del gobierno israelí de Olmert de iniciar unas obras en la explanada, a pesar de todos los desmentidos y aclaraciones en el sentido de que no tenían intención alguna de alterarla, ha provocado un repentino aumento de la tensión entre árabes y judíos.

Para comprender el porqué de tanto revuelo nos puede ser de ayuda la noticia de la también reciente reinstauración del Sanedrín que, según alegan los judíos *haredim*, tiene la obligación de reestablecer sus funciones en el Templo de Salomón y está llamado a ser la única fuente «legítima» de la Administración de Justicia en el territorio israelí. El siguiente paso sería poner en marcha la superación de las barreras que impiden la reconstrucción actual del Templo de Jerusalén. De hecho, una de las primeras acciones del Sanedrín reinstaurado ha sido discutir la zona precisa en el Monte del Templo donde estuvo el Templo de Salomón, a fin de determinar la futura zona donde deberá funcionar el Sanedrín dentro del Templo que se quiere reconstruir. Como muestra de su dedicación a este tema, el pasado mes de diciembre, varios de los 71 miembros de este Sanedrín visitaron el Monte del Templo. No es de extrañar, pues, que los musulmanes no se fíen de las buenas intenciones de Olmert.

Muerte violenta de 24 misioneros, religiosos y laicos, en 2006

CADA año la Iglesia hace el recuento de sus mártires; no por morboso regocijo, sino para fortalecer su esperanza contemplando a quienes ya forman parte de la Iglesia triunfante y en el convencimiento de que estos nuevos intercesores en el cielo serán semilla de nuevos cristianos. En

2006 fueron asesinados, mientras desarrollaban su labor en el campo misionero, 24 sacerdotes, religiosos y laicos, tan sólo una persona menos respecto al año anterior, en el que, por su parte, se había duplicado la cifra respecto a 2004.

África es el continente que registró el año pasado mayor número de víctimas: murieron violentamente 9 sacerdotes, una religiosa y una voluntaria seglar. La nación con mayor número de sacerdotes asesinados es Kenia –tres presbíteros muertos–; le sigue Nigeria con la desaparición de otros dos.

El segundo continente en muertes violentas en 2006 es América: perdieron la vida seis sacerdotes, una religiosa y un laico. En Brasil, la Iglesia perdió a dos de sus miembros.

Se trata –explica «Fides»– de una lista provisional a la que se deben añadir aquellos de quienes nunca se tendrán noticias, «que sufren en todos los rincones del planeta y pagan con su vida su fe en Cristo».

El estado del planeta a inicios de 2007, según Benedicto XVI

OTRA de las costumbres a inicios de cada año es el Discurso del Papa al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, en el que el Santo Padre repasa la situación internacional. En este año, el Papa se ha detenido en el escándalo del hambre, provocado por motivos políticos, ya que disponemos «de bienes, de conocimientos y de medios para subsanarlo». También denunció sin ambages la difusión de la «cultura de la muerte» con estas palabras: «¿Cómo no preocuparse también de los continuos atentados a la vida, desde la concepción hasta la muerte natural? Tales atentados afectan incluso a regiones donde la cultura del respeto de la vida es tradicional, como en África, donde se intenta trivializar subrepticamente el aborto por medio del Protocolo de Maputo, así como por el Plan de acción adoptado por los Ministros de Sanidad de la Unión Africana, y que dentro de poco se someterá a la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno. Se extienden también amenazas contra la estructura natural de la familia, fundada en el matrimonio de un hombre y una mujer, así como los intentos de relativizarla dándole el mismo estatuto que a otras formas de unión radicalmente diferentes. Todo esto ofende a la familia y contribuye a desestabilizarla, violando su carácter específico y su papel social único. Otras formas de agresión a la vida se cometen a veces al amparo de la investigación científica. Se apoya en la convicción de que la investigación no está sometida más que a las leyes que ella se da a

sí misma, y que no tiene otro límite que sus propias posibilidades. Es el caso, por ejemplo, del intento de legitimar la clonación humana para hipotéticos fines terapéuticos».

El desequilibrio entre hombres y mujeres en China

HACE ya años que se viene alertando de las graves consecuencias que tendría en el futuro la política del hijo único adoptada por la China comunista y los consecutivos abortos de niñas (motivado por el hecho de que éstas no mantienen a sus padres en la vejez). Pues bien, ese futuro ya está llegando y ha sido el propio gobierno chino el que ha reconocido oficialmente que sus programas de planificación familiar han dejado al país sin chicas. Zhang Weiqing, director de la Comisión Nacional de Población y Planificación Familiar de China, lo admitía en una declaración al *South China Morning Post* el pasado 24 de enero. «Por supuesto», concedía, «el desequilibrio de género tiene algo que ver con la estricta política de planificación familiar de China».

Según un artículo del 23 de enero de Associated Press, Zhang afirmó que la proporción entre hombres y mujeres nacidos en 2005 fue de 118-100. Un desequilibrio superior a los 108 varones por 100 mujeres de 1982 y a los 110 por 100 de 1990. En algunas regiones, las cifras han alcanzado la proporción astronómica de 130 chicos por cada 100 chicas. La media para los países industrializados es de entre 104 y 107 chicos por cada 100 chicas. Associated Press también informaba el 12 de enero de que China tendría treinta millones más de hombres que de mujeres en edad de casarse en menos de 15 años.

Otro efecto perjudicial de la estricta política de población de China es que el país envejece más rápido que cualquier otra gran nación de la historia, según un reportaje publicado el 23 de enero por el *Chicago Tribune*. Así, se espera que dentro de treinta años China cuente con cuatrocientos millones de ancianos, la gran mayoría de los cuales no tendrá pensiones o cuidados sanitarios, y ni siquiera una familia. Actualmente, los mayores de sesenta años son apenas el 11 % de los mil trescientos millones de chinos. En el 2050, sumarán el 31 % de la población. China tardará sólo 25 años en envejecer tanto como Europa envejeció durante todo el siglo pasado. Por el momento, el número de personas con más de sesenta años aumenta en seis millones cada año, mientras que las residencias de ancianos de China sólo pueden acomodar a un millón y medio.

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

DAVID AMADO

ALAIN QUILICI

Domingo de Guzmán

Col. 15 días con...

Madrid, Ciudad Nueva, 2006

Santo Domingo es uno de los grandes santos del siglo XIII, en el que florecieron otras grandes figuras como san Francisco o Tomás de Aquino. Además es el fundador de la Orden de Predicadores (dominicos) y el gran apóstol contra la herejía cátara. Los biógrafos de su época lo recuerdan «hablando siempre con Dios o de Dios, en casa, fuera de casa o de viaje». Tan gran impresión e influencia causó en su época que pronto se divulgó una obra *Sobre los nueve modos de orar en santo Domingo*, porque el santo predicador no sólo lo hacía siempre sino que supo aprovechar las diferentes posturas del cuerpo para elevar su oración a Dios. De ahí la conveniencia de que, a los que no tenemos acceso directo a la espiritualidad del santo fun-

dador, se nos ilustre sobre su vida espiritual para alimentar también la nuestra.

Alain Quilici, para su trabajo, ha partido de los testimonios de sus contemporáneos. No hay escritos de santo Domingo. Pero lo cierto es que su ardor apostólico y su espíritu quedó recogido por muchos contemporáneos suyos. Domingo enseñó con su vida. Fundamentalmente exhortaba a estudiar los dos Testamentos y parece que era lector muy asiduo de san Pablo y del evangelio de Mateo. Por otra parte exhortó a sus hijos espirituales a la oración constante y al estudio, como se ve en la historia posterior de la orden.

Es por ello que en este libro se parte del hombre, tal como fue conocido, y se analiza su corazón, su fidelidad a la Iglesia, sus dotes de inteligencia, de carácter, de gobierno, de memoria... Y a través de ello, (¿Qué es un santo sino una plasmación viva del Evangelio?), se nos invita a adelantar, de su mano, en nuestra vida espiritual.

FELICIANO BLÁZQUEZ (ed.)

Santa María, la Virgen. Antología de la poesía mariana en lengua castellana

Madrid, BAC, 2006

La importancia de la Virgen en la vida de la Iglesia viene reflejada no sólo por la atención que le dedica la liturgia o el Magisterio, sino también por el múltiple eco que tiene en todas las facetas de la expresión artística. María ocupa un lugar importante en la arquitectura, la escultura, la pintura, la música... y también en la literatura. Dentro de ésta, es lógico que no falten numerosas muestras de poesías dedicadas a la Madre del Redentor. Éstas han existido en todas las épocas, bien en forma de oración, desde el célebre «*Sub tuum praesidium...*», que parece la más antigua, hasta versificaciones que florecen por doquier y que, a bien seguro, ahora también se están produciendo.

Juan Pablo II señaló en la carta a los artistas, en continuidad con una intuición del padre Chenu, que también el arte podía considerarse como un lugar teológico. Si es así, especial mención en el campo de la mariología tienen las poesías.

Feliciano Blázquez, que ejerce en este volumen

de antólogo, nos ofrece un maravilloso ramillete de poemas dedicados a la Madre de Dios. Lo ha dividido en cuatro etapas: Edad Media, Siglo de Oro, siglos XVIII y XIX y Edad Contemporánea. El criterio es más que oportuno. El lector se deleitará con cada una de las secciones aunque, a buen seguro, llamará su atención las numerosas firmas de la actualidad que han dedicado su pluma a María. No sólo aparecen autores creyentes sino también aquellos que pueden considerarse menos afectos a la fe como Rafael Alberti, Juan Ramón Jiménez, Leopoldo Panero, el poeta maldito, o el creacionista Vicente Huidobro. Igualmente se encontrará con que los grandes representantes de la lírica castellana han dedicado versos a la Virgen. Encontramos textos de García Lorca, Gerardo Diego, Jorge Guillén, Valle Inclán, Unamuno...

Al mismo tiempo se nos ofrece la posibilidad de tomar un primer contacto con muchos autores quizás para nosotros desconocidos, tanto en la sección del Siglo de Oro, que es preciosa, como en la de los siglos XVIII y XIX. Por otra parte, la antología muestra como la Virgen ha servido de inspiración en todas las épocas y a los más grandes escritores.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

La «ley seca» del zapaterismo

El socialismo español actual, más allá de su eterna sonrisa bobalicona, se muestra cada vez más como un intento totalitario de inmiscuirse desde el Estado en las conciencias y en las vidas de los hombres. Ahí tenemos la reciente asignatura de «Educación para la ciudadanía» y, en un ámbito menos grave pero igualmente significativo, la ley que, impulsada desde el ministerio de Agricultura, aspira a destruir la agricultura vitivinícola en nombre del Estado-mamá que vela porque vivamos sanos y robustos, felices ciudadanos de este nuevo Estado utópico (que el director del italiano Il Foglio no ha dudado en calificar de «fasciosalutismo»). Desde las páginas de ABC, Valentí Puig glosaba de este modo la nueva medida legislativa:

En el mejor momento vitivinícola de nuestra historia, al Gobierno se le ocurre una ofensiva formal contra el vino. Es como la LOGSE: en el punto más intenso en la necesidad de mayores conocimientos, la ley decidió propagar la ignorancia pupitre a pupitre, aula por aula. Habrá causado alarma en La Moncloa que los vinos españoles cada vez tengan más prestigio y compitan mejor. Vamos de tan buena embocadura que ha llegado la hora de aplicar una ley seca por fases. Al republicanismo cívico, tan austero como la entelequia krausista, los «sommeliers» se le antojan el abogado del diablo. Acabemos con el pecado antes de que incluso los vinos blancos españoles

alcancen el don de la perfección. Multemos la pasión por el vino en el momento en que los nuestros son cada vez mejores.

Con el Gobierno de Rodríguez Zapatero hemos llegado a un extremo anunciado por Jardiel Poncela: para hacer una vida higiénica que beneficie a la salud hay que tener una salud a prueba de bomba. Demonizaron el aceite de oliva y ahora todo vale con la dieta mediterránea. Cuando nos dimos cuenta de lo sano que era el aceite de oliva, ya lo estaban embotellando los italianos. A este paso, después de alertarnos de todos los males que conlleva el consumo de whisky, acabaremos finalmente por tener que comprar el «scotch» como medicina, en las farmacias, entre estantes con jarabes de gárgaras y desodorantes. Lo mismo va a ocurrir con el vino. Felipe II se recuperó de algunos achaques precisamente gracias al vino.

En una peculiar encrucijada, la sanidad pública opta por priorizar el combate contra los males del vino y dejar para otro día los horrores de la heroína, el hachís o la cocaína. A modo de primera respuesta, las organizaciones agrarias piden al Gobierno que se mantenga la consideración del vino como producto alimentario y no como bebida alcohólica. El sentimentalismo puritanista programa gran parte de nuestras vidas: nos obliga a fumar en la calle como animales rabiosos, critica las mega-hamburguesas, amaga con prohibir los toros. La «Ley de medidas sanitarias para la protección de la salud y la prevención del consumo de bebidas alcohólicas por menores» tiene la

autoría de la generación que del «prohibido prohibir» ha pasado a tutelar los pasos ajenos con un paternalismo demagógico. Son la «nueva clase», la que programa museos con pintura que prácticamente no gusta a nadie y contrata montajes de ópera en los que donde originalmente había un trono hoy se sitúa una letrina.

Mel Gibson ha vuelto a hacerlo

Lo hizo con la formidable La Pasión de Cristo, una película magnífica, que conseguía transmitir un mensaje claro y valioso y que, en consecuencia, sacaba de sus casillas a la intelectualidad progresista dominante. Con Apocalypto la historia se repite: Mel Gibson ha destrozado la leyenda negra y además de un modo originalísimo, mostrando la realidad de la América precolumbina. Tras conocer lo que fue el Imperio maya en su fase final (al parecer, fue mucho más cruel, Gibson incluso lo habría suavizado), la aparición de las carabelas españolas con sus soldados y sus frailes se antojan a cualquier espectador normal como lo que fue: una liberación y una esperanza. De entre las muchas lecturas que se pueden hacer acerca de la película, éste es el de Juan Manuel de Prada, centrado en las implicaciones que tiene el momento presente:

Ha declarado Mel Gibson que su película *Apocalypto*, en la que se recrean las postrimerías de la civilización maya, constituye en realidad una alegoría sobre la de-

cadencia de las sociedades occidentales. *Apocalypso* se abre con una cita de Will Durant que basta para advertirnos de sus intenciones: «Una gran civilización no es conquistada desde fuera hasta que no se ha destruido a sí misma desde dentro». La frase, de una lucidez que espanta, sirve de diagnóstico para nuestra época. Mucha gente me pregunta si considero que el islam es un enemigo para Occidente; mi respuesta es siempre la misma: «En absoluto. El enemigo está dentro, el enemigo somos nosotros mismos».

¿Qué peligro podría significar el islam si Occidente estuviese orgulloso de defender los valores que conforman su idiosincrasia? Los musulmanes residentes en nuestros países tendrían que acatar estos valores si desearan disfrutar de las ventajas que les reportan; desde el primer instante en que se atrevieran a infringirlos, serían despachados con viento fresco, o castigados por la Ley, como cada hijo de vecino. El problema no está en los musulmanes, por mucho que profesen una fe que a la vez postula un ordenamiento sociopolítico a cuyo rebufo se cobijan las más sórdidas dictaduras; bastaría con que los musulmanes tuviesen claro que jamás podrían ver realizados, en Occidente, sus anhelos expansionistas.

El problema para Occidente

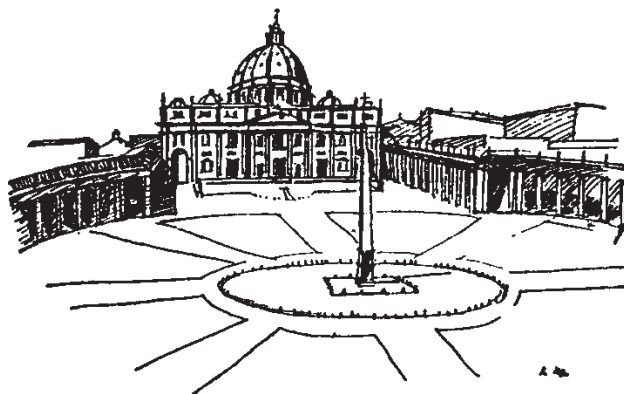
comienza cuando se muestra incapaz de defender los valores que fundan su ordenamiento jurídico, cuando descrece de los hitos que han propiciado su progreso, cuando reniega de la moral que ha humanizado su convivencia; cuando, en definitiva, se niega a sostener la supremacía de su orden social y, a cambio, se abandona a un aguachirle de necesidades merengosas que, bajo el marbete de «Alianza de Civilizaciones» o de cualquier otra majadería limítrofe, prefiguran la rendición.

Todavía quedan algunos ilusos que, a la hora de imaginarse el fin de nuestra civilización, se dedican a otear el horizonte, en busca de enemigos externos. Olvidan que, cuando entraron en Roma, los bárbaros no tuvieron que librar ninguna encarnizada batalla con un ejército defensor, ni vencer la resistencia de sus vecinos; entraron como Pedro por su casa, sin asestar un mandoble, enseñoreándose de una posesión que les pertenecía desde mucho tiempo atrás, desde que los gobernantes del otrora amedrentador imperio se convirtieron en una patulea de pacifistas claudicantes, desde que sus ciudadanos se entregaron con regocijo a las ventajas de la vida muelle y al disfrute de su opulencia.

Así perecen las civilizaciones, así las potencias más pode-

rosas devienen naciones de opereta: destruidas desde dentro, inmoladas por los botarates que rigen sus destinos y por la chusma que los encumbró al poder. Porque no debemos pensar que los gobernantes irresponsables que rigen los destinos de los países en decadencia son meteoritos que abruptamente irrumpen en la vida política, venidos del espacio exterior, surgidos de la nada; por el contrario, son el fruto natural de una sociedad podrida y dimisionaria, son la expresión quintaesenciada de un clima moral decrepito, que es el de los pueblos dispuestos a mirar siempre hacia otro lado, dispuestos a entregar su primogenitura por un plato de lentejas, dispuestos a ceder a la extorsión, a renunciar a los principios que fundan su existencia, a ponerse de rodillas ante quien los quiere genuflexos, con tal de diferir un problema que se les viene encima, no importa que esté enturbantado o cubierto por la capucha macabra del terrorismo.

En estos días en que la dulce paz de los esclavos vuelve a asomar a los labios de nuestros gobernantes, amortizados ya aquellos dos muertecitos accidentales del aeropuerto; en estos días en que vuelve a iniciarse ese «proceso» indecoroso que tanto regocija a los enemigos de España, ya sabemos, con insobornable certeza, que la destrucción vendrá desde dentro.



Actualidad de los escritos del obispo Torras i Bages

En un mes de febrero –de 1916– moría el santo obispo de Vic, doctor Josep Torras i Bages, y en febrero de 1947, hace ahora sesenta años, le dedicaba Cristiandad un número, del que ahora vamos a reproducir uno de los artículos. Cristiandad siente por este obispo una especial predilección, como recordábamos en la «razón del número» de agosto-septiembre de 2005, al dedicarle las primeras páginas. En esta y en otras ocasiones hemos glosado su figura y en especial sus numerosas pastorales, que hacían siempre honor al sentido de esta palabra: eran expresión del espíritu de pastor que animaba su actuación. Recordamos el inusual elogio que mereció de san Pío X la publicación de la pastoral «Dios y el César» (1911): «Realmente te muestras en ella como obispo, tal y como lo desea-

ba el Apóstol... has instruido en la sana doctrina al pueblo que se te confió... y has desvanecido y pulverizado los sofismas del falso liberalismo».

El artículo que hoy traemos a esta sección, reproducido del número de 1 de febrero de hace sesenta años, se debe a la pluma del padre Juan Serrat, S.J., y lleva por título «Actualidad de los escritos del obispo Torras y Bages». El artículo mantiene su plena vigencia, precisamente porque es perenne la doctrina de los escritos de Torras i Bages, actuales entonces y ahora. Y el artículo del padre Serrat bien pudiera haber sido reproducido en nuestro número anterior, dedicado al laicismo porque la doctrina del obispo de Vic sobre esta la-cra es rotunda y clara.

No es frecuente el caso en que se pueda celebrar la memoria de un hombre colocado en lo alto como la ciudad sobre el monte; sin ninguna restricción mental, sin que se ofrezca cosa que convenga ocultar a la vista de los admiradores.

Ni debilidades personales; ni errores de la inteligencia; ni claudicaciones de la voluntad; ni adulaciones a los poderosos; ni temor ante los enemigos. Pero al mismo tiempo, sin arrogancias, sin vana ostentación.

Tal es nuestro caso. Torras y Bages, es un hombre cabal, el cual, como impelido por una necesidad irresistible, escribía sus profundos pensamientos y los escribía de una manera definitiva.

Revestido de la dignidad episcopal, antes de reimprimir escritos de su vida juvenil como *La tradición catalana* y las maravillosas conferencias de arte; con toda la responsabilidad episcopal, afirmó que nada debía corregir en todos sus escritos.

En Torras y Bages, era todo definitivo, todo iluminado con luz de eternidad.

Era humano y por tanto universal y el Evangelio, profundamente humano, había echado en su alma, hondas raíces.

Los que hemos visto y escuchado y leído a Torras y Bages no podemos imaginarlo de otra manera: es una imagen de granito irreformable y definitiva en la historia; es como es y para siempre.

Entre sus escritos de primera hora, *Influencia de la devoción al Corazón de Jesús en los tiempos modernos* y la postdata de su carta *La ciencia del patir*, firmada en su lecho de agonía el día 7 de febrero de 1916, que son treinta y cinco años de vida de escritor, se puede trazar una línea recta sin ondulación alguna.

Se presenta en público en plena madurez y baja al sepulcro sin haber experimentado debilidades de la vejez: es el mismo desde el principio hasta el fin.

Torras y Bages, como san Agustín, comenta el momento presente, el que vive, el hecho del día; pero su comentario traspasa los límites del tiempo y al cabo de años tiene plena actualidad.

La política de un gobierno sectario le inspira *Dios y el César*; la persecución del mes de julio de 1911 le dicta la carta *La glòria del martiri*; una tradición local, la aparición de la misteriosa luz en Manresa, le inspira *El símbol de la llum*, que es un tratado sobre la fe; un atentado contra un prelado la carta *El misteri d'iniquitat*, y de esta manera todos sus escritos.

Es la imagen del momento actual, pero que deja en sus escritos un rastro perdurable. ¿De dónde un don tan excelso?

Para responder a esta pregunta, es necesario tratar de la universalidad y perpetuidad del obispo de Vic.

Universalidad

Los escritos del Dr. Torras y Bages tienen la universalidad católica del Evangelio junto con el aspecto regional y por decirlo así casi pueblerino de un payés de nuestra tierra. En esto como en otras muchas cosas se parece al Evangelio.

¿Queréis algo más singular, más de la región que el Evangelio?

En el Evangelio podéis aprender cosas tan concretas como el precio de un pájaro que es de tres céntimos y lo que cobra un jornalero, o sea tres reales, y el ceremonial fastuoso de una boda, y las lúgubres lamentaciones de un funeral.

No es posible imaginar cosa más singular, más ligada al tiempo y al espacio, que el Evangelio. Y, con todo: ¡el Evangelio es universal en el espacio y perpetuo en el tiempo!

Es que el Evangelio responde a las cuestiones eternas y universales: Dios y el hombre.

La anécdota, la historia del momento, tiene poca importancia o la tiene como andamio para las grandes construcciones; los destinos eternos, las relaciones con Dios, el valor del alma: esto es lo que domina en la doctrina de Cristo, y esto es lo que debemos estudiar en los escritos de Torras y Bages. «En el dintel del palacio episcopal de Vic, restaurado por Torras y Bages, leemos estas palabras de san Pablo: «Pro Christo legatione fungimur» (2 Cor 5,20). Somos embajadores de Jesucristo, y por tanto somos predicadores de valores eternos, divinos, universales.

La universalidad de Torras y Bages, es la universalidad del Evangelio y no hay para él, a imitación de san Pablo, judío ni griego, y como si fuese libre de toda pasión, trata los asuntos con la máxima serenidad y siempre desde alturas, a las cuales no llegan las tempestades de las polémicas sobre valores, caducos de baja política, o de intereses materiales.

Internacionales laicas

Como por un instinto irresistible, los hombres son empujados hacia la formación de grandes organiza-

ciones universales. Los grandes instintos tienen profundas raíces en el corazón y los instintos de universalidad y perpetuidad, los tienen muy entrañados. Es un eco que responde a la unidad de origen y a la unidad de fin de todos los hombres, aun cuando muchos no lo quieran reconocer.

Dios ha dado respuesta a estos instintos; para todos ha nacido Jesucristo, para todos ha dado su san-

gre, para todos ha fundado una institución católica, universal, eterna: la Iglesia. Unidad de fe, unidad de jerarquía, unidad de sacramentos, canales de la gracia.

Y Satanás, que como diría Torras y Bages es *simia Dei*, ha inventado sus *internacionales*, que se han sucedido sin parar hasta llegar a la que humanamente parece definitiva, si no interviene un milagro del cielo, la universal comunista y atea, que intenta sujetar todos los pueblos en un gigantesco imperio, que nuestros pensadores denunciaron, y lo que entonces parecía una utopía, es hoy en muchos sitios una realidad y en todas partes, una amenaza.

¿Qué es el laicismo y su forma socializada y organizada que es la masonería?

¿Qué significan las organizaciones de postguerra, como la que responde por las letras UNESCO, que tiene la pretensión de unir a todos los hombres con el común denominador de la verdad?

A cada nueva internacional destinada a unir, sucede una más profunda división; renovado castigo de Babel.

¡Y todo por no querer doblar la rodilla ante el Ungido del Señor «Rey eterno y Señor universal»!

La idea de la universalidad era como una obsesión para el obispo Torras y Bages, y esta obsesión era fruto del conocimiento de Cristo y del hombre. Aun cuando trata temas al parecer tan poco propicios como la música ha de predicar el mismo principio de la universalidad y perpetuidad.

«El hombre es siempre esencialmente el mismo, como lo es la humanidad. La madre canta meciendo a su hijo porque sabe que le agrada y cuando el hombre ha llegado a la plenitud de la edad, busca también en el canto el solaz que necesita en las amargu-



ras de la vida» («*La música, educadora del sentiment*». O.C., I, pág. 237).

Muchos de nuestros lectores pueden recordar las campañas anticlericales y los proyectos de leyes opresoras de la conciencia que intentaban imponer gobiernos anticlericales. En 1911 ardía la lucha, los ataques eran violentos de una y otra parte. En estas circunstancias candentes, el Obispo toma la palabra, y nos da un monumento de ponderación, de prudencia, al mismo tiempo que de libertad apostólica y el monumento se titula: *Dios y el César*.

«Después que la libertad fue hasta hace poco el ídolo del mundo político, hoy las adoraciones y homenajes de muchos, se dirigen al César» (O.C., III, pág. 168).

Luego se eleva a las alturas del Evangelio para manifestar que la libertad de que se quieren gloriar los enemigos de la Iglesia es patrimonio conquistado con la sangre de los mártires y persecuciones de todo género.

«La clave que explica todas las persecuciones contra la vida cristiana, desde los emperadores romanos y los emperadores medievales hasta los monarcas absolutos y las repúblicas de la Europa moderna, es ésta: la ilimitación del poder, o sea, el absolutismo de la potestad civil revistiéndose cada vez con el traje propio de la época respectiva» («Dios y el César», O.C., III, 173).

Situado en estas alturas, ve todo el problema político de España como un nuevo capítulo en la historia de los conflictos entre Dios y el César.

Y dicho sea de paso: aquel hombre que en el Parlamento español fue calumniado como sospechoso de separatismo, se dirige a los enemigos de España por lo que significa en el mundo católico y les dice:

«Los enemigos del catolicismo, que quisieran expelerlo de nuestra íntima constitución, van casi siempre denigrando la patria, suponiéndola la más infeliz de las naciones, y a nuestra historia una historia de ignominia; atribuyendo ellos todos los males a la Iglesia; ¡como si la Iglesia, no fuera la madre de todas las naciones de Europa y América!, y ¡como si España no ocupara un lugar eminente entre las pocas naciones que en distintas épocas han acaudillado el movimiento internacional de la civilización cosmopolita, y como si su espíritu y su lengua no fueran aún hoy predominantes en gran parte de los pueblos del mundo civilizado!» («Dios y el César», O.C., III, 177).

Junto con la universalidad, podemos considerar otro aspecto de Torras y Bages, y es su perenne

actualidad. Tienen los escritos de Torras y Bages la cualidad de los grandes escritores que labran monumentos más duraderos que el bronce. Sus libros causan una impresión de novedad perenne como si llegaran los libros de la imprenta frescos de tinta.

La página en que habla de los santos tiene ideas lapidarias que son la explicación de este fenómeno de la actualidad perenne.

«Cuando los hombres consideran la idea de la eternidad, la vida deja de ser ligera y frívola, porque entonces la vida está edificada sobre fundamento verdadero y guarda las leyes del equilibrio.

»La vida humana, entonces, es resistente y sostiene todas las embestidas; las tempestades no pueden abatirla, en cierto sentido es eterna y la eternidad siendo como es un atributo divino, la vida queda también divinizada. Los santos no son más que los hombres de la eternidad. Son hombres del tiempo y de su tiempo; no son un anacronismo, tienen una perenne actualidad porque la eternidad abarca todos los tiempos, comprende todos los tiempos, contiene todas las cosas. Lo más antiguo y lo más moderno; lo pasado y lo futuro, todo queda encerrado en la eternidad. Por esto, aquel admirable espíritu que fue san Agustín contemplando la eternidad atributo divino, exclamaba: «¡Oh hermosura antigua y siempre nueva! ¡Es un mar sin límites y sin fondo!» Los hombres de la eternidad, los santos, son los que mejor saben amoldarse a todas las circunstancias porque no están aferrados a lo variable y transitorio que pasa; y, en cambio, viven identificados con lo esencial, con lo eterno, que dura y permanece siempre y en todas partes, en todas las épocas y en todos los países. Por esto los santos son ciudadanos de todo el mundo y jamás pierden su actualidad. De manera que, en definitiva, lo que siempre triunfa en la humanidad es lo eterno» (*L'única eficàcia*, O.C., II, pág. 40).

Torras y Bages, discípulo de los santos, empapado en el Evangelio eterno y universal, ha heredado de ellos estos mismos caracteres: es universal y es perpetuo.

Imperio masónico e imperio del Sagrado Corazón de Jesús

Para dar fama imperecedera al obispo de Vic, y asegurarle un sitio al lado de los grandes pensadores del cristianismo, bastaría conservar las cartas sobre la masonería: *Orientaciones sin oriente*, *La eterna afirmación*, *Nuestra filiación*, y luego el discurso titulado por su autor *Influencia de la devoción al Sagrado Corazón en los tiempos modernos*.

Comprende el lector que tratamos de la condenación del internacionalismo masónico y la afirmación del internacionalismo evangélico, que hoy por voluntad de Dios está unido con la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Contra la masonería

El obispo de Vic, en estos como en todos sus escritos, se eleva inmediatamente a grande altura y establece tesis trascendentales. Para él, en *Nuestra filiación*, todo el problema es teológico con derivaciones políticas y culturales.

El hombre, enseña el obispo de Vic, no se resigna a ser un número en la vasta organización social, quiere tener un linaje y lo busca y lo crea a la medida de sus gustos y pasiones si el linaje verdadero no se acomoda a sus deseos.

Una parte de los hombres: «respondiendo a los nobilísimos estímulos de su naturaleza, han buscado su filiación en Dios siguiendo el camino que diviniza al hombre; y otra parte, obedeciendo a instintos poderosísimos, aunque groseros, se ha tenido por hermanos de las bestias...

»La secta masónica no quiere reconocer en el hombre el carácter de hijo de Dios, ni a Dios como a padre de los hombres, y por esto es la más radical de todas las herejías, puesto que quiere romper toda relación del hombre con Dios y todas las cuestiones que perturban el mundo se derivan de ésta: cuál es nuestra filiación».

Desarrolla magníficamente este pensamiento y llega a tratar de la tiranía masónica, con estas palabras terribles que actuales acontecimientos históricos confirman plenamente:

«La esclavitud ha de ser la natural consecuencia de un estado social del cual se arranca la idea, la creencia y el culto de Dios, porque así se le roba también el sentido de la fraternidad universal, la creencia en el Padre del linaje, que ama igualmente a todos sus hijos y que para todos ha criado no sólo el cielo, o sea, la substancia de la vida futura, sino también la tierra o la substancia de la vida presente. La legión satánica ahora es secta, es decir, cuerpo organizado y dirigido, ejército bien armado y en correspondencia con todo el mundo:

»Los dos ejércitos, de Jesús y Satanás, la Iglesia y la masonería, están el uno frente al otro... El fin esencial de la masonería, es separar al hombre de Dios, y esto lo ejecuta hoy por medio de leyes cuando puede apoderarse del gobierno de una nación» (*Nuestra filiación*, O.C., I).

Están, pues, enfrentados los dos ejércitos, el de Cristo, que tiene por capitán a nuestro Redentor y el de Satanás, enemigo del linaje humano.

En estos momentos se manifiesta la intervención de Dios por medio de la devoción a su Sagrado Corazón.

Remedio providencial: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús

Una ocasión, al parecer banal, le ofreció ocasión al doctor Torras y Bages para escribir la disertación sobre la *Influencia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en los tiempos modernos*, y fue la ocasión un certamen literario celebrado en la ciudad de Tarragona el 26 de junio del año 1881.

Un discurso de circunstancias le ofrece ocasión para desarrollar este tema de una manera verdaderamente magistral.

«Habiéndose la humanidad separado de Cristo, quiere éste otra vez enlazarla consigo en el amorosísimo Corazón» (O.C., V, pág. 5).

Este es el tema de todo el discurso. ¡La sociedad separada de Cristo! Es el laicismo en sus postreras manifestaciones.

«Nosotros queremos organizar la humanidad sin Dios», había dicho Julio Ferry, y la humanidad sin Dios, es el laicismo. Por tanto, el laicismo es una reivindicación sacrílega de una absoluta autonomía del hombre, de una total independencia del entendimiento, de la voluntad, de la conciencia. La razón humana será la única fuente de toda verdad; la voluntad humana, el principio de toda ley y de toda moral; la conciencia humana, único juez de todo bien. Esto es el laicismo.

No permiten dudas las declaraciones de los pontífices de esta nueva religión sin altares, pero con dogmas intangibles. (M. Guinard, en *Documentation Catholique*, 1923, pág. 838)

Por tanto, hemos de afirmar que la Liga de la Enseñanza Laica de París supo resumir bien el pensamiento laico en estas proposiciones, que deben jurar los discípulos de las Escuelas Laicas, después de una preparación de tres días, parodia de los Ejercicios espirituales: 1.º Ser fieles siempre al laicismo. 2.º Ser fieles siempre al libre pensamiento. 3.º No admitir jamás otra moral fuera de la moral humana. (*La Croix de Paris*, 6 abril, 1937).

La misma doctrina fue condensada por Lenin en 1920, en el III Congreso de la Internacional Comunista: «Nosotros rechazamos toda moral que no proceda del principio de la lucha de clases. La moral es todo lo que sirve para la destrucción de la sociedad

antigua de explotadores». (*Études*, 5 noviembre 1936).

Es que la moral, para los enemigos de Dios y su Cristo, pertenece al dominio de la farsa, como escribe Nietzsche: «Notre vieille morale, rentre dans le domaine de la comédie» (*La Généalogie de la morale*, pág. 7. Edición francesa).

Como embriagados por infernales venenos, los hombres, dice Torras y Bages, declararon que eran nefastas todas las instituciones nacidas al calor del catolicismo.

Comenzó la separación de la inteligencia humana y la divina; la lucha satánica del hombre contra Dios que debía terminar con la guerra infernal contra el mismo nombre de Dios y la negación de todos sus derechos.

Cuando los sabios hubieron extinguido en sus inteligencias la luz de la fe, los hombres de Estado hicieron caso omiso de las enseñanzas divinas en la gobernación de los hombres.

Todo debía secularizarse y gobernarse con un criterio puramente humano y laico (Torras y Bages).

Y a pasos contados hemos llegado a la grande abominación descrita por san Pablo (2 Tes 2,2-4); el hombre inicuo sentado en el lugar del mismo Dios como han afirmado los modernos enemigos de Cristo: «Extinctis diis, extincto Deo, succedit humanitas».

Es el resumen, la última palabra del laicismo. El día en que los hombres arrojan del templo a su Dios, la humanidad se apodera del trono que le era debido. Y no es la humanidad perfeccionada por la práctica del bien; es una piltrafa de humanidad, una desgraciada mujer en la catedral de París. ¡Tal dios para tales pontífices!

El Corazón de Jesús, esperanza de nuestros tiempos

Ha descrito el obispo de Vic la triste situación del mundo apartado de Cristo, vuelto de espaldas a Dios. Ya sólo falta llamar la atención de los hombres para que vuelvan al principio de su regeneración.

Extiende su mirada sobre toda la sociedad y no halla otro remedio contra la invasión del materialismo, que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

«Si prescindimos de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús que brillantemente se cierne en el cielo de la Iglesia, iluminándola con resplandores

divinos, purificándola con amorosísimo fuego y embelleciéndola con el oro de la caridad divina, no encontramos otro medio de salvación para el hombre absorbido plenamente por los deleites y grandezas de la materia, ni para la sociedad que va rompiéndose a pedazos y deshaciéndose como si su substancia estuviera carcomida y apolillada. Y esta solución está conforme con la de todas las grandes crisis por que ha pasado la Cristiandad. La Cristiandad ha vencido cuando se ha animado el fervor sobrenatural de su fe e ímpetu de la oración... Los hombres extienden su mirada por todas partes y el horizonte está cerrado, la obscuridad domina en el cielo de las inteligencias humanas, las enseñanzas de los sabios son estériles y, en cambio, en los corazones germinan las pasiones salvajes o desfallecimientos materiales. Mas aquel que ha hecho curables las naciones, y tiene tesoros de sabiduría, y abismos de misericordia, desde el uno al otro confín del mundo, iluminando con suavísimos resplandores los continentes, las islas y los mares, hace resonar con mayor elocuencia los latidos de su corazón vibrante de amor, para que, oyéndolos, la sociedad, caduca ya y torpe para el amor divino, cobre, como profetizó santa Gertrudis, nuevo vigor y brío». («Influencia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús». O.C., V, p. 46).

Con estas palabras termina el grande pensador su disertación y con las mismas terminamos nosotros este modesto trabajo.

En este centenario, las palabras del insigne obispo de Vic, porque si no se advierte lo contrario, el obispo de Vic es Torras y Bages, conservan toda su grandeza y actualidad.

Grandes afirmaciones, que en aquellos momentos eran utopías, son hoy realidades clavadas en nuestra carne.

Hemos oído el galopar de los caballos apocalípticos; hemos presenciado las destrucciones de los templos, de las imágenes, de los hombres y mujeres ungidos para el servicio de Dios; y, sobre todo, estamos presenciando la escena más repugnante: el triunfo de la calumnia y de la mentira disfrazadas con ropajes democráticos. ¡En pleno siglo xx se puede afirmar que la tiranía rusa es democrática y liberal! ¡Y esto sobre pirámides de cadáveres que pasan de veinte millones!

Toda abominación estaba prevista por los grandes pensadores cristianos y, entre ellos, de justicia, se debe un lugar prominente al obispo de Vic, Dr. Torras y Bages.





LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Observatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



María Antonieta

Autor: Hilaire Belloc
Editorial: Ciudadela
512 páginas
Precio: 22,50 €

Tras el estreno de la película de Sofía Coppola, esta biografía enriquece la comprensión de una figura que se convirtió en leyenda. De esta manera, Belloc nos lleva mucho más allá del «glamour» versallesco que rodeó a la reina durante su corta existencia. El autor relata la vida de esta involuntaria heroína mientras, magistralmente, recrea los decadentes estereotipos de la gran civilización que fue el Antiguo Régimen. El rigor histórico con el que Belloc se aproxima a los hechos convive, gracias a unas brillantes cualidades literarias, con una interesante y lúcida visión personal acerca de aquella época.

Régimen. El rigor histórico con el que Belloc se aproxima a los hechos convive, gracias a unas brillantes cualidades literarias, con una interesante y lúcida visión personal acerca de aquella época.

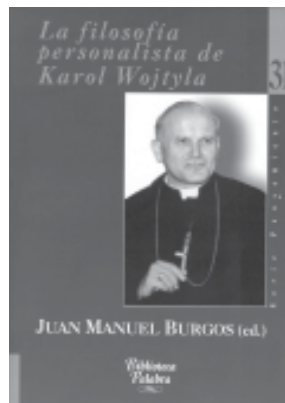


En el búnker con Hitler

Autor: Bernd Freytag von Loringhoven
Editorial: Crítica
183 páginas
Precio: 17,50 €

El autor fue uno de los últimos hombres que salieron con vida del búnker de Berlín, el día antes del suicidio de Hitler. Durante nueve meses había asistido a las conferencias en que se decidía el curso de la guerra. Una vez en el campo de prisioneros, escribió los recuerdos de lo que había visto en unos cuadernos que, sesenta años más tarde, le han servido para escribir este libro estremecedor.

recuerdos de lo que había visto en unos cuadernos que, sesenta años más tarde, le han servido para escribir este libro estremecedor.



La filosofía personalista de Karol Wojtyła

Autor: Juan Manuel Burgos
Editorial: Palabra
368 páginas
Precio: 22,00 €

El presente libro, que tiene su origen en el Congreso Internacional organizado por la Asociación Española de Personalismo, realiza una exploración sistemática y profunda de la filosofía de Juan Pablo II: los contextos que conformaron su pensamiento y su identidad personal y cultural; su primera obra filosófica, *Amor y responsabilidad*; su obra maestra, *Persona y acción*; la relación interpersonal; la noción de comunidad desplegada en el matrimonio, la familia y la empresa; y su pensamiento en relación con el de otros filósofos como Newman, Marcel o Levinas. El texto constituye una importante aportación a la comprensión del pensamiento de Karol Wojtyła.

responsabilidad; su obra maestra, *Persona y acción*; la relación interpersonal; la noción de comunidad desplegada en el matrimonio, la familia y la empresa; y su pensamiento en relación con el de otros filósofos como Newman, Marcel o Levinas. El texto constituye una importante aportación a la comprensión del pensamiento de Karol Wojtyła.



Amar y ser feliz

Autor: Javier Fernández-Pacheco
Editorial: Rialp
136 páginas
Precio: 7,00 €

El autor se centra en el amor a Dios y a los demás, pero relacionado con el afán de felicidad que Dios ha puesto en toda persona, y que sólo Él puede satisfacer plenamente. Se basa en la Sagrada Escritura, y los Santos Padres y doctores de la Iglesia; y también en las enseñanzas de Juan Pablo II, Benedicto XVI (su encíclica *Dios es amor*) y

san Josemaría Escrivá.

CONTRAPORTADA

«Mirarán al que traspasaron»

Queridos hermanos y hermanas, ¡miremos a Cristo traspasado en la cruz! Él es la revelación más impresionante del amor de Dios, un amor en el que *eros* y *agapé*, lejos de contraponerse, se iluminan mutuamente. En la cruz Dios mismo mendiga el amor de su criatura: Él tiene sed del amor de cada uno de nosotros. El apóstol Tomás reconoció a Jesús como «Señor y Dios» cuando puso la mano en la herida de su costado. No es de extrañar que, entre los santos, muchos hayan encontrado en el Corazón de Jesús la expresión más conmovedora de este misterio de amor. Se podría incluso decir que la revelación del *eros* de Dios hacia el hombre es, en realidad, la expresión suprema de su *agapé*. En verdad, sólo el amor en el que se unen el don gratuito de uno mismo y el deseo apasionado de reciprocidad infunde un gozo tan intenso que convierte en leves incluso los sacrificios más duros. Jesús dijo: «Yo cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32). La respuesta que el Señor desea ardientemente de nosotros es, ante todo, que aceptemos su amor y nos dejemos atraer por Él. Aceptar su amor, sin embargo, no es suficiente. Hay que corresponder a ese amor y luego comprometerse a comunicarlo a los demás: Cristo «me atrae hacia sí» para unirse a mí, para que aprenda a amar a los hermanos con su mismo amor.

«Mirarán al que traspasaron». ¡Miremos con confianza el costado traspasado de Jesús, del que salió «sangre y agua»! (Jn 19,34). Los Padres de la Iglesia consideraron estos elementos como símbolos de los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía. Con el agua del Bautismo, gracias a la acción del Espíritu Santo, se nos revela la intimidad del amor trinitario. En el camino cuaresmal, haciendo memoria de nuestro Bautismo, se nos exhorta a salir de nosotros mismos para abrirnos, con un confiado abandono, al abrazo misericordioso del Padre (cf. S. Juan Crisóstomo, *Catequesis*, 3,14 ss.). La sangre, símbolo del amor del Buen Pastor, llega a nosotros especialmente en el misterio eucarístico: «La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús... nos implicamos en la dinámica de su entrega» (Enc. *Deus caritas est*, 13). Vivamos, pues, la Cuaresma como un tiempo eucarístico, en el que, aceptando el amor de Jesús, aprendamos a difundirlo a nuestro alrededor con cada gesto y palabra. De ese modo contemplar «al que traspasaron» nos llevará a abrir el corazón a los demás reconociendo las heridas infligidas a la dignidad del ser humano; nos llevará, particularmente, a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona y a aliviar los dramas de la soledad y del abandono de muchas personas. Que la Cuaresma sea para todos los cristianos una experiencia renovada del amor de Dios que se nos ha dado en Cristo, amor que por nuestra parte cada día debemos «volver a dar» al prójimo, especialmente al que sufre y al necesitado. Sólo así podremos participar plenamente de la alegría de la Pascua. Que María, la Madre del Amor Hermoso, nos guíe en este itinerario cuaresmal, camino de auténtica conversión al amor de Cristo. A vosotros, queridos hermanos y hermanas, os deseo un provechoso camino cuaresmal y, con afecto, os envío a todos una especial Bendición Apostólica.

BENEDICTO XVI (21 de noviembre de 2006)